



EL TRATADO DE YANDALATH

BILOGÍA DE IVIRIDA
PRIMERA PARTE

LOS RESENTIDOS

CHRIS J. PEAKE

XJPEAKE.COM



EL TRATADO DE YANDALATH

BILOGÍA DE IVIRIDA

PRIMERA PARTE

LOS RESENTIDOS



CHRIS J. PEAKE

WWW.XJPEAKE.COM

El Tratado de Yandalath



2022, 2025, Chris J. Peake.

Escrito en Concepción, Chile, entre 2018 y 2019.

Primera corrección en Santiago de Chile entre mayo y julio de 2021.

Segunda corrección y edición en Santiago de Chile a lo largo de 2022.

Tercera corrección en Santiago de Chile en febrero de 2025.

Imagen de portada: 2021, [Yanina Fiorio Pettina](#).

El Tratado de Yandalath forma parte de la *Bilogía de Ivirida*, junto con [El Libro de las Bestias](#), que es su continuación. Además, ambos forman parte de la colección [Los Resentidos](#).

En la página web de El Tratado de Yandalath encontrarás materiales extras sobre este cuento, que ayudarán al lector a guiarse a través de la historia: planos de Scara, la Ciudad Sagrada, [donde ocurre la historia](#), y mapas históricos de los territorios de Yandalath. Además, encontrarás la [Línea del Tiempo de Yandalath](#), con todos los hitos de la historia de los elfos de Yandalath, narradas en este cuento; y una guía visual interactiva con las personajes principales de la historia. Para más info, puedes consultar su web: xjpeake.com/obra/el-tratado-de-yandalath/

Esta obra está protegida por una licencia creative commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional ([CC BY-NC-SA 4.0](#)) que permite su distribución no comercial, atribuyendo la obra siempre a su autor original. Las adaptaciones están permitidas siempre que se publiquen bajo la misma licencia y se referencie el autor original.



Página web del autor:

www.xjpeake.com

A Teófisa, por creer en los sueños.
A Icalma, por enseñarme a elegir.
A Issafiren, por su imagen.
A Cereda, por ofrecerse a participar.
A Kissara, por aparecer y desaparecer en el preciso momento.
A Arangua, por su persistencia.
A Odea, por mostrarme la crueldad.
A Essirah, por dejarme creer.
A Ydni, por el movimiento de su dedo.
A Greis, de quien brotó la primera idea.

Pero especialmente a Liepa, por acompañarme y darle vida a la Dama Negra.
Éste es el principio de su propio cuento.

Y a mi prima Joyce, por prestarme sus amuletos.

¡Muchas gracias a todas!

Índice de capítulos

El Tratado de Yandalath	2
Prefacio	1
Prólogo a El Tratado de Yandalath	2
Scara, la Ciudad Sagrada.....	4
La copia del Lunariu	11
Lirdigh, el duende de Greis	19
El libro que escribe solo.....	24
El Tratado de Yandalath	34
Los amuletos de Teófisa	46
Arangua.....	56
Sphynx, el gato de Issafiren	63
La asesina de Ydni	68
La ilusión de Odea	77
Ivirida.....	84
Epílogo a El Tratado de Yandalath	98
Notas del autor	101

En el sitio web puedes encontrar información auxiliar que te ayudará a orientarte en la historia:

- [Mapas donde transcurre la historia](#)
- [Línea del Tiempo de Yandalath](#) (principales hitos históricos)
- [Guía interactiva de las personajes](#) protagonistas de la historia

PREFACIO

Han pasado unos ocho mil años desde el Gran Cataclismo,
cuando el mundo casi termina por resquebrajarse,
momento en que los demás elfos dieron por terminada su edad.
Aunque eso no importó a los elfos de Yandalath.

La Tierra de Diurna, bajo gobierno de la Casa de Queralla
por los últimos sesenta mil años,
pertenece ahora a la Casa de Orah,
salvo Scara, la Ciudad Sagrada, que permaneció libre, protegida en el Vestigio.

Tras mucho esfuerzo,
nueve naciones con odios ancestrales han decidido reunirse en concilio
para redactar un tratado de historia sobre todos los elfos de Yandalath.

PRÓLOGO A EL TRATADO DE YANDALATH

Año 68.733 c.Y.

Estaban tumbados en el pasto, en lo alto del cerro, donde se achataba para terminar plano. No crecían demasiados arbustos, y abajo, a un lado, había un diminuto bosque, pues el resto del cerro estaba rodeado de campos de cultivo. El trigo y el maíz cubrían casi todo alrededor, encerrando la elevación y el bosquecillo, salvo por la visión de las altas montañas, que se cerraban hacia el sur. Y allá, al fondo del valle, la ciudad de Lithia se erguía imponente. Estaban los dos tumbados en el suelo, mirándose y dándose la mano. Él sonreía y ella se mordía los labios.

—¿Sabes que me encantas? —le dijo él.

Ahora ella sonrió también. —Ya, deja de decir eso. No soy para tanto.

Él no dejaba de sonreír tampoco, mirando esos labios que la hacían derretirse. —No sabes que eres para tanto —repitió.

Entonces ella sintió algo diferente. Lo que le gustaba ese elfo era algo que no podía controlar, pero lo que estaba sintiendo era nuevo. La conexión que tenía con sus propias emociones y con las de él iba más allá de lo que un mortal pudiera sentir.

Él debió apreciar su rostro de pánico. —¿Estás bien?

No sabía si le gustaba esa sensación o no, pero sí le estaba dando miedo. Fue a darle un beso para tratar de contener aquello, y entonces todo se detuvo. Aquel beso fue maravilloso. Sus lenguas se entrelazaron mientras él la abrazaba. Se puso encima de él y el sol debió de dejar de girar sobre el mundo. La suave brisa que corría dejó de hacer vibrar arbustos y árboles. Y en ese íntimo silencio, cuando sentía aquella sensación de conexión ilimitada con él, escuchó una tercera voz.

—Bienvenida.

Solo fue esa palabra, escuchó clara esa voz femenina en su cabeza, cuando no había nadie más con ellos. Dejó de besarle y miró alrededor para asegurarse, pero él no le soltó la cintura.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? —contestó preguntando él.

—Hay alguien más aquí.

—No hay nadie más —dijo la femenina voz. La había escuchado clara.

—¿Lo has oído?

—No. —Se encogió de hombros él.

Ella, asustada, se liberó de sus manos, y se alzó de un salto. Definitivamente no había nadie allí. Fue a asomarse alrededor, pero ni en los campos ni en el bosquecillo vio alma alguna.

—¡No puede ser! —gritó.

Con la rabia, tropezó con una raíz y se despeñó cuesta abajo, terminando en los árboles. Sintió los primeros golpes, pero en la medida que caía, el dolor se desvanecía, pues estaba entrando en un trance que no controlaba. Al llegar a los árboles a pie de cerro quedó tendida entre arbustos, pero ella ya no sentía nada.

—No vas a encontrarme. No estoy ni en lo alto del cerro, ni en este bosque.

—¿Dónde estás entonces? —alcanzó a preguntar ella.

—No estoy en ningún lugar, lo que no impide que podamos hablar.

—¿Dónde estoy? —Sentía que no podía moverse, que el tiempo se hubiera detenido y que no existiera nada más a su alrededor.

—Sigues allí, tranquila. Es solo que también estás aquí.

—¿Dónde?

Entonces una carcajada femenina resonó en su cabeza. —¿Aún no lo sabes?

—¿He muerto en la caída? —preguntó. Realmente consideraba esa posibilidad. No sentía nada más que esa voz en su cabeza. El bosquecillo, ni el cerro, ni él, ni el resto del mundo existían.

—¿Quién eres?

—Me conocerás. Sí, me conocerás. —Y acabó riéndose otra vez.

—No quiero saber nada de ti. Quiero que me dejes regresar.

Ella no dejaba de reírse. Su voz era cortante, áspera y fría. —Eso dices ahora, pero algún día tú misma provocarás mi llegada. Tus propias acciones te llevarán irremediablemente a traerme a este mundo. Y no seré la única. No importa si no escuchas mis palabras.

Esas palabras la sumieron en un miedo profundo, que se partió cuando sintió todo agitarse.

—¿Estás bien?

Era él, despertándola de la ensoñación. Entonces todo el dolor regresó de nuevo. Sintió los golpes y magulladuras. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a ese apuesto elfo, con el lacio y negro cabello cayendo, rodeando su rostro, formando una cámara que los separaba de los árboles y arbustos. Seguía allí, rodeada del bosquecillo, al pie del cerro. La brisa había regresado y agitaba de nuevo las hojas sobre su cabeza.

—¿Estás bien? —repitió él.

—Sí —dijo ella incorporándose. Le dolía mucho una pierna.

—¿Qué ha pasado?

Ella no respondió, se quedó pensativa, tratando de encontrar una respuesta a aquello, y solo había una posible. Solo esperaba que lo que le acababa de suceder, no se repitiera jamás.

SCARA, LA CIUDAD SAGRADA

Año 105.005 c.Y. (- 4.167 c.TA.)

(Han transcurrido unos 38.000 años)

Una libélula se coló por el ventanuco, y revoloteó entre los cuatro ocupantes, hasta posarse en la mano de Teófisa. Ella, que se encontraba meditando, dio un respingo al sentirla, y el insecto huyó del carruaje. El traqueteo no había aminorado durante horas, pero ella sabía que aquello significaba algo, así que se relajó para salir del trance. Escapar del Plano Etérico conllevaba tanto o más esfuerzo como conectar con él. Antes de conseguirlo, los corceles aminoraron el paso y el carromato se tambaleó, después de tanto tiempo sin descanso. Teófisa, desde su interior, se asomó a la ventana, y vio a lo lejos la corona de montañas que los rodeaba. Se hallaban en el centro del Vestigio, y por fin habían llegado a Scara, la Ciudad Sagrada. Se puso ansiosa. Gleath, su dama de compañía, y el escriba observaban también hacia afuera animados. El viaje desde Lithia había sido largo, habían cruzado el sur de la Tierra de Diurna hasta Lumna, y de allí hasta la entrada del Vestigio. El tremendo cráter se hallaba ahí, en mitad de la nada, en recuerdo de las cruentas guerras de los dioses. Había sido maravilloso verlo crecer en la distancia. Teófisa pasó aquella mañana en lo alto del carruaje, observando las montañas alzarse al final del camino. Y, tras cruzar por pasos libres, por fin habían alcanzado la Ciudad Sagrada. Las murallas la dividían ocultando su interior, salvo por las altas torres que se erguían sobrepasando los muros y ocultándole el atardecer. A ambos lados del camino los desgraciados agonizaban crucificados o presos en diminutas jaulas, en su mayoría hombres aunque había algún que otro elfo entre ellos. Los que habían tenido menos surte estaban empalados en grandes picas. Muchos estaban solo encadenados a las cruces, se arrastraban para acercarse a ellos, implorando. El carromato, luciendo los blasones de Lithia, cruzó una enorme arcada en el camino, y después otra, y unas cuantas más, hasta que a ambos lados comenzaban los primeros edificios menudos y azarosos. Formaban calles desordenadas bajo las altas murallas de Scara, que la protegían hasta alcanzar aquellos castillos. Frente al carromato, siguiendo el camino que dividía las casas de las clases bajas, se alzaban dos cerros, y sobre ellos se erguían dos fabulosos castillos, con altas torres en los que ondeaban los blasones de la Ciudad Sagrada. Allá en lo alto bailaban con la brisa, nobles, los estandartes de los pueblos que conformaban la Alta Estirpe de Yandaltah, además del de Dunottar. Aquello era un homenaje a la importante cita, y se enorgullecía de ver el escudo de Lithia ondeando a la misma altura que las demás, aunque el de la Casa de Orah era el más grande de todos. Por supuesto faltaba el de Queralla. Aquello causó en Teófisa pena y miedo a la vez. Iba a encontrarse con representantes de ambos pueblos, y no sabía en qué podía resultar eso. El camino cruzaba entre las fortificaciones, dando paso a la ciudad, que carecía de muralla o de puerta que uniera los dos castillos. No era la primera vez que estaba allí, y le emocionaba cada

vez que lo veía. Pero esta vez era diferente. Las ruedas chirriaron cuando alcanzaron los adoquines, y ella sonrió al sentir el nuevo tembleque del carruaje. Observó uno de los castillos que se elevaban junto a ella, sus muros negros se alzaban imperiosos. Era muy hermoso. Cuando el carruaje dejó la grandiosa entrada atrás, alcanzaron los primeros edificios del interior. Se elevaban teñidos de negro hasta alcanzar los altos tejados. Las tejas crecían hasta gran altura, entre decorados pináculos. Allí las edificaciones eran de mayor tamaño, alcanzando grandes proporciones. La primera era más menuda que las demás, donde los detuvieron para identificarse, pero tras ésta se alzaba el fabuloso Templo de Andalán, donde se adoraba a la Diosa Madre, cuyas torres y pináculos se erguían bien altas.

Su capitán, que montaba solo afuera, se adelantó hacia los guardias.

—¿Quién va? —preguntó un elfo con cara de enfado.

—Teófisa, Señora de Lithia. Venimos a redactar el tratado.

El soldado miró suspicaz al carromato, entonces se dirigió al ventanuco. —¿Señora, podríais mostraros?

Ella se asomó, luciendo un hermoso cabello y una dulce sonrisa, dejando caer un colgante al vacío.

—¿Sois quien dice ser vuestro guardia?

Se trataba de un soldado veterano, con rostro fastidiado por tener que vigilar una puerta. Una cinta de cuero le cruzaba la armadura al pecho, con una buena cantidad de dedos embalsamados colgando. Uno de ellos aún llevaba un anillo.

—Soy Teófisa, de Lithia, Novena de Nam'Ara. Si eso os dijo mi capitán, entonces debéis pedirle disculpas por dudar de su palabra.

Al elfo se le cambió el rostro, y alguno de sus compañeros bufó sonriendo, allá atrás.

—¡Dadles paso, y mostrad respeto! —les gritó.

El carruaje continuó su paso, dejando el templo a un lado, y varias mansiones al otro. Éstas estaban rodeadas de su propio terreno, formando parcelas bien delimitadas, y ordenadas. Estaban cercadas por pequeños setos de flores o tupidos arbustos, y en su interior el pasto cubría el espacio hasta el edificio que albergara cada parcela. Corría el agua por canaletas al pie de cada seto, arrojando un rumor agitado, y las libélulas revoloteaban ingenuas en gran número, todas a lo suyo. Tras el templo había un gran edificio donde rechinaban los martillos. Hasta desprendía calor La Herrería, conocida en toda la Tierra de Queralla. A ambos lados de sus grandes puertas varias mesas ofrecían diferentes artículos, ya fueran afiladas espadas y resistentes armaduras o cubiertos, agujas y cajitas de latón. Tras ésta había un palacete con la forma de un castillo, y después, el camino terminaba en la inmensa plaza. Ellos llegaban por una de las esquinas, donde se elevaba un gran edificio muy decorado con bellos altorrelieves y horrendas gárgolas. Los tejados se alzaban alto, hasta terminar en perfectos pináculos, coronados por símbolos compartidos por todos. La extensa fachada, decorada con altorrelieves, se elevaba con varios balcones adornados, y en la derecha se elevaba un gran torreón cuadrado. Tras este, se alzaba una de las torres más altas de la ciudad. Sobre la puerta de entrada se alzaban de nuevo los estandartes de Orah, Esnas, Dei'Gol, Lithia, las Islas Ībrini, las Islas Malditas, Dunottar y Scara. Era el Custodio, el lugar donde se reunía a deliberar el consejo de la ciudad. Donde tomaban todas las decisiones que le concernían a Scara, salvo la justicia, que se dictaba en la Fortaleza Profunda. Lo que concernía a la magia y sus usos se estudiaba en la Torre de Dävoros, y las atribuciones teológicas se discutían en el Templo de Un'Munar. En este último tendría lugar la redacción del tratado. Todos sabían que era un intento de los de Orah por influenciar en él, pero eso no iba a cambiar nada.

Ella venía con dos propósitos claros, y uno era asegurarse de que nadie faltara a la verdad, aunque se creía sola en eso.

El carruaje se detuvo ya en la plaza, y su capitán descabalgó frente a una mujer. Ésta estaba rodeada de más gente, habitantes de la ciudad, que habían acudido a recibirla, aunque en sus rostros no se apreciaba acogida, precisamente. Y tras ellos, la grandiosa plaza, en cuyo centro debía encontrarse el Templo de Un'Munar, aunque desde ahí no podría verlo.

—Señora —dijo él dejando caer unas escaleras que permanecían plegadas.

La portezuela se abrió y bajó el escriba. Era el ilustre Minpried, Tercero de Arjhas, encargado del archivo de Lithia desde su fundación. Le siguió Gleath, su dama, quien la acompañaba a todas partes. Y finalmente Teófisa descendió las escaleritas. Era una elfa menuda, llamaba la atención en comparación con los demás, pero tenía una esbelta figura bajo la túnica amarilla, que ascendía cubriendo su perfecto pecho hasta el punto más preciso. Justo allí, reposaba un colgante con la forma de un árbol rodeado de un aro, cuyas hojas formaban piedras preciosas engarzadas. El negro cabello le caía por la espalda, sujeto por varias coletas de fina seda.

—Saludos, Teófisa, te estábamos esperando.

—Me alegra haber llegado.

—Soy Liepa, por fin nos conocemos en persona. —Y sonrió. Era una elfa hermosa, de tez extremadamente fina y clara, que contrastaba con su negro cabello, muy corto. Llevaba casi rapado el lado izquierdo de la cabellera, mientras que al derecho los mechones rizados le cruzaban la cara. Vestía una túnica negra, y unas hermosas sandalias. Debía rondar su misma edad, y reconoció su acento al instante.

—¿Soy la última?

Liepa sonrió. —No, no te preocupes. Aún falta la Señora Essirah, pero han avisado de que ya se encuentra cruzando el Vestigio. Acompáñame.

Juntas se encaminaron a un grandioso edificio, cercado por su parcela, alineada con las demás. Sobre el pasto, unos cocineros recogían los restos de un enorme cochino que debía haber estado dando vueltas durante ese día, y ahora no eran más que huesos que olían a maravilla. Teófisa sintió hambre. Junto a ellos, había un gran carro cargado de hiervas y otras verduras. Las gentes les dieron paso, mirándolas suspicazmente. Ella saludaba con la cabeza sonriendo cuando los lugareños la observaban, pero en sus rostros había desconfianza y rechazo. Eran elfas y elfos que vivían en Scara desde hacía milenios, pero muchos habían acudido desde diversos y lejanos lugares, de todas las tierras de Diurna y de Elhada, por el evento.

—Recuérdanos en tu relato —le decían riéndose.

—Que sea una bonita historia —le dijo una mujer muy hermosa, pero en su tono había burla explícita.

—¡Cuidad vuestras palabras! —grito el capitán.

Pero Teófisa se giró y respondió valiente hacia ella. —Gracias. Haré lo que pueda para contar mi historia con honestidad. —Después siguió caminando. Tras ella iban sus tres guardias, que la seguían de espaldas.

—No les hagas caso. Este va a ser un acontecimiento muy importante, y lo saben. Lo temen.

—No les hago ningún caso. Pero gracias por tus palabras, Liepa.

Ella sonrió, ignorando los primeros abucheos, cuando cruzaron el pasto hacia la mansión. En la puerta había algunos soldados más que la tranquilizaron. Estaban impasibles, tiesos a cada lado de la puerta. Liepa, antes de invitarla a entrar, se detuvo ante los cocineros. —Que le suban a la señora lo que quede, para que pueda cenar. Estarás exhausta ante tan largo viaje — terminó hacia ella.

—Así haremos, señora.

—Gracias —dijo Teófisa hacia los cocineros y hacia ella.

Una vez dentro, un gran recibidor daba paso a un fabuloso salón, en él había tres elfas más. Era amplio, con ventanales que dejaban marchar el atardecer, y a su espalda se asomaba un balcón que daba a una planta superior. Había una tremenda chimenea apagada, y unos cómodos sillones, desde donde ellas las observaban. Eran dos jóvenes y una más mayor. Una de ellas tenía una melena de rastas recogida a la espalda, pero el cabello sobre su cabeza era lacio, limpio y escorado hacia un lado. Era algo gruesa y quedaba eclipsada por la otra. Ésta era bastante mayor, lo que no dejaba de hacerla exuberante. Las hombreras se alzaban desproporcionadamente, acabando en una punta redondeada. La túnica violácea las cubría por completo, ajustándose en su base, mostrando unos fabulosos pechos. Cualquiera elfo de la Tierra de Diurna habría deseado su silueta. Era una elfa especialmente bella, con rasgos diferentes en la cara, hermosos, pero que te impedían mirarla fijamente. La tercera se sentaba al otro lado de la mayor. Tenía una melena corta que le alcanzaba los hombros, incontables pequitas y varios pendientes en cada oreja.

—Bienvenida seas a Scara, la Ciudad Sagrada, y a esta, nuestra humilde residencia. Aquí dormiremos estos días, mientras dure la redacción del tratado.

—Te acostumbrarás. —Interrumpió la mayor de ellas.

—Te presento a Ydni, Señora de Stavros —dijo señalando a la que había hablado—, la acompañan su dama e Icalma, de Murrow. Son las representantes de la Casa de Esnas y de las Islas Oscuras, respectivamente.

—Gracias a todas por recibirme aquí, y permitidme redactar el tratado juntas. Va a ser una bonita experiencia, que pasará a la historia. —Terminó emocionada.

—Eso es lo que haremos, de hecho, preservar la historia —señaló Liepa—. Juntas vamos a lograrlo.

—Lo que vosotras digáis —Icalma habló como si aquello no fuera con ella. Hasta ahora había estado embobada mirando a través de ellas, pero ahora se levantó y se dirigió a su encuentro. Le dio la mano a Teófisa, y después en agradecimiento a Liepa también. Y se dispuso a marcharse.

—Acompáñame, —le dijo la anfitriona—, te mostraré tus aposentos. Has llegado tarde y necesitarás descansar.

Teófisa asintió. —Gracias. ¿Dónde dormiré mi dama? —Tras ellas, Gleath esperaba, atenta a lo que sucedía.

Liepa sonrió. —No te preocupes, estará bien atendida, y tus soldados y caballos también. En el edificio de al lado se están alojando los escribas. —señaló a la pared.

Se encaminaron a unas escaleras que había a un lado, dejando a Ydni y a su dama allí sentadas. Las escaleras seguían ascendiendo, pero permanecieron en la primera planta. Caminaron por un largo pasillo, dejando puertas a los lados. Las paredes estaban construidas en piedra, y las puertas eran robustas. Al otro lado había dormitorios, por lo que alcanzó a ver. Al final se detuvieron en el suyo.

—Bienvenida de nuevo, Teófisa.

—Gracias por todo, Liepa. Estaré bien aquí.

Era una habitación de tamaño considerable, con un lecho de buen porte y un escritorio. En un rincón tenía una letrina, y junto a ésta un espacioso armario.

Cuando Liepa se hubo marchado, ella se sentó en la cama, a descansar. Estaba cansadísima tras el largo y pesado viaje, así que se relajó, cuando llamaron a su puerta. Un hombre entró con mucho respeto.

—Traemos su equipaje, mi señora. Y algo para que podáis cenar.

—Pasa, no te quedes en la puerta. —Y Teófisa sonrió.

El esclavo, sorprendido ante el gesto, se vio más nervioso aún, y dejó sus cosas en el suelo, junto al armario. Le siguieron dos más, cargando su baúl. Después el primero se dirigió al escritorio y depositó una enorme fuente repleta de lascas de carne y verdura asada. Olía de maravilla, y sus tripas lo agradecieron.

—Gracias, Señora.

—Gracias a ti —exclamó ella cuando se cerró la puerta.

Antes de sentarse a cenar fue hasta el baúl y rebuscó entre sus ropas hasta dar con su camisón para dormir. Al día siguiente Gleath la ayudaría a ordenar todo. Escuchó de fondo el martilleo de La Herrería, y se preguntó si le acompañaría durante todo el viaje. Entonces se quitó la túnica y la piel de su espalda lució un gran tatuaje. Era una un tribal con intrincados símbolos independientes, salvo algunos de ellos cerca del centro, que estaban unidos por la negra tinta, formando una artificial mancha. Le dio un escalofrío, así que se vistió deprisa. Entonces, al fin cómoda, se sentó y degustó aquella sabrosa cena.

Teófisa se despertó cuando ya era de noche, y se sorprendió a sí misma en aquel aposento. Estaba en Scara, la Ciudad Sagrada. Se puso ansiosa al pensarlo. Sabía que tardarían en llevarlas al Templo de Un'Munar, y ella necesitaba verlo antes. Se cubrió rápidamente con un grueso abrigo del baúl, hecho de piel de castor. El grueso pelo la cubrió hasta las rodillas. Salió de su habitación, bajó las escaleras y abandonó el gran salón. Una vez fuera, ya en la gigantesca plaza, todo parecía calmado. Estaba completamente a oscuras, en aquella noche sin luna, pero eso no era problema para ella ni para ningún elfo. Aun así, no podía ver el templo, como era normal, salvo por el enorme socavón del centro. Al otro lado de la plaza se alzaba la Torre de Dävoros, y junto a ella, pudo divisar los puentes que cruzaban una de aquellas grietas en el suelo. Frente a ella, junto a la cerca que protegía la caída hasta el templo, había alguien más. Se acercó caminando despacio. Era una joven que estaba asomada a la barandilla, mirando hacia el tremendo agujero del suelo, y al sentirla, se giró, pero no dijo nada.

Llegó hasta ella, y entonces pudo ver el templo. Estaba excavado en la propia roca del suelo. En el centro del hueco, formando un rectángulo irregular, se levantaba el edificio, y a su alrededor, un espacioso pasillo excavado lo separaba de la pared de piedra. Desde ahí solo podía ver el tejado exterior, que formaba una bonita cúpula decorada con muchas inscripciones. Alcanzaba hasta ras de suelo. De cada esquina de la cúpula surgía una arista que se unía al centro y en su lado más estrecho nacían unas largas escaleras que ascendían hasta su altura, dejando la entrada a su izquierda. Debían medir unos quince o veinte pasos de largo, y donde comenzaban se alzaba una arcada, con dos soldados de la Guardia Sacra que permanecían petrificados, con la mirada en el firmamento. Teófisa se preguntó si estarían dormidos ahí de pie, con sus armaduras y esas altas picas.

—Buenas noches —le dijo Teófisa a la joven.

—Hola —Solo respondió ella.

—¿Qué haces aquí sola, a estas horas?

—Es que... He perdido algo.

—¿Se te ha caído? —Teófisa se asomó a la barandilla, y miró hacia abajo. Había una gran caída, de al menos tres o cuatro veces su altura, que daba al pasillo entre el templo y su posición.

—¿Qué se te ha caído?

—Nada. —Respondió ella repentinamente. Llevaba un vestido verde que le cubría los pies, con dos enormes bolsillos al costado. Uno de ellos muy abultado. Su peinado realzaba su belleza:

sobre sus orejas puntiagudas surgían dos gruesas coletas negras en posición perpendicular, cuyo pelo enroscado se mantenía firme, hasta que de sus extremos caían lacios cabellos. Tenía la tez clara, salvo las sonrojadas mejillas, los ojos verdes y un rosa intenso en los labios.

—No debes tener miedo de mí. —Teófisa le sonrió—. ¿Qué edad tienes?

La chica la observó, no parecía haberle gustado aquello. —Trece mil quinientos veintidós.

—¿Y cómo te llamas?

—Greis.

—Encantada de conocerte, Greis. Yo soy Teófisa, y vengo desde Lithia.

La joven asintió.

—¿Has entrado alguna vez? —dijo Teófisa señalando el templo.

Greis negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Pero espero hacerlo estos días.

En ese momento vio a lo lejos, entre dos edificios, la antorcha de un esclavo, que debía andar respondiendo al reclamo de algún habitante de la ciudad.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Cincuenta y seis mil quinientos treinta y tres.

—Mmm... —Tan solo respondió la joven

—Es mucho tiempo, sí.

—¿Por eso estás aquí? ¿Vas a representar a tu ciudad en el tratado?

—Así es —respondió Teófisa orgullosa de sí misma.

La joven sonrió.

—Dime, ¿qué estás buscando?

—Nada, nada. —Y volvió a sonreír, avergonzada.

—Bueno, espero que lo encuentres, sea lo que sea. —Teófisa sonrió también—. Buenas noches, Greis.

—Buenas noches.

Teófisa echó un último vistazo al templo. Ahí dentro, hacía mucho tiempo, habían traído al mundo poderosos demonios desde el Plano Etérico. Estaba realmente ansiosa por entrar. Después le dio la mano a Greis con cariño, y se marchó de regreso a la cama.

Greis la vio marcharse, angustiada, y cuando se perdió en la entrada del gran edificio donde dormían, se volvió a asomar a la barandilla. Allá abajo no había nada. Recorrió toda la cerca alrededor del templo, sin ver nada. Si se había caído por ahí, no habría sobrevivido, así que ese no podía haber sido su destino, pues no veía su cuerpo por ninguna parte. De pronto, de su bolsillo asomó una diminuta cabeza.

—¿Ya se ha ido?

—Sí, pero quédate ahí.

—¿Quién era?

—Una de ellas. Cállate.

Se acercó demasiado a los guardias, y uno se giró a mirarla. Ella se encogió de hombros, y regresó sobre sus pasos. Había conseguido escaparse de Eyco, y no iba a ir ahora donde estaban esos dos.

—Déjame ayudarte.

—No. Ya tengo bastante con que él se haya perdido.

—¡Anda ya! Yo no soy tan estúpido.

—¿Qué quería conocer mundo? ¿Eso dijo?

El duende, desde el bolsillo, asintió.

—¿Y dónde demonios se ha metido?

—No lo sé...

—Mira, estoy muy enfadada con vosotros dos ahora mismo. ¡Así que mejor quédate ahí dentro bien callado, Sporo!

El duende no dijo nada más esa noche. Pero no dejó de estar enfadado con Lirdigh por marcharse. Por su culpa Greis le había gritado.

Greis era demasiado joven para estar allí, lo sabía, pero tenía que hacerle caso a su padre, o lo pagaría caro. Solo debía asegurarse de nombrarlo, de que su nombre quedara redactado en el tratado. Eso no era difícil, aunque tendría que soportar a todas esas ancianas mirándola por encima del hombro. No le gustaba, lo odiaba, y se odiaba a sí misma por haber aceptado. Su padre estaba desesperado, hundido en la miseria, pero seguía siendo el consejero más influyente de Uroboro, y de todas las Islas Ībrini. Pero sus negocios eran un fracaso y pronto acabaría por saberse. Y antes debía grabar su nombre, aún limpio, en la historia de Yandalath. Aún le dolían las heridas de los latigazos de Vrerer, su hermano mayor, por ser ella quien fuera a Scara. Pero ella no tenía la culpa de que fuera un concilio femenino. Demasiado era estar sometida a Eyco, el escolta enviado por su padre, que no se le separaba ni un momento. Además, a ella le daba igual perder sus riquezas, le habría dejado su lugar con gusto. Lo único que ansiaba era que la dejaran seguir estudiando. La Antiesencia era su vida, y pensaba cruzar el mundo para cumplir su sueño: estudiar en Torres Mirdan, la Ciudad de las Ocho Esencias, la mayor cuna del conocimiento de la magia en todo Mawol, al menos fuera de los Reinos de Eleanor. Aún le faltaba mucho para eso, y ni siquiera sabía si la admitirían por ser una elfa de Yandalath. Trató de sacarse esa idea de la cabeza. Ahora tenía problemas mayores. El maldito Lirdigh se le había escapado. Ese duende se las iba a pagar cuando lo encontrara. Si es que lo hacía.

Cuando comenzaban a asomarse las primeras luces del alba, decidió desistir. Había estado rondando entre las lujosas mansiones, sin dejar de visitar la Torre de Dävoros, donde los estudiosos de Scara investigaban las hebras de magia. Ella podía sentir la Antiesencia en aquel lugar, mucho más que en Uroboro. Y no dejaban de estar presentes las otras esencias. Pero a ella solo le interesaba una cosa. Regresó tras pasar un largo rato sentada frente a la torre, que alcanzaba una altura considerable, sin importarle que los dos guardias la vigilaran sin parpadear. En lo alto, un torreón negro apuntaba al cielo, y numerosas aves habían anidado en sus bordes. Éstas sobrevolaban la torre, o se posaban allá arriba, observándola impasibles. Finalmente decidió regresar. Se levantó y se dirigió a la residencia cuando el sol nacía entre las mansiones.

LA COPIA DEL LUNARIU

Issafiren abrió los ojos cuando la luz entraba por su ventana desde hacía un rato. Sphynx, su gata, estaba tumbada a sus pies relamiéndose la entrepierna. Era una bestia diminuta, sin pelo alguno y rostro perspicaz. Estaban en aquella residencia, en Scara, la Ciudad Sagrada. Llevaba largo tiempo deseando visitarla, pero no lo admitiría delante de nadie. Suspiró, incómoda, y se levantó, cuando la gata dio un salto, cayendo al suelo. Aquel lecho dejaba mucho que desear, y aunque llevaba unos pocos días allí, ya echaba de menos su colchón de plumas. Se levantó y fue hasta el armario a mirarse. Definitivamente había sido un acierto mandar a colocar ese espejo ahí. Su camisón de dormir era casi transparente, lencería fina hecha en la Tierra Prohibida de Hiria, al otro lado del mundo, y transparentaba su belleza por completo. Tenía una silueta atlética, con caderas estrechas y pequeños senos, y su afilado rostro era hermoso. Sus diminutos labios sonreían al mirarse. Llevaba el pelo echo un desastre, así que fue hasta el escritorio y extrajo varios peines. Estuvo cepillándose el rubio cabello un largo rato, pensando en cortárselo, o hacerse un cambio. No le gustaba mucho cómo se lo habían dejado sus damas en Far'Onel, aunque desconocía si en Scara eran versadas en el arte de la belleza. La verdad es que no parecía algo que les preocupara a las lugareñas. Le indignaba y le daba risa verlas. Se levantó, tomó un frasco y se volcó parte del brebaje en las manos. Estaba hecho a base de grasa de foca, mezclado con diferentes hiervas trituradas. Tras embadurnarse bien las manos, se untó el ungüento en el pelo, después siguió cepillándolo. Extrajo una diadema triple: tenía dos cintas metálicas, y un cilindro en el centro, con la forma de su cabeza. Pasó con cuidado el pelo entre ellos, y se la fijó a la nuca. Después se colocó otra diadema, que le ocupaba gran parte de las sienes, uniéndose con una hermosa rejilla. Se miró al espejo. Parecía que su cabeza tuviera un saliente ahora, detrás, deformándose, mientras que el cabello rubio le caía lacio por el pecho y la espalda. La visión era hermosa, pero no le daba el estilo que deseaba. Tenía cómo arreglarlo, así que extrajo lápiz de ojos azul y, tras el delineado, se dibujó dos gruesas sombras que salían con descaro de las cejas y de las comisuras de los ojos. Después se pintó los labios del mismo azul, y se cambió. Eligió un hermoso vestido de lino blanco que había sido tejido por vírgenes, y que le tapaba lo justo. No pensaba cazar a ningún elfo ese día, estaba trabajando, pero eso no le iba a quitar el goce de lucir su propio estilo. La estética era lo más importante, aunque estaba claro que en Scara no, y pensaba demostrarles cómo se las gastaban en Dei'Gol. Tras ponerse unas sandalias, un hermoso colgante y zarcillo, se dispuso a bajar.

—Vamos, bonita —le dijo a su gata.

Ésta se coló entre la rendija de la puerta, obediente, y la esperó en el pasillo. Después la siguió hasta las escaleras, por las que bajaron al gran salón. En uno de los sillones, frente a la chimenea, se encontraba Ydni. Sintió la tensión subirle por el pecho, era la última a la que se quería encontrar en ese momento. Sphynx hizo un ruido con las fauces, como si hubiera sentido lo mismo. Junto a ella estaban su dama e Icalma, con esas rastas andrajosas que le repugnaban.

—Buenos días —le dijo Ydni desde el sofá. Sonreía de maravilla, como si toda la escena sólo la observara a ella, aunque no había nadie más. Issafiren se sintió ridícula con la sensación.

—¿Qué hay de desayuno?

Ydni no pudo evitar reírse. —En el desayuno nos dieron huevos con panecillos, tenían manteca y esa salsa que hacen aquí con frutos.

—¿Cómo los llaman? —le preguntó Icalma con su grave voz. Miraba al firmamento y habría sido imposible saber en qué pensaba si no hubiera hablado.

—¿Cuánto hace de eso? —respondió ella solo.

Ydni volvió a reírse. —Hace horas. Tendrás que esperar al almuerzo.

No podía creerse el descaro de esa anciana. Lucía como si se hubiera bañado en el Lago de Airyne y su juventud le durara por los anales del tiempo. Pero sabía que eso era imposible. Su perfecto rostro felino no podía ser más perfecto, con esa extraña expresión que costaba mirar. No creía que odiara tanto a alguien como a esa elfa, y no podía hacer otra cosa que soportarla esos días. Aunque no pensaba quedarse ahí conversando con ella. Así que, sin despedirse siquiera, se encaminó a la puerta a procurarse algo de comer fuera. Pero antes de que alcanzara a abrirla, entró Liepa acompañada de otras dos elfas, una de ellas de muy baja estatura. Casi se ríe al verla

—Saludos, Issafiren. Ydni, Icalma. —Asintió observando también a la dama de Ydni—. Qué bueno encontraros juntas. —Liepa la abrazó, y ella casi siente náuseas, preguntándose por qué tuvo que hacer eso—. Te presento a Teófisa, Novena de Nam'Ara, Señora de Lithia, y a...

—Gleath, respondió la otra.

—Y a Gleath, su dama.

—En realidad no soy señora de Lithia, solo la hija de su señor —Esa elfa enana no podía sonreír más. Otra hija de gobernante. Estaba cansada de lidiar con emisarios.

—¿Alguien ha visto a la Señora Greis? —preguntó Liepa—. La haré llamar, pues no podemos esperarla. Por favor, acompañadnos, Cereda y Odea aguardan en el Custodio. Essirah ha llegado al fin y podremos estar todas reunidas. —Su rostro mostraba una expresión extraña, no era la que Issafiren hubiera esperado de la anfitriona de todo esto.

—Me he levantado justo a tiempo, entonces —dijo.

—Exacto —respondió Liepa. Allá detrás se escuchó la mofa de Ydni—. Salgamos a recibirla.

Issafiren, que tomó a su gata en brazos, siguió a Liepa, a Teófisa y a su dama hacia el exterior. Supuso que a ella la seguían Ydni y las otras dos. Se cruzó a una esclava que volvía, pues Liepa le había pedido que fuera a buscar a Greis. Aquella niña era muy rarita, a Issafiren no le gustaba nada. Además, le daban risa esas dos coletas que llevaba en la cabeza, parecía un espantapájaros. Mucha gente se reunía ahora en la plaza, la nobleza de la ciudad, que vivía intramuros, y algunos de los ciudadanos del exterior. Había incluso esclavos expectantes. Sphynx saltó de sus brazos para perseguir unas libélulas cuando salían de la parcelita de la residencia, y ella, incapaz de hacer el ridículo para atraparla, la dejó escapar. Llegaron a la plaza entre la gente, muchos la observaban con declarada envidia. Murmuraban y la miraban con desdén. Ella solo sonreía, sabiendo que era la que tenía más estilo de toda esa inmensa plaza. Sobre las escaleras de la entrada del Custodio estaba su Consejo. También habían acudido a recibirla a ella, como representante de todas las Islas de Dei'Gol, pero no había acudido tanta gente como en ese momento. Sintió envidia al

comprenderlo. Era Essirah la que llegaba. Allí también estaban Cereda y Odea, bajo esos quitasoles cuadrados. Esas dos ancianas la saludaron, así como a Liepa, Teófisa, Ydni e Icalma. Issafiren se acercó hasta Cereda y asintió, saludándola. Ella, con la mano en el abultado vientre, le devolvió el gesto. No podía creerse que la anciana hubiera venido en ese estado. Y cuando Issafiren iba a saludar a un miembro del Consejo del Custodio, sonaron las trompetas en toda la ciudad. Entonces, dos relucientes monturas con nobles guerreros entraron a buen paso por el acceso sur de la plaza, a su izquierda. Portaban los estandartes de la Casa de Queralla bien alto, un grandioso sol sobre fondo blanco. A estos los siguieron una fila de caballeros, que cabalgaron en parejas hasta alcanzar al menos la decena. Después hizo entrada en la plaza un lujoso carruaje tirado por cuatro bestias más, seguido de al menos otra veintena de caballeros formando. Todos iban ataviados de blanco, portando los emblemas de Queralla bordados en sus ropajes y en los banderines de sus lanzas, en un claro despliegue de descaro. La comitiva se detuvo frente al Custodio cuando las trompetas no habían dejado de sonar y solo las libélulas danzaban alborotadas. Entonces, uno de los caballeros gritó a pleno pulmón.

—Ante ustedes se presenta la Señora Essirah, Tercera de Yandalath, Señora del Bosque Teleuche, hija de Veala, Reina de Queralla, y por tanto heredera legítima del Trono de Queralla. Hija de Lándaro, hijo de Efgo, Primero de Yandalath.

Nadie pudo responder a eso, y la escena quedó muda, salvo por el zumbido de los insectos. Entonces se abrió la portezuela del carruaje, del cual cayó una escalera que quedó perfecta para que el primer soldado bajara. Fueron dos, que se apostaron a cada lado, y después apareció ella. Llevaba un hermoso vestido blanco de altas hombreras, atado a la cintura con un cordel dorado. Su escote marcaba un abultado busto, acabando en un encaje plateado que mostraba más de lo que debía. Lujosos collares alcanzaban su esbelto vientre, tintineando mientras bajaba cada peldaño. Tenía el cabello rizado, cayéndole a cada lado hasta el pecho, bajo los hombros, y sobre la cabeza, una extraña diadema le cruzaba la línea que formaba su peinado y que terminaba unido por un pendiente a su nariz. Estaba engarzada en piedras preciosas talladas en la forma de diminutas flores. Toda ella era radiante. Se apreciaba la edad en la piel y el cansancio de su expresión, que no dejaba de mostrar satisfacción por haber llegado, aun en tono suspicaz. Uno de los soldados le dio la mano para ayudarla a bajar, y tras ella, su esclava sujetaba su capa, para que no tocara el suelo o las escaleras. Esa elfa era la bisnieta del mismísimo Efgo de Yandalath. Casi alcanzaba los cien mil años de edad, y estaba ahí sonriente y hermosa, con una figura de sueño. La admiración que sentía Issafiren se confundía con la envidia también.

—Yo no gozo de tantos títulos como vos, Señora Essirah. Soy Liepa, Trigésimo Sexta de Eluvian y Merena, representante de Scara durante la redacción del tratado. Y hablo en nombre de toda la Ciudad Sagrada al daros la bienvenida.

—Muchas gracias. —Su rostro permaneció inmutable mientras asentía.

—Os presento al Consejero Ėrgamo, Noveno de Ĩmla, Electo por el Distrito de Enderos; al Consejero Minios, Décimo Tercero de Frado, Electo por el Distrito de Mercaderes; al Consejero Eliro, Décimo Séptimo de Drentos, Electo por el Distrito de Limphos; y al Consejero Arrur, Vigésimo Cuarto de Enilia, Electo por el Distrito de Nebas. —Liepa fue señalando uno a uno—. Juntos forman el Consejo del Custodio. Son los Señores de Scara.

—Os damos la bienvenida a Scara, Essirah, de Queralla —la saludó Eliro, el mayor de ellos—. Esperamos que tu estancia en la Ciudad Sagrada sea encantadora, que encuentres en nosotros la acogida y que tu relato dé cuenta de la verdadera historia de Queralla. Os deseamos toda la fuerza para lograrlo.

—Muchas gracias, Eliro —respondió Essirah. Su voz contenía el letargo de la experiencia almacenada. Su mirada felina era seria y desconfiada, sin querer acogerse al recibimiento—. Gracias a toda Scara. Es un honor estar aquí de nuevo. Jamás pensé que regresaría. —Enmudeció un momento, mirando hacia los tejados del Custodio—. Agradezco a la Ciudad Sagrada que sirva de sede a tan importante acontecimiento. Me esforzaré, Eliro, en que la historia sea contada.

El elfo asintió protocolarmente. Essirah entonces desvió la mirada hacia las demás, aún seria. Observó a Cereda, y asintió con el atisbo de un gesto familiar. Miró a Ydni de arriba abajo, e Issafiren se puso muy nerviosa cuando le tocó su turno. ¿Se acordaría de ella? Habían transcurrido unos diez mil años desde que se enfrentara a su padre, durante la Guerra de la Independencia. Ella participó en la contienda, pero no llegó a enfrentarse a Essirah. Cuando su mirada la abandonó con indiferencia, Issafiren se sintió decepcionada, y a la par envidiosa de Odea, pues ambas se miraron un momento con rencor. Esas dos elfas debían guardar un pasado prometedor. Casi se ríe por dentro. Esos días iba a salir todo a la luz.

—Acompañadnos, Essirah, estaréis hambrienta tras tan largo viaje, y es la hora del almuerzo.

—Así es, Eliro. Agradecería poder comer.

El elfo asintió. —Vamos.

La invitó a pasar al Custodio, y los demás miembros del consejo, junto a ellas, le hicieron un pasillo subiendo las escaleras, pero Odea dio un paso primero, entrando al edificio.

Essirah, sin cambiar la expresión de su rostro, caminó siguiéndola. Issafiren, antes de entrar, buscó a Sphynx con la mirada, entre las piernas de los habitantes de la ciudad y de los caballos, entre los setos, pero no había ni rastro de él. Ya aparecería, pensó.

El corazón se le iba a salir por la boca. Liepa caminaba siguiendo a la mismísima Essirah, hija de Veala, Reina de Queralla. Detrás iban todas las demás. Solo faltaba Greis, que no entendía dónde se había metido. Por fin había llegado el momento, estaban todas. Debía dar comienzo la redacción del tratado, después de tanto tiempo persiguiendo este momento. Y tener que dirigir toda esa farsa la tenía consternada. El gran salón del Custodio estaba completamente adornado con los emblemas de todos los pueblos allí reunidos, lo que inquietó a Liepa. Habían esperado para colgar los pendones de Queralla. No sabía en qué podía acabar aquello. Había estado allí muchas veces, era un salón elegante, de lujosas cortinas y tapices, pero no reconocía la ostentación del Consejo. Se fueron sentando. A ella le tocó sentarse en una esquina, entre Eliro y Teófisa, frente a Essirah, cuya esclava se encargaba de recoger su capa en la silla. Cuando su señora se hubo sentado, las tres damas se separaron del grupo, pero la esclava permaneció en la sala. Los escoltas de la Señora Cereda quedaron tras ella, en el muro. A la larga mesa se sentaron treinta y dos elfos y elfas, y, frente a ellos, esperaban un plato, cubiertos y copas. Eliro encabezaba la mesa. Había candelabros apagados, servilleteros y fuentes cargadas de fruta, sobre un mantel de encaje blanco. Cuando todos estuvieron sentados, Eliro se puso en pie y habló.

—Por fin ha llegado Essirah, de Queralla, a nuestra ciudad, y todos os damos la bienvenida —asintió mirándola—. Scara, la Ciudad Sagrada, auspiciará la redacción del tratado. Y por ello nos sentimos honrados. Ante vos, señoras venidas de toda la Tierra de Elhada, —Miró a Odea, que se sentaba más allá—, de la Tierra de Diurna, —Entonces las miró a ellas dos—, y hasta de los Bosques Pleuches. —Acabó sonriendo hacia Essirah, que permanecía impávida, observando a Odea—. Los miembros electos del Consejo de Dävoros, del Consejo de la Fortaleza Profunda, del Consejo del Templo de Un'Munar, del Consejo Sacro, y del Consejo Goetio, os damos la bienvenida a todas, y agradecemos el esfuerzo al recorrer tan largos viajes hasta aquí. Que la Ciudad Sagrada os acoja. —Sonrió—. Por favor, sírvanse a su gusto. —Y señaló hacia la fruta.

Los consejeros comenzaron a comer. Tenía cerca un buen racimo de uvas, pero no tenía estómago para comer ahora. Los veinticuatro representantes electos de Scara, cuatro por cada uno de los Consejos, que tenían asignadas diferentes funciones, comenzaron a charlar entre ellos. Las demás se animaron con la fruta también, cuando Eliro fue a sentarse, no sin decir algo más que le detuvo el alma.

—Liepa, como moderadora de la redacción del tratado, querrás, decir unas palabras.

Ella lo miró obviando lo que sentía. —Claro, Consejero.

Y con el corazón palpitante, se puso en pie y habló todo lo serena que pudo.

—Consejeros de Scara, gracias por acoger este concilio, que será tan importante para todos los elfos de Yandalath, para los que viven hoy en día, y para todos los que nos dejaron. Tal vez más para ellos. —Hizo una pausa para darle valor a sus palabras—. Ahora que nos acompaña la Señora Essirah, ya estamos todas reunidas. Por fin podremos dar comienzo a la redacción del tratado. Se ha hecho mucho esfuerzo por lograr reunir una delegación de cada rincón de los territorios ocupados por los elfos de Yandalath, con el propósito de que contemos la historia de nuestro pueblo. Todo lo sucedido a los elfos de la Alta Estirpe de Yandalath. —Se preguntaba si lograba aparentar confianza, con la expresión sombría que no podía evitar, mirándolas atentamente—. Os damos la bienvenida de nuevo, Essirah, Tercera de Yandalath, hija de Veala, Reina de Queralla. Quienes os acompañaremos en la redacción del tratado seremos Cereda, Cuarta de Yandalath, bisnieta de Efgo, Primero de Yandalath, que viene a hablar por la ciudad de Dunottar —la anciana sonrió a Essirah, que le devolvió el gesto, aun sin sonreír. Esa elfa estaba demasiado seria—; Odea, Segunda de Valia y Plivio, Señora de Ortho'Morr, representante de la Casa de Orah designada por Sarek, Rey de la Casa de Orah; Ydni, Tercera de Oploro y Hara, Señora de Stavros, designada por los Reyes Örlago y Enda, de la Casa de Esnas; Greis, Tercera de Hebrethor, hija de Frivio, Consejero de Uroboro, la Torre del Anochecer Perpetuo, quien representará a las Islas İbrini. —Se encogió de hombros, mirando la única silla vacía—; Issafiren, la Diurna, Séptima de Plasvo, Señora de Far'Onel, quien representará a los estados federados de Dei'Gol —Issafiren mantenía su expresión más indiferente mientras Liepa la presentaba—; Teófisa, Novena de Nam'Ara, hija de Juvio, Señor de Lithia, que contará la historia de la ciudad-estado —Sonrió a la elfa, a su lado—; Icalma, Décimo Primera de Adaria, hija de Inmistio, perteneciente al Consejo de Murrow, que hablará por las Islas Oscuras —Ésta miraba al techo embobada—; y la que habla, Liepa, Trigésimo Sexta de Eluvian y Merena, en representación de Scara, la Ciudad Sagrada. Sean todas bienvenidas a ella.

Liepa, agachando la cabeza, se sentó. Se odiaba a sí misma por toda esa pantomima. Era una completa farsa. Ella lo sabía y pensaba evitarla.

—Os saludo a todas —dijo Essirah con voz regia, sin levantarse—. Espero que todas seamos libres de hablar y contar nuestra historia.

Liepa ni miró a Odea, sabía que aquello era un ataque directo a ella. Nadie hasta ahora se habría atrevido a decirlo.

—Así va a ser —dijo Liepa antes de que Odea respondiera—. Este tratado debe contener la historia de todo el pueblo de Yandalath, a partir de todos los puntos de vista. —Terminó mirando a Odea, que observaba fijamente a Essirah.

—Vas a poder hablar libre, Essirah. Y contarás que no queda nada de Queralla, porque esa es la verdad, y quedará registrado en la historia. —Odea habló descarada, con talante seco.

Ahora sí sonrió Essirah, rompiendo esa seriedad hasta ahora inmutable, pero Cereda levantó la mano antes de que respondiera. —Señoras. Todas aquí tenemos un pasado que contar, y un presente que interpretar. —Lucía radiante, aunque los años no habían dejado de pasar por ella. El

largo cabello caía por el pecho y la espalda, perdiéndose bajo la mesa, confundiéndose con el negro y abultado vestido. Llevaba dos anteojos diminutos que sujetaba en las puntiagudas orejas—. Dejaremos a todas hablar, y contarla historia como fue, desde su perspectiva.

—Así será —respondió Essirah.

—Así será, Cereda, gracias —añadió Liepa y después se dirigió a las demás—. ¿Estamos todas de acuerdo?

—Así será —respondió Ydni mirando a Cereda.

—Por mi parte, solo habrá verdad sobre la historia de Lithia —dijo Teófisa seria.

—Yo solo he venido a hablar sobre Dei'Gol, y lo haré con la honestidad que caracteriza a mi pueblo —Issafiren mordió una fresa sin dejar de mirarla. Su acento sonaba demasiado melodioso.

—Sí, creo que podremos ser sinceras las unas con las otras —se mofó Icalma. Observaba el techo como si allí hubiera algo más, y cuando acabó de hablar se encogió de hombros.

Estaba claro que Odea no iba a responder ya, cuando Liepa habló. —Gracias a todas. Estoy segura de que Odea y Greis sabrán hacer honor a la Casa de Orah, y serán honestas con este concilio.

—Lo serán —añadió Cereda.

Icalma se rio, aún mirando al techo, cuando una cadena de esclavos entró a retirar las fuentes con fruta. Otros portaban bandejas con platos. Fueron depositándolos sobre los que tenía cada comensal. Sobre cada uno de ellos, una pechuga de pato crujiente reposaba sobre una cama de hilos de col, bañada en una salsa que olía sabrosa. Junto a cada plato, colocaron un hermoso cuenco con puré de calabaza. Finalmente, dejaron varias fuentes diminutas con salsas, repartidas por toda la mesa, y renovaron las jarras de agua y vino.

—Agradezco, —dijo Odea antes de que los esclavos terminaran—, que los Consejeros de Scara, la Ciudad Sagrada, nos den la bienvenida, donde damos comienzo a tan notable evento para nuestro pueblo. Pero encuentro que la presencia del que se hace llamar el Consejo Goetio, supone una traición a la Casa de Orah, a la cual represento, pues está prohibido en las leyes de la ciudad, según se firmó en el Tratado del Vestigio, en el año ciento dos mil seiscientos treinta y siete. —Quedó callada, cuando los últimos esclavos se retiraban, y nadie había comenzado a comer aún.

—Tenéis toda la razón, Odea, Señora de Ortho'Morr, —hablaba Isma, del Consejo Goetio, electa por Lymphos—. Comprendemos que nuestra presencia aquí os incomode...

—¿Me incomode? ¡Es ilegal, por la Diosa Madre! —Odea dio con un puño en la mesa—. Ni siquiera debería estar ella aquí —añadió hacia Essirah—. ¿Sabes que no colgaron tus estandartes hasta que llegaste? Como era correcto. No queda nada de Queralla.

—Queralla es una parte de nuestra historia —interrumpió Cereda.

—Tiene derecho a estar aquí —añadió Ydni.

—Sí —casi gritó Teófisa, a su lado.

—Tranquilicémonos —Eliro se levantó, y Liepa se sintió ridícula por no ser ella quien pusiera orden—. El Consejo del Custodio ha permitido su presencia aquí, a pesar de los acuerdos del pasado. Comprendemos que esta es una instancia de armonía entre los pueblos que forman toda nuestra civilización. Essirah tiene derecho, en representación de todo el pueblo de Queralla, a contar su historia, para que quede redactada en el tratado. —Respiró—. En cuanto a la presencia del Consejo Goetio, prohibido según las leyes de la Ciudad Sagrada en honor al Tratado del Vestigio, hemos decretado que tiene derecho a observar la redacción de este tratado. Los oradores que regulan cómo nos vinculamos con el Plano Etérico son necesarios, como lo son los miembros del Consejo de del Templo de Un'Munar, que interpretan los designios divinos, o los del Consejo

de Dävoros, quienes estudian las Ocho Esencias. Todos ellos deben conocer la historia de los elfos de Yandalath, pues solo así podrán tomar buenas decisiones.

—Un argumento ciertamente vago, —respondió Odea—, dado que todos ustedes serán sustituidos por otros electos.

—En eso lleva razón —añadió Icalma riendo.

—En todo caso, —continuó—, podéis hacer lo que os plazca. Yo me voy a asegurar de que esta traición quede registrada en el tratado.

Aquello sentenció la discusión, y nadie pudo objetarle nada a Odea. Algunos ya habían comenzado a comer, y Liepa, decepcionada consigo misma por no intervenir, tomó tenedor y cuchillo y probó la carne. Estaba deliciosa.

La comida discurrió más calmada. Ella estuvo charlando con Teófisa y Eliro, sobre la ciudad, y sobre el tiempo que les había llevado organizar la redacción. Convencer a algunas había sido complejo, pero al fin se había logrado. Liepa se había ido relajando, y a menudo se distrajo de la conversación, preguntándose qué iba a ocurrir los días siguientes. Essirah se pasó la mayor parte del tiempo escuchándolas, sin mediar palabra. De postre les trajeron un mousse de cacao, que se deshacía en la boca con cada cucharada. Eliro les dijo que habían importado el cacao de las costas al sur de los Bosques Plauches.

Cuando terminaron, se despidieron de los consejeros, y se retiraron a la residencia. Liepa y Teófisa acompañaron en todo momento a Essirah. Su esclava la asistió para levantarse, y seguidas de las demás abandonaron el Custodio.

Ya en la residencia, Odea subió las escaleras, claramente enfadada, tras un intercambio de palabras con Ydni. Allí, sentada en un sofá estaba Greis, que se giró cuando entraban.

—Greis, qué bueno encontrarte aquí. ¿Dónde estabas? —La joven no respondió—. Te has perdido el almuerzo de bienvenida, pues ha llegado Essirah, de Queralla.

Lo dijo mientras entraban las demás, cuando la joven elfa se puso en pie al instante, agitando sus coletas. Estaba claramente nerviosa. Allá en un rincón, su guardia no les quitaba ojo.

—Señora Essirah, estaréis cansada, por favor, seguidme a vuestros aposentos. Las demás, os pido que esperemos a la noche de mañana, cuando nos reuniremos por primera vez en el Templo de Un'Munar, para ultimar los preparativos previos a la redacción del tratado.

Algunas asintieron, otras solo la miraron suspicaz, pero a ella no le importó. Acompañó a Essirah hacía las escaleras, para conducirla a sus aposentos, seguida bien de cerca de su esclava. A esa pobre debía dolerle mucho la espalda, pues caminaba encorvada sujetando la capa, con los brazos bien abiertos para mantenerla reluciente, incluso mientras subían. Recorrieron todo el pasillo, hasta la última habitación. Era como todas las demás, en absoluto digna de alguien como la princesa merecía, pero era lo que Scara tenía para ofrecerle.

—Estaré cómoda aquí, no te preocupes.

Liepa se preguntó si le había leído el pensamiento.

—Espero que sea de vuestro agrado.

—Estoy ansiosa por comenzar la redacción del tratado, Liepa. Debo agradecerle personalmente, en nombre de la Casa de Queralla, que se haya organizado una instancia como esta, para dar voz a mi pueblo. Por favor, transmite al Consejo del Custodio mi agradecimiento.

Liepa sonrió. —Ya lo habéis hecho vos misma.

Essirah se sentó en la cama, y su esclava se esmeró en recoger la capa y su vestido hasta tapar sus pies. —Claro —dijo.

Parecía otra. Estaba más relajada ahora, como si regresara de la última contienda, después de haber librado ya demasiadas.

—Arangua, sube mi equipaje.

La esclava, a su orden, se disculpó con Liepa, y salió de la habitación.

—Estaré abajo yo también, si me necesitáis —añadió ella.

La esclava se cruzó a alguien en el pasillo. Desde la puerta, observó a Ydni entrar en otra habitación.

—Muchas gracias Liepa.

—A vos, Essirah. Es un honor teneros en la ciudad.

—El honor es mío, Liepa. Hacía mucho tiempo que no visitaba la Ciudad Sagrada.

Liepa se despidió con un gesto, y se retiró. Cerró la puerta y caminó despacio por el pasillo hasta alcanzar una puerta entornada. Escuchó voces dentro, eran Ydni y Odea, pero no alcanzaba a entenderlas. Miró a ambos lados, asegurándose de que no había nadie más, y aproximó su perfil a la rendija de la puerta.

—Según la copia del Lunariu, esta es la fecha. —La voz de Odea sonaba con rabia, amenazante.

—Así es —casi gritó Ydni—. Y vamos a hacerlo.

La carcajada de Odea resonó por todo el pasillo. —Mira, tú no eres consciente de lo que viene. No vas a poder controlarlo. Simplemente no puedes comprender su magnitud.

Liepa, tratando de acercarse más, movió la puerta, que chirrió. Ellas se callaron. Entonces, para evitar que la descubrieran, entró a la habitación, y se hizo la sorprendida, tomando el mejor papel que pudo interpretar. —Hola... —Pero antes de que alcanzara a decir nada, Odea, que llegó a mirarla, desapareció. Simplemente su imagen se desvaneció en el aire.

Ydni, que también la observaba, le gritó irritada: —¿Qué deseas? ¿No sabes llamar a la puerta?

—Os pido disculpas, Señora Ydni. —Liepa se murió de vergüenza ahí mismo, y no supo hacer otra cosa que marcharse. Cuando salió al pasillo, se abrió otra puerta, y Odea apareció por ella muy enfadada.

—No interrumpas conversaciones ajenas. ¿Y tú pides honestidad? —Y resopló cruzándosela, para dirigirse escaleras abajo.

Liepa se quedó helada, con la puerta de Ydni cerrada, sola en el pasillo, completamente consternada con lo que acababa de presenciar.

LIRDIGH, EL DUENDE DE GREIS

Teófisa vio a Liepa bajar las escaleras muy pálida. En su expresión había demasiada preocupación. Ella estaba sentada en uno de los sillones, charlando con Gleath, donde acababa de llegar Odea, que se había sentado con Greis, Cereda y su doula. Los tres guardias no se separaban de ellas, de pie en un silencioso rincón, con todo su equipo de batalla dispuesto. Hasta ahora, ellas charlaban con la evidente incomodidad de la niña. En realidad, había sido un interrogatorio de la anciana, que parecía muy interesada en ella. Odea, muy enfada, las interrumpió, y ellas dos callaron también. A Greis le cambió la cara, sin poder evitar el miedo que le tenía a esa elfa.

—No entiendo por qué te alegra que haya venido.

Cereda la miró sorprendida. Tenía ambas manos sobre el abultado regazo.

—Todas debemos contar nuestra historia, Odea. Tranquilízate.

—Voy a meditar, ¿me acompañas? —contestó solo.

Cereda asintió, y se despidió de Greis.

Liepa, aún de pie en las escaleras, les hacía gestos para que fueran, así que tomó de la mano a Gleath, y se levantaron cuando también lo hacían Odea, Cereda y su doula. Fue un momento incómodo, pero las últimas se movieron más rápido, y fueron hacia arriba. Los guardias de Cereda se quedaron al pie de la escalera. En el camino se cruzaron a Liepa, que les cedió el paso sin dejar de mirar a Teófisa.

—Entrometida —le dijo Odea al subir.

Cuando llegaron hasta ella, su rostro fingía normalidad. —¿Qué os parece si vamos al mercado? —preguntó.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Teófisa.

—Nada, nada —respondió Liepa, vamos.

Se dirigieron las tres al exterior, salieron a la plaza y fueron hacia su derecha. La abandonaron por la avenida que llevaba al norte, y dejaba los barrios de Mercaderes y de Nebas a cada lado. Caminaron frente a dos parcelas, hasta dar con la gran plaza del mercado. Éste quedaba cerrado por la muralla hacia el norte y por el Templo de Assas, donde se rendía tributo al Dios Olvidado, y continuando la avenida, que dejaba de lado la plaza, llegarían a la salida norte de la ciudad. El templo consistía en una larga estructura, adornada con incontables columnas. Alcanzaba la longitud de al menos dos parcelas, todo lo largo de la plaza. Toda la fachada, como las columnas y el frontón, estaban teñidas de un bajorrelieve muy fino. Y frente a él, se levantaban largas hileras de puestos. Las carpas eran blancas, aunque estaban gastadas por el sol, y protegían a los

tenderetes del sol. Tres largas carpas se alejaban hacia el centro de la plaza, mientras otras quedaban en posición perpendicular. Allí se vendía de todo. El primer puesto tenía verdura y fruta, el de enfrente tenía carne, con patas de cerdo colgando, estaban ahumadas, se veían deliciosas. Había embutidos y quesos, granos y dulces. Una gran sección de la carpa la ocupaban las Hermanas, un cónclave de brujas. Allí vendían amuletos, hierbas y pociones, leían el futuro y reinterpretaban el pasado. En otro puesto se vendían utensilios de cocina, cacerolas y cubiertos, principalmente, hasta que daban paso a los cuchillos, que iban creciendo en filo, hasta acabar en la armería. Allí tenían espadas, lanzas y picas, largos escudos y armaduras. La Guardia Sacra protegía la ciudad, con un renombrado cuerpo de voluntarios que una vez logró defender el Vestigio del embiste de la Casa de Orah. Eran conocidos por el valor de su acero. Estaban a cargo del Consejo Sacro, quien los gobernaba desde el Custodio. Allí algunos soldados se apostaban, para protegerlo, pues la redacción del tratado había hecho que la seguridad en la ciudad incrementara. Y la armería era un lugar sensible, ya que el comercio de armamento era monopolio del Custodio.

—¿Qué te ha parecido el almuerzo de bienvenida? —le preguntó Liepa.

—Muy rico el pato. —Y se rio.

—Sí, estaba delicioso.

—Me alegra que ya estemos todas juntas, podremos comenzar la redacción.

Liepa asintió al escucharla. —Así es —sentenció seria. Aquella elfa parecía muy segura de sí misma. Teófisa no se habría sentido capaz de moderar el concilio, era una gran carga la que llevaba.

—Me sorprende Greis, ¿no te parece joven para estar aquí? —quiso saber Teófisa.

—Tal vez, sí. Pero es la única hija de Frivio, Segundo de Hebrethor, y Consejero de Uroboro y de las Islas Ībrini, las Malditas.

—¿La única? ¿Cómo es posible?

—Frivio hizo un pacto con un demonio, condenando a su esposa a que solo le diera varones. Es un poderoso guerrero, que le ha brindado sus huestes a Sarek, Rey de Orah, desde siempre, para combatir en las grandes contiendas que ha sufrido nuestro pueblo.

A Teófisa eso le sonó grande. —Tal vez viene a hablar por su padre, aunque bien podría haber elegido a su esposa.

—Su esposa murió por alguna enfermedad recientemente —dijo Liepa solamente.

—¿Van a comprar algo? Porque no tengo todo el día. —La tendera de un puesto de muebles les gritaba entre la gente, pues se habían detenido delante.

Aquel era el lugar donde los siervos de los nobles, que habitaban el interior de la Ciudad Sagrada, compraban y vendían lo que necesitaban. Eran atendidos por los ciudadanos, que generalmente vivían extramuros. Aquel bullicio estaba todos los días, y a Teófisa le agradaba, a pesar del carácter que tenían.

Siguieron caminando, cuando Gleath habló. —Yo no me atrevería si quiera a participar en la redacción. No sé cómo se atreve ella, que es mucho más joven que yo. La verdad es que yo no tendría nada que contar.

—Claro que sí —la animó Teófisa—. Lo mismo que voy a contar yo, tú podrías contarlo también, en nombre de Lithia.

Gleath la miró torciendo el rostro, y ambas acabaron sonriendo.

Llegaron a un puesto donde vendían papel, tinta y algunos libros y pergaminos, atendido por dos ancianos que las observaron atentos. Ahí acababa esa larga carpa, donde otra en forma circular, con bandas azules que desentonaban con la ciudad, quedaba encerrada entre las demás y

unos edificios detrás. Allí organizaban la compra-venta, la llegada de mercancía y las tasas a cobrar, para después distribuir a los demás puestos. Estaba rodeado de soldados de la Guardia Sacra.

Teófisa observó a su espalda, a través de los tenderetes. Allí se alzaba el Templo de Assas, hermoso. —Liepa, ¿se puede entrar en el templo? —Y señaló con la cabeza.

—Claro.

Regresaron hacia el largo edificio, cruzando las tiras de mercaderes, hasta dejar la plaza a su espalda. Llegaron al extremo del largo edificio paseando junto a las columnas, y allí varios escalones les daban la bienvenida. Sobre estos había dos guardias apostados, bien firmes.

—Aquí dentro no podemos hacer ruido, debemos hablar en voz baja —dijo susurrando Liepa cuando entraban al templo.

Cruzaron una arcada y Teófisa se vio en el interior. Era una larga sala que albergaba todo el largo del edificio, pues allá a lo lejos veía una salida idéntica. Toda la habitación estaba repleta de estanterías llenas de libros, cubriendo todo el muro, salvo para dejar espacio a grandes ventanales, por donde entraba luz. Había varios niveles con estanterías, unidos por escalas que a menudo atravesaban las ventanas. En el espacioso centro, largas mesas albergaban a elfos y elfas que leían o escribían. Imperaba un silencio sepulcral.

—¿Qué hacen? —preguntó Gleath.

—Le rinden tributo al Dios Olvidado —le susurró en voz baja.

—¿Cómo?

—Escribiendo y leyendo, reproduciendo libros para alimentar al dios —dijo Liepa.

—¿Por qué lo llaman así?

—Porque tras la Batalla del Juicio, cuando dieron fin las Guerras de los Dioses y decidieran exiliarse al Otro Lado, lo olvidaron aquí, en Mawol, castigado por haber convertido a la Diosa Onírica en la Luna.

—Había escuchado eso —se defendió Gleath.

Teófisa no pudo evitar sonreír, pero permaneció callada, dejando a Liepa continuar su relato, con curiosidad por si era el mismo que conocía ella.

—El Dios Olvidado fue condenado a vivir en una isla que flota a la deriva en el Mar Gélido, que se halla entre las Montañas del Anochecer, en la Tierra de Anne, al otro lado del océano. Allí lo encontraron hace mucho tiempo, y desde entonces, elfos de todas las estirpes le levantan una torre, pues solo ansía estar lo más próximo a la Luna posible, enamorado de ella. Dicen que jamás han detenido su construcción, y que es tan alta que ni podrías imaginarla.

Gleath miraba con cara de asombro incontinente, y Teófisa sonrió aún más.

—Allí, desde siempre, los escribas han ido almacenando libros y pergaminos de viajeros y de su propio puño. Muchos son los peregrinos que han ido hasta allá para dejar sus memorias gravadas para la posteridad, pues almacenan todo libro que llega a la torre, y que pueden encontrar. —Liepa hablaba con la mirada perdida en los incontables libros—. Y eso mismo hacemos aquí. —Después se giró a mirarla—. ¿Sabéis que yo soy de Lithia también, como vosotras? Desde que llegué aquí, quise ir a visitarla. Me gustaría, algún día, llevar allí mis memorias.

—Te había notado tu acento. —Teófisa sonrió complacida—. Ojalá lo consigas. —Y le dio la mano.

—Bueno, pero antes tenemos cosas importantes que hacer —le respondió Liepa.

Ambas sonrieron. Hasta Gleath lo hizo.

Llamó a la puerta dos veces y esperó.

—¿Sí? —respondió Ydni desde el interior.

—Soy yo.

—Pasa.

Kissara giró el pomo de la puerta y entró. Ydni se sentaba en la cama, tenía un pergamino en la mano.

—No te vas a creer quién me ha hecho una visita —dijo.

—¿Quién?

—Odea. Trata de asustarnos.

Ella evitó reflejar el miedo en el rostro. —Tal vez deberíamos asustarnos.

—No me voy a amedrentar. ¿Te imaginas lo que podremos hacer con Ivirida? Orah se va a rendir a los pies de Esnas.

Ahora sí se horrorizó. No era la primera vez que veía a Ydni fantasear con la idea, pero la envidia y la avaricia nunca habían ardido en sus ojos como en ese momento.

—Ven, acompáñame. Debo entregar una cosa.

Ydni se levantó, y ambas salieron de la habitación. Caminaron por el pasillo hasta cruzarse con Teófisa y Gleath, su dama, que regresaban a su habitación.

—Saludos —dijo Teófisa.

—Saludos —respondió Ydni delante.

Gleath le hizo un gesto con la cabeza y Teófisa la observó con esperanza de recibir un saludo amable, pero ella no dijo nada.

Al fin, se detuvieron en otra puerta. Tocaron levemente.

—¿Quién es? —preguntó Essirah al otro lado.

—Soy Ydni, vengo a entregarte algo.

Se escuchó ajeteo dentro, hasta que Essirah abrió la puerta. Portaba un fino camisón, muy hermoso, en un tono tan blanco como la pureza.

—Señora Essirah, traigo esto conmigo, desde las manos de Onirio, nieto de los Reyes Örlago y Enda.

A la elfa le cambió el rostro. Su inescrutable seriedad se volvió en ilusión por un momento, para regresar a su inexpressividad habitual. Entonces tomó el pergamino.

—Muchas gracias, Ydni. De verdad te estoy muy agradecida por esto.

Ydni solo asintió, mientras ella se mantenía detrás, ajena a la escena, sin dejar de presenciarse. Essirah ni la miró, ni siquiera tras el abrazo que se dieron después. Tan solo cerró la puerta.

Ydni sonreía. —Ya hemos cumplido el objetivo más fácil. Ahora viene lo complicado.

Ella no supo qué responder. Habían esperado tanto para este momento, y por fin parecía que iba a ocurrir. Su mentora le puso la mano en el hombro.

—Lo vamos a conseguir.

Ella asintió, después fueron a regresar a su habitación, pero en el pasillo la detuvo.

—¿Qué tal os están atendiendo?

—Bien, aunque la comida no es tan rica como la vuestra, o eso he escuchado.

Ydni se rio. —¿Qué esperabas? ¿Qué os sirvieran el mismo menú que a nosotras? —Siguió riéndose.

Kissara casi se detuvo al escucharla. En su cabeza gritó tan alto como pudo, y le recriminó que si estaban ahí era gracias a ella. Ydni solo había vendido su idea. Se maldijo por no haber nacido en otra familia, por no haber tenido acceso a las mismas redes. Ella debía estar ocupando ese lugar. Entonces se dio cuenta de lo que acababa de pensar. Trató de reprimir la envidia y la culpa.

Pensó en sus padres y sus hermanos. Stavros quedaba tan lejos... Sintió en el bolsillo de la túnica un trozo de cacao, lo desenvolvió aún dentro, y después se lo llevó a la boca para consolarse. Cuando entraban a la habitación, vio algo, aún en el pasillo, que le hizo detenerse. Juraría que era la cabecita de un duende asomándose tras el marco de una puerta. Pero ya no estaba.

—¿Vas a entrar? —dijo Ydni.

—Claro.

Entró con ella y cerró la puerta. Ambas se sentaron en la cama.

—Quiero que me escuches otra vez.

Kissara asintió, irritada, estaba cansada de aquello. Ydni cerró los ojos para relajarse y entonces comenzó: — La Casa de Esnas fue fundada por Örlogo y Enda, Segundos de Yandalath, hijos de Efgo, Primero de Yandalath, tras la escisión. —Ella ya se lo sabía de memoria, pero fingía cara de interés—. Se mantuvo la paz con Orah hasta que estalló la Guerra de Yandalath, de la que salimos derrotados, perdiendo gran parte de nuestro territorio. —Ella misma iba repitiendo las palabras en su cabeza, acompañándola—. Resultado de aquello debimos ceder lo que hoy es la Marca de Amara, tierra de nadie. Y en ella se haya Dunottar, la Fortaleza de la Arpía, custodiada...

En realidad, siempre terminaba por dejar de prestarle atención. Solo seguía asintiendo, pensando en sus cosas. Pero cuando Ydni se cayó, la luz que entraba por la ventana se apagó. Simplemente no había luz, todo estaba completamente a oscuras. El susto que se dio fue razonable. Su ama le tomó del brazo.

—No te muevas. Es un sortilegio, puedo sentir las hebras de magia flotando en la oscuridad.

—¿Quién lo ha evocado? —Alcanzó a decir.

Entonces la puerta se abrió, pero ninguna luz entró por ella. Se escuchó el portazo. Ydni le dio un gran empujón y la arrojó de la cama. Cayó al suelo, dando con el trasero, cuando se escuchó un alarido agónico. A Ydni le ocurría algo. Se abalanzó sobre ella, que seguía sentada. Estaba inmóvil. Escuchó un ruido. Había alguien más con ellas.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó.

Se puso a palpar a Ydni, hasta dar con el cuchillo en su abdomen. Lo tenía por completo enterrado, lo aferraba con ambas manos. Soltó otro alarido. La presencia que los acompañaba abrió la puerta, y se marchó con otro portazo.

—¡Socorro! ¡Qué alguien me ayude! —gritó con todas sus fuerzas, cuando de pronto la luz de la ventana volvió, en un instante que la cegó.

Ydni cayó de espaldas en la cama, inerte. Ambas estaban cubiertas de sangre, así como la cama y la alfombra. Y ella, ante aquella imagen, no pudo evitar comenzar a llorar desconsoladamente.

Lirdigh, desde el marco de la puerta, vio salir a la elfa. Cerró con un segundo portazo, y, corriendo, fue a meterse en una habitación más allá. Una de las de antes, la que casi lo descubre, gritaba desconsolada desde dentro.

—¡Ayuda! ¡Socorro!

Él, asustado, echó a correr, saltando de un escalón a otro, hacia abajo. Esa loca estaba armando tanto escándalo, que iba a llenarse el sitio de gente, así que tenía que largarse de allí antes de que aparecieran todas esas elfas. Al bajar, vio a dos soldados cubiertos de pesadas armaduras subir a zancadas, respondiendo a la alerta. Él se hizo un rollito en una esquina, pidiendo a todas las cosas en que creía que no lo vieran, y pasaron de largo. Aliviado, respiró hondo, y continuó escaleras abajo.

EL LIBRO QUE ESCRIBE SOLO

Los gritos alertaron a todos. Odea se levantó de su lecho, rompiendo su meditación. Llevaba así varias horas, sentada en el suelo con Cereda, sobre la alfombra, de piernas cruzadas. Las dos abrieron los ojos al escuchar el portazo y los berridos. Ella no podía conectar con el Plano Etérico. Sabía bien de su existencia, aunque la negara frente a todos. Iba a defender el credo élfico, y esos traidores de Scara iban a pagárselo caro. Durante toda la sesión había estado concentrando el deseo de acabar con el Consejo Goetio, madurando esa sensación, protegiéndola del olvido. Pero con la interrupción, sus maquinaciones se desvanecieron. La puerta se abrió de golpe y los dos guardias entraron alarmados.

—Señora Cereda, ¿estáis aquí?

Ella levantó las manos.

—Estoy bien, estoy aquí. Vayamos a ver qué pasa. —Su rostro reflejaba la indiferencia de la edad por las menudencias de la vida.

Cereda se levantó primero. Odea primero fue a llevarse la mano al cabello, hasta sentir las incontables horquillas, después, resignada, se puso en pie también, y todos la siguieron al pasillo. Corrieron hasta la habitación de Ydni, de donde provenían los gritos. Al abrir la puerta, su sorpresa fue máxima. Ydni yacía en la cama, con un cuchillo enterrado en el pecho, cubierta de sangre. Las hombreras chocaban con la pared, detrás. Y su dama, que hasta ahora gritaba, se calló al verlas entrar.

—¿Qué ha pasado?

—¡Un hechizo! Se hizo todo oscuro, ¡no vi nada! —gritaba desconsolada.

Aquello era desastroso. ¡Ydni no podía morir! Se tiró a sus pies, que aún colgaban de la cama. La necesitaba demasiado. Sin ella todo estaría perdido.

—¡Eres una inútil! —le gritó a la joven—. ¿Cómo has permitido que ocurra?

Ella solo lloraba.

Cereda se le acercó. —Calma. Tranquilízate. —Casi la agita. Estaba sentada también a la cama, manchada de sangre, y tenía la cara descompuesta.

—¿Quién ha podido hacer esto? —dijo la niña.

—No lo sé —respondió Cereda calmada—. Pero tarde o temprano terminará apareciendo. Lo que ha ocurrido aquí es muy grave, y compromete todo por lo que hemos venido hasta aquí.

La joven se sorbió los mocos y asintió, regresando al llanto después.

—¡No puede ser! —Odea la miró fijamente—. Como tengas algo que ver con esto... —La amenazó. La dama de Ydni le retiró la mirada, y dejó de llorar por el miedo.

—Yo jamás le haría eso a mi señora.

—Más te vale.

Odea se levantó cuando aparecía Liepa por la puerta. Su cara de horror era desmedida.

—¿Qué ha ocurrido?

—Míralo tú misma —le respondió Odea.

Liepa entró y se echó a los pies del cadáver, ocupando su puesto, pero ella no se quedó a verlo. Cuando salía, ya entraba Teófisa también. Esa enana le daba risa, pero en ese momento nada le hacía gracia. Una vez en el pasillo, fue hasta la habitación de Icalma, pero allí no estaba. No podía haber sido ella, eso era imposible. Esperaba que su amenaza no las hubiera puesto tan nerviosas como para enfrentarlas. Casi sonríe al pensarlo, pero no pudo.

Marchó escaleras abajo, cuando Essirah acudía también al encuentro de las otras. ¿Dónde se habría metido la lunática esa?

—¿Por qué gritan así? —Greis preguntaba desde uno de los sofás. Junto a ella, el soldado se mantenía impasible, ataviado con su armadura.

—Tú no te alejes mucho. Que ahora todas somos sospechosas. ¿Has visto a Icalma?

La niña negó con la cabeza, mientras el soldado se llevaba la mano a la empuñadura. Salió de la residencia resoplando para burlarse de él. Una vez fuera, se cubrió con la mano. Había olvidado su quitasol. La tarde ya caía, pero el brillo seguía siendo demasiado intenso para ella. Echó un vistazo a la plaza, ya desde los setos que delimitaban la parcela. Allí había algunos soldados de la Guardia Sacra, así que les preguntó.

—Soldado, ¿ha salido Icalma, Señora de Murrow, de la residencia?

—Sí, señora, se dirigió a la Torre de Dävoros.

—¿Hace cuánto tiempo de eso? —preguntó levantando una ceja.

—Hace un buen rato ya, señora.

Se encaminó hacia la alta torre, que se erguía al otro lado de la plaza. Llevaba la mano protegiéndose del atardecer, así que apenas veía las cigüeñas sobrevolándola, posándose en sus nidos, allá en su cúspide. Dejó de lado el Templo de Un'Munar, sin siquiera mirarlo, y llegó ante los dos soldados que protegían la entrada.

—Guardias, busco a Icalma, Señora de Murrow.

En ese momento se abrieron las grandes puertas de la torre, que formaban un arco ojival muy hermoso, con cientos de inscripciones rojas. Icalma atravesó sus puertas, así como un olor que Odea reconoció al instante. Las hebras de magia se agitaban allí dentro, luminosas, destelleando colores hacia afuera, hasta que se cerró tras de ella.

—Icalma —le dijo con ansia—. Tienes que saber algo.

Ella la observó con mirada embriagada, ignorando su tono. Entonces abrió su quitasol.

—Ydni, ha muerto.

Entonces Icalma volvió en sí. —¿Qué?

La agarró del brazo, y la alejó de los soldados, y allí en medio de la plaza, cerca del Templo de Un'Munar, la detuvo.

—Está muerta. La han asesinado.

—Sabía que esto iba a pasar hoy...

—¿Qué?

—¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué?!

—No lo sé. Pero sabes de sobra por qué ha ocurrido.

Ella se quedó muda.

—Tú vas a hacerlo solita. Me da igual cómo lo logres, pero vas a hacerlo. Y después vas a dármela a mí.

—Ni lo sueñes —contestó Icalma.

Odea le agarró de la túnica, acercando sus rostros, y sus rastas se agitaron.

—Vas a hacer que se cumpla lo que dice ese libro. No sé cómo pensabais hacerlo, pero quiero que sigas adelante.

—Eso te lo aseguro. No tengo opción.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Tú déjame eso a mí. Sé que podré controlarla. Apóyame frente a las demás.

Odea la observó incrédula. ¿Cómo se atrevía?

—Dime, ¿cómo lo sabes? —Odea necesitaba entenderlo. Solo sabía que iba a ocurrir durante la redacción del tratado, pero no cómo iba a ocurrir.

—Puedo hablar con ella.

Odea torció el rostro, enfureciéndolo. Le daban asco aquellos que podían conectar con el Plano Etérico. —¿Y cómo convenciste a Ydni? —le preguntó con rabia.

—Ella lo sabe por Kissara, su dama de compañía.

—Esa miserable no ha hecho nada por detenerlo, ¡y lo sabe todo! —Casi gruñe—. Vamos con las demás. Esto no puede quedarse así —Sentenció seria.

Las dos se encaminaron, sin cruzarse una palabra más, hacia la residencia, cruzando la enorme plaza de Scara, la Ciudad Sagrada, cuando resonaron las sirenas.

Bajó Liepa corriendo, y sin mirarla fue hasta la puerta.

—Guardias —les dijo afuera—. Llamad al Consejo Sacro. Ydni, Señora de Stavros, ha sido asesinada.

—¿Has dicho que...? —alcanzó a preguntar Greis una vez había regresado.

Liepa asintió, cuando las demás bajaban las escaleras, con Cereda en cabeza, seguida de sus guardias, y tras ellos Essirah, su esclava, y Teófisa. También iba la dama de Ydni, que lloraba sin parar.

En ese momento, Eyco, que la observaba apartado, corrió hasta ella con el guante en la empuñadura. Greis se levantó para ir hasta la anciana, que negaba con la cabeza sin poder creerlo. Pero Eyco se lo impidió, al forcejear, finalmente la soltó. Ella la miró seria. No podía creerse que se hubiera atrevido a ridiculizarla delante de todas. Sin decirle una palabra, fue hasta ellas.

—Es una pérdida terrible, pero además esto tiene graves consecuencias para nuestro concilio. —Liepa estaba muy seria—. Debemos reunirnos ahora mismo y deliberar. Debemos decidir si podemos seguir adelante.

Las campanas no dejaban de sonar por toda la ciudad ya.

—Claro que podemos —inexplicó Essirah sobre el primer peldaño.

—Señora Essirah, falta una de nosotras, no podemos redactar el tratado sin la presencia de la Casa de Esnas.

—Está Icalma, ella hablará por ambas.

Liepa la miró un largo momento. —Reunámonos en el Templo de Un'Munar, para deliberar si podemos llevarlo a cabo.

Essirah asintió, y Cereda también. En ese momento entraron unos cuantos soldados de la Guardia Sacra.

—¿Dónde ha sido?

—Arriba, en su habitación —respondió Liepa—. Los acompañaré. Por favor, buscad a Issafiren, Odea e Icalma —añadió hacia las demás—. Nos encontraremos en el templo.

Se marchó escaleras arriba, seguida de los guardias. Por toda la ciudad sonaban ya las sirenas, y cuando salieron, se encontraron con más gente que se acercaba. Entre ellos estaba Eliro, el consejero. Se apresuraron a entrar a la residencia, pero ellas se dirigieron en contra, hacia el centro de la plaza, cuando se encontraron a Odea e Icalma que se les acercaban. Eyco no se despegaba de su espalda.

Teófisa, que iba detrás, se dio media vuelta para volver. —Os veo a todas en el templo, avisaré a Liepa de que solo faltan ella e Issafiren.

—Vamos a reunir el concilio en el Templo de Un'Munar. O lo que queda de él —dijo apesadumbrada Cereda.

—Quieren detener la redacción del tratado. Esa es una buena razón para matar a Ydni —inquirió Essirah hacia Odea, con expresión seria.

Greis que se había quedado sola ahí detrás al irse Teófisa, le dio miedo la escena. Estaba entre elfas que habían vivido durante decenas de miles de años. Por suerte la acompañaban la dama de Ydni y la esclava de Essirah. La primera no dejaba de llorar. Además, los guardias de Cereda no se le habían separado.

—No te atrevas a acusarme de nada.

Odea le sostuvo la mirada a Essirah, en un claro desafío, hasta que Cereda intercedió.

—Entremos al templo, allí podremos discutirlo.

—Esperad, yo tengo que verla —dijo Icalma ansiada, y echo a correr detrás de Teófisa.

Odea hizo un ademán por detenerla, pero la dejó ir. Las demás se encaminaron hacia el arco donde comenzaban las escaleras. Allí los dos soldados seguían apostados, observando el movimiento entre el custodio y la residencia.

—Señoras, ¿qué ha pasado? —preguntaron.

—Han asesinado a una de nosotras. —Y ante la cara de pánico del guardia continuó—. Debemos entrar al templo, vamos a reunir al concilio. —Cereda hablaba por todas, mientras el guardia la observaba sin comprender.

—Pero, señora, eso debe ser durante la noche.

—Durante la noche comenzará el concilio —le gritó Odea—. Ahora déjanos entrar a asegurarnos de que eso ocurra.

Essirah la observó cómo gritaba al guardia, pero su rostro no cambió un ápice. Los guardias se apartaron, y cruzaron el arco.

—Señora —tuvo que decir el guardia cuando Greis lo alcanzaba—. No estoy autorizado a dejarlas entrar a ellas. —Y señaló a la esclava y a la dama de Ydni.

—Arangua va a entrar conmigo. Eso no está en discusión.

—Si tu esclava entra, también podrá hacerlo ella —dijo Odea.

Todas miraron a Kissara, que se encontraba detrás, con Greis y Eyco. Debió sentirse observada también. Sin querer dio un paso al lado, para salir de la atención colectiva. Kissara había dejado de llorar, y observa muda.

—Que entre —sentenció Essirah.

Descendieron la larga escalera, que dejaba el nivel del suelo arriba. Los muros, que crecieron a ambos lados, eran de pura roca, tallados con esmero. El ancho de las escaleras les permitía bajar en parejas, y así los nueve, junto a Eyco y los dos guardias, dejaron a ambos lados una caída hasta el foso interior que rodeaba el templo. Un cuervo surcó el cielo graznando entre las campanadas, y las libélulas descendieron con ellos, mientras que, enfrente, las enormes puertas talladas en la

misma roca negra las esperaban entornadas. Mover aquellas puertas habría sido imposible, estaban hechas de la misma roca que el resto del templo. La enorme estructura rectangular estaba tallada sin adornos, pura roca asomada al foso que la separaba del suelo de Scara. Greis se impresionó con aquello. Si Lirdigh se había caído por ahí, tenía que estar muerto. A lo mejor, al morir, los duendes desaparecían... El pensamiento le cruzó la mente, y le dio mucha pena por él. En ese caso haber buscado su cuerpo en el foso había sido inútil.

Entraron al templo, donde ardía una sola antorcha. Era una cámara inmensa, de varias veces la altura de la más alta de ellas. Estaba por completo tallada en la negra roca. En el centro, una mesa esculpida allí mismo mostraba todo lo largo que ocupaban los territorios de los elfos de Yandalath, pues tenía la forma de un enorme mapa del continente, al que le faltaba el mar. Sobre la mesa pendía, inerte, un incensario precioso. La entrada daba al sur del mapa, por lo que ellas se apelotonaron alrededor de la Península de Erëtrias. Odea caminó bordeando los Bosques Pleuches, al oeste. Arrastraba un dedo sobre la pulida mesa, sonriendo, como si hubiera ansiado ese momento largo tiempo, hasta que se detuvo al norte, donde la mesa terminaba abruptamente, donde acababa el mundo, allí nacían los territorios de Orah. Al otro lado caminaba Cereda, asombrada, siguiendo el curso del Gran Océano, hasta que comenzaba la Bahía de Longomar. El lugar era sobrecogedor, con ese silencio sepulcral, en aquella inmensidad excavada en la negra roca. Una hilera de gradas rodeaba la gran mesa, a lo largo de toda la cámara, y solo se interrumpía en la entrada. Ascendían talladas sobre el muro para dejar espacio a espectadores, hasta terminar con los muros que las encerraban, y allá en lo alto, una cúpula chata decorada con piedras preciosas lucía imitando el cielo nocturno. Un esclavo entró tras ellas apresurado, portando una antorcha. Fue recorriendo las gradas, prendiendo las piletas que se elevaban cada cierta distancia. Al poco, un buen puñado de ellas iluminaba el gran salón, maravillándola.

—Así que aquí se reúne el Consejo de Un'Munar —señaló Odea desde el otro lado de la sala.

—Así es —respondió Cereda, que la alcanzaba donde el mapa de la mesa terminaba en la Nada. Observaba un saliente de la mesa, que señalaba el lugar donde debía ubicarse Dunottar.

Greis no había visitado nunca la Fortaleza de la Arpía, ni deseaba hacerlo. Permanecía deslumbrada por aquella sala, que era conocida por todos los elfos de Yandalath. Sabía el privilegio que tenía al poder verla con sus propios ojos, al estar allí. Era lo único que la motivaba de ese viaje al que la había enviado su padre.

—¿Qué haremos ahora? —dijo Cereda en tono grave.

—La redacción del tratado debe continuar tal y como está programado —respondió Odea.

—No sé si van a querer —añadió Essirah, que se alejaba de ellas por la costa occidental de la mesa. Su esclava la seguía de cerca, observando la sala anonada.

—Van a querer —sentenció Odea.

En ese momento, Greis, a su espalda, escuchó llegar a las faltantes. Liepa iba delante, con Issafiren, Icalma y Teófisa a la zaga. Las tres observaron la sala, estupefactas ante tanta enormidad.

—Por fin estamos todas. Bienvenidas al Templo de Un'Munar. —Liepa habló con pesadumbre—. Creo que ninguna de nosotras esperaba que estuviéramos aquí en estas circunstancias. Falta una de nosotras. El concilio, a falta de ella, debe deliberar, decidir si debemos redactar el tratado.

—Claro que debemos hacerlo —gritó Odea desde el otro lado.

En la entrada, Greis se hallaba con el grupo que no se había atrevido a moverse por la sala, observando la escena, dándose cuenta de que había llegado el momento. Y que era posible librarse de él.

—¿No sería justo para la Casa de Esnas, que siempre impugnaría el tratado, en su derecho legítimo?

—Lo que no sería justo es que las demás no podamos contar nuestra historia. Lo lamento por Ydni pero la redacción debe continuar. Icalma hablará por Esnas —inquirió Odea.

Ésta, que caminaba por la costa oriental observando la mesa, se detuvo al escuchar su nombre. Miró a Odea y después a Liepa, y torció el rostro rumiando una respuesta.

—No creo que el tratado sea aceptado si lo hacemos sin Ydni —respondió Liepa.

—Votemos —añadió Essirah.

—Votemos —le siguió Odea. Ambas se miraron muy serias.

—De verdad, señoras, no creo que este concilio deba tomar esa decisión. Deberíamos esperar a que Stavros sea notificada, y envíen a alguien que releve a su representante.

Odea se rio. —¡Eso podrían ser milenios! ¿Entiendes lo que supondrá la muerte de la Señora de Stavros? Rinio querrá venir a por su esposa para honrarla, y tardarán mucho en designar otra representante.

—¿Alguien está escuchando? Ydni ha muerto. —Interrumpió Cereda. Todas callaron un momento—. Tuvo que ser alguien que estaba dentro de la casa.

Todas se miraron.

—También pudo haber huido tras hacerlo —añadió Liepa—. ¿Estábamos todas en nuestras habitaciones? Greis, tú estabas en el salón. ¿Viste salir a alguien?

Greis se quedó helada. —No, al menos no antes de que comenzaran los gritos —respondió solo, mirando a Odea con miedo contenido.

—Fue una de vosotras —sentenció Icalma con su voz grave.

—Tranquilicémonos —añadió Liepa—. ¿Por qué una de nosotras asesinaría a Ydni?

—Para detener la redacción.

Liepa miró a Odea al decir eso.

—Tiene sentido —la correspondió Essirah.

Liepa no dijo nada, solo las observaba.

—Votemos —repitió Odea.

—Como moderadora del concilio, no estoy de acuerdo con esto, pero si todas las demás lo están, votaré también.

Essirah, Issafiren e Icalma asintieron. Esta última portaba un libro bajo el brazo, que hasta ahora Greis no había visto.

—Votemos —dijo Cereda desde el otro lado.

Liepa se resignó, manteniendo la entereza. —Votemos, pues. Levante la mano quien desee continuar con la redacción del tratado.

Se levantaron cinco manos. Liepa y Teófisa votaron en contra, que miraron a Greis agradecidas por el apoyo. Ella solo estaba aterrada, no sabía si levantar la mano, pero en realidad no lo deseaba bajo ningún concepto, así que se limitó a no hacer nada.

—Redactaremos el tratado —dijo Odea sonriente. No parecía que la muerte de Ydni le afectara demasiado.

—Señoras, ¿están seguras de que podemos hacer esto? El tratado nunca será legítimo para todos los elfos de Yandalath —argumentó Liepa, en un último intento.

—El concilio ya ha decidido, Liepa —dijo Essirah—. Bien podríamos esperar, pero sabes que el concilio se vería cuestionado. Tal vez no tendremos una oportunidad como esta.

Icalma, aún perdida en el mapa, habló con su voz grave. —Yo veo una salida a esto: que Kissara, la dama de Ydni, ocupe su puesto, y represente a la Casa de Esnas durante la redacción del tratado.

Todas se quedaron mudas, y ella, que aún lloriqueaba, se paralizó. Greis la tenía al lado. Si aceptaban aquello, al menos, no sería la única que no debiera estar ahí.

—Me parece justo —añadió Odea.

—Creo que es una buena idea, Liepa —dijo Cereda observando a la moderadora.

—Sí —secundó Essirah.

Todas observaron de nuevo a Kissara.

—¿Quieres representar a la Casa de Esnas, en lugar de Ydni, Señora de Stavros? —Le preguntó Liepa, muy seria.

Ella se secó las lágrimas y, tras pensarlo un momento, temblorosa, dio un paso al frente —Sí.

—Así sea —sentenció Liepa.

—Creo que debemos tratar otro asunto, que Ydni iba a poner sobre la mesa, y que Kissara ahora podrá corroborar —dijo Icalma ganando de nuevo la atención de todas—. Ydni iba a proponer que utilizáramos este libro, —Y lo elevó sobre su cabeza—, para redactar el tratado.

—Pero... El tratado va a redactarse en pergaminos que han sido ya seleccionados. Serán cosidos cuando hayamos terminado. Si lo redactamos en ese libro podríamos necesitar más páginas, o sobrarnos y dejar el final en blanco...

Icalma miró a Liepa sonriendo —Este libro nos dirá quién mató a Ydni, pues era su deseo que lo utilizáramos, y casi logran evitarlo. —Icalma acabó mirando a Odea.

—Es una buena forma de averiguarlo —sonrió también Odea—. Yo estoy de acuerdo con utilizar el libro de Ydni.

—Señoras, esto es chantaje —dijo Liepa seca—. La Guardia Sacra debe encargarse de descubrir quién ha asesinado a la Señora Ydni.

—Puedes verlo así, o como una herramienta para resolver el misterio ahora mismo —Odea no dejaba de sonreír—. ¿Quién más no está de acuerdo con usar el libro de Ydni? Que levante la mano.

Parecía que nadie iba a atreverse a hacerlo, ni siquiera Liepa, cuando Teófisa alzó su mano. Estaba en la entrada también, cerca de Greis y de Eyco.

—Antes de tomar una decisión, creo que es necesario saber por qué Ydni quería usar ese libro, y por qué alguien quisiera matarla para evitar que lo usáramos —preguntó Teófisa.

—Por qué querían evitarlo, ése es el misterio que debemos resolver, señoras —insistió Odea.

—Este libro era un obsequio —dijo Icalma casi a la vez—. Ydni lo traía como regalo de la Casa de Esnas, para que lo usáramos durante la redacción del tratado, pues escribe solo.

Depositó el grueso libro sobre la mesa. Tenía un ribete de bronce decorando el borde de la portada, así como el lomo, que era de metal. Un adorno de bronce decoraba el borde de las portadas, con hermosos remaches hacia el interior, sin título alguno. Dos hojitas metálicas asomaban arriba y abajo. Icalma lo abrió y las páginas en blanco pasaron hasta abrirse por una cualquiera. Entonces tomó una pluma muy larga, toda ella de color negro, y la colocó sobre el papel en posición vertical, sujetándola con dedos de largas uñas. Al posarla, se dibujó un punto sobre el blanco. Entonces la soltó, y la pluma se quedó totalmente quieta, con la punta sobre el lienzo. —Aquí redactaremos el Tratado de Yandalath. —La pluma, por sí sola, comenzó a escribir lo que Icalma había dicho, y después, sonriente, la tomó y le enseñó el libro a todas. Greis alcanzó a leer esas mismas palabras.

—Es un gran obsequio, Icalma —dijo Odea.

—Muchas gracias, Icalma —añadió Cereda.

—No me las den a mí, es un regalo de las Islas Oscuras —respondió gravemente.

—¿Y por qué iban a querer matarla, por ese libro? —preguntó Essirah.

—No lo sé —respondió Icalma—. El libro está hechizado, recogerá todo lo que se diga dentro del templo durante las sesiones de redacción. Pero no tiene ninguna otra finalidad que esa.

—No tiene sentido —añadió Teófisa.

—En todo caso, ninguna salvo tú se ha opuesto a usarlo. —Se regodeó Odea.

—Eso es cierto —dijo Icama.

—El libro deberá guardarse en el templo durante toda la redacción, para evitar que sea manipulado, como fue estipulado que se haría. —Liepa habló resignada.

—Yo quisiera hacer una petición al concilio —Essirah interrumpió, dando el tema por zanjado. Todas la observaron—. Quisiera que Arangua, mi esclava, nos acompañe durante las sesiones de redacción. —Liepa elevó las cejas al cielo—. Ella podrá asistirnos a todos durante las sesiones de redacción.

—¿Queréis que votemos por eso? —Liepa permanecía seria, a pesar de haber perdido el control de la situación. A Greis no le dio ninguna pena. Ella tenía que haber puesto orden y detener aquello, pero había dejado que se salieran con la suya—. ¿Alguna cosa más? —hablaba decidida, en un evidente intento de terminar aquello.

—Gracias —dijo Icalma—. Ydni estaría honrada.

Odea sonreía desde el otro lado, como si hubiera ganado alguna batalla, pero Greis era incapaz de comprender lo que esa elfa tenía en la cabeza.

—Iré a comunicarle al Consejo del Custodio que la redacción continúa. —Liepa se dio media vuelta, completamente enfurecida por la frustración, atravesando a las que permanecían tras ella en la entrada.

Salió de la cámara y ascendió aquellas largas escaleras. Por fin relajó el rostro, casi se echó a llorar allí mismo. A ver qué le decía ahora a los consejeros. Tras abandonar el arco, cruzó la plaza hasta llegar al Custodio. De allí aún entraba y salía gente, apurada.

—Soldado, debo hablar con el Consejo del Custodio.

—Mi señora, también os busca el Consejo Sacro.

—Sí, me lo imagino.

—Acompañadme.

Siguió al soldado, que lo condujo hasta un salón de reuniones, tras subir unas escaleras. Allí estaban ambos consejos reunidos, que se callaron en cuanto entró ella, pues antes estaban armando bastante jaleo. Eran siete elfos y elfas, pues faltaba uno del Consejo Sacro.

—¡Liepa! —exclamó Eliro que se sentaba cerca.

—¿Cómo ha podido suceder esto? —preguntó Dranos, del Consejo Sacro.

—Consejeros, —Los trató de tranquilizar Liepa—, entiendo su consternación. Ydni ha sido asesinada. Pero el concilio se ha reunido en el Templo de Un'Munar, y ha decidido continuar con la redacción del tratado.

—¡Pero, señora, eso no es posible! —gritó una.

—¡Debe continuar! —gritaron otros, y volvieron a enzarzarse a gritos.

—¡No será legítimo!

—Consejeros, —Interrumpió ella—, tampoco estoy de acuerdo con que continuemos con esto, pero el concilio así lo ha decidido, y se ha designado una representante para la Casa de Esnas.

Todos callaron de pronto.

—¿Quién? —preguntó Eliro.

—Kissara, la dama de Ydni. —Se escuchó alguna mofa en la mesa—. Ella representará a la Casa de Esnas.

—Eso es imposible —dijo Epririo, del Consejo Sacro.

—Así lo ha decidido el concilio —repitió Liepa.

—Pero eso introducirá un sesgo irreparable e inevitable en la historia... —Hablaban Arrur, del Consejo del Custodio, pero todos lo ignoraron.

—La prioridad ahora debe ser saber quién la ha matado —Dranos habló pausado—, y por qué lo han hecho.

—Estoy de acuerdo —respondió Liepa.

—¿Quién ha sido? —preguntó él.

—¿Cómo voy a saberlo? —Su rostro permaneció serio, enfrentando la mirada al consejero. Era conocido por su mal genio, y ahora la escrutaba desde la mesa, con todos sentados, salvo ella.

—Hemos llegado a la conclusión de que tuvo que ser una de las señoras del concilio —añadió. Liepa asintió. —Nosotras también.

Ahora Dranos sonrió. —Bien podrías haber sido tú, Liepa, pues conoces la Esencia Astral, y eres capaz de causar esa magia.

—Con todo el respeto, consejero, esa magia se puede lograr haciendo uso de varias Esencias Arcanas, no solo de la Esencia Astral. La mayoría de nosotras podría hacerlo. ¿Por qué iba a sabotear yo algo por lo que he trabajado tanto?

La sonrisa irónica del consejero se mantuvo intacta. —¿Y tú de quién sospechas?

Ella no respondió en seguida, meditando las implicaciones de aquella respuesta. —Las señoras Odea e Icalma podrían estar implicadas —dijo finalmente.

Ellos se cruzaron miradas de asombro, otras de reproche y las voces se alzaron de nuevo.

—¿Por qué?

—Por la forma en que se han comportado ahora, mientras el concilio deliberaba.

—Ella la encontró... —dijo uno.

—Ella es capaz de hacer esa magia, es una ilusionista, diestra en la Esencia Onírica. —Epririo asintió.

—¿Y por qué iba a matarla?

—Escuché a Odea amenazar a Ydni, esta mañana. —Todos callaron de nuevo—. Pasaba junto a su puerta, cuando ella la amenazó.

—¿Qué le dijo?

—Que Ydni no sería capaz de lograr algo que Odea deseaba.

—Querían amañar la redacción, ¿no lo ven? —gritó Minios.

Las voces casi regresan a la sala, pero Eliro se puso en pie. —Consejeros, Liepa. Ya que no podemos detener la redacción, propongo agilizarla en la medida de lo posible. Debemos enviar emisarios a Stavros, alertando de lo sucedido. No van a regresar antes de que esto acabe, pero la imagen de la Ciudad Sagrada se va a ver dañada por lo sucedido. ¿Cómo hemos permitido que pasara?

Davros se puso en pie también, y su silla cayó detrás. —No te atrevas a culparnos a nosotros.

—No me interesan las culpas ahora, Davros. Solo espero que esto no acabe en una guerra.

—Que nadie olvide que se ha avistado marchando a los estandartes de la Casa de Orah en el Vestigio —añadió Ėrgamo.

Ahí el tumulto volvió y las voces se cruzaron amenazantes. A Liepa no le interesaba en absoluto lo que esos discutieran. Así que no dudó en marcharse.

—Consejeros, ustedes ahora deben hacer su trabajo, y yo el mío. El atardecer ya ha comenzado, y cuando caiga la noche comenzará la redacción del tratado.

Sin mediar ni una palabra más, se dio media vuelta y se marchó del salón de reuniones.

EL TRATADO DE YANDALATH

La noche ya había caído cuando Cereda se levantó de la cama, tras haber completado el trance. De hecho, agradeció que estuviera oscuro afuera. Llevaba meditando un buen tiempo, desde que regresara del Templo de Un'Munar, y por fin había llegado el momento. Lamentaba la muerte de Ydni, pero la redacción debía comenzar. Era hora de contar toda la verdad. Llevaba el cabello recogido a la espalda, en una larga trenza que le llegaba hasta los pies. Un mechón rosa le crecía de la frente, destacando entre el negro cabello, y le caía dotando a la trenza de color. El vestido era de fino lino granate, que se abultaba por su tremenda panza. Debajo no llevaba nada más. Los años habían pasado por ese cuerpo, y aunque apenas se apreciaran a la vista, ella los sentía como un pesado lastre. Se dirigió a la puerta y al abrirla, ahí estaban sus dos guardas. Estaba harta de que la siguieran a todas partes.

Salió al pasillo y bajó las escaleras, con los dos detrás. Abajo, Issafiren, con su repugnante gato en brazos, hablaba con Essirah. En el sillón estaban Liepa, Teófisa y Greis. Al fondo estaba su guardia personal. Esa niña estaba aterrada, bien sabía que no debía estar aquí, pero ya no había vuelta atrás. Cuando alcanzó el salón, las tres se levantaban.

—Cereda, me alegra que estés lista. Vamos al templo juntas, todos nos deben estar esperando. —Liepa hablaba mirándola, obteniendo la atención de todas.

—Ha llegado el momento, Liepa, compañeras —añadió hacia las demás.

—Sois la primera, Cereda, sé que alguien como vos estará a la altura de la situación, pero tal vez necesitéis algo, por... —Liepa miró hacia su tripa—. Por vuestra condición.

—No te preocupes, Liepa. He pasado por esto demasiadas veces como para saber que estoy preparada.

Liepa le sonrió. —Mucha suerte, Cereda.

—Vamos —respondió ella asintiendo.

Juntas salieron a la plaza, donde se congregaba una muchedumbre. Allí había habitantes ricos, de la ciudad interior, y los pobres que habitaban fuera, así como extranjeros venidos de toda la Tierra de Diurna. Entre ellos había también esclavos, algunos con antorchas, aunque eran los menos, y andaban de aquí para allá atendiendo a sus señores y señoras. Scara era una maravillosa ciudad, y le alegraba haber regresado, pues no lo hacía desde antes del Gran Cataclismo, y mucho había cambiado todo en ese poco tiempo. Les abrieron un pasillo de miradas suspicaces. Estaban todos en tenue silencio, solo los graznidos de los cuervos lo quebraban. Caminó, acompañada de Liepa a la cabeza, seguida de sus dos custodios y las demás, hacia el templo, en el centro de la plaza. Allí había muchos guardias protegiendo la entrada. El gentío formaba un corro frente al

arco que daba paso a las escaleras y al templo. En lo alto de cada columna ardían dos antorchas, dando luz a la escena, en un intento de ensalzar un momento que sería recordado siempre. A Cereda le parecía curioso ser consciente de estar viviendo uno de esos momentos, otra vez. Liepa saludó solemne a los guardias.

—Los consejos os esperan en el templo, señoras, para que dé comienzo la redacción del tratado.

—Gracias, guardia.

Cruzaron la arcada seguidas de Essirah y su esclava, detrás iban Essirah e Issafiren, seguidas de Greis y su escolta. Descendieron las escaleras, peldaño a peldaño, hasta que el silencio se rompió con un aplauso, al que le siguió otro, y después muchos más. Al final todos aplaudían, honrando lo que estaba a punto de suceder.

Entraron al templo, donde las piletas ardían, repartidas entre los asistentes. Estaba repleto de gente, a diferencia de esa tarde. Ahora las gradas estaban pobladas por los miembros del consejo y por los más influyentes en Scara y otras ciudades de todos los confines dominados por los elfos de Yandalath. Su escriba, junto a los demás, estaban arrinconados en una esquina, como si de ellos no dependiera todo el prestigio y la veracidad del tratado. A cada lado, en lo alto de las gradas, había un esclavo. Lanzaban suavemente el incensario, que ahora estaba prendido. Chisporroteaba surcando la mesa, dejando tras de sí una estela de humo que embriagaba el salón con una esencia floral. Sentadas a la mesa las esperaban Odea, Icalma y Kissara, que se pusieron de pie al verlas llegar. Kissara llevaba ahora un vestido con altas hombreras, como el que habría vestido Ydni. Ellas fueron sentándose a la mesa. Tenían una silla esperándolas, situadas cerca de los territorios de los que provenían en esa mesa que figuraba el majestuoso mapa. Cereda lo recorrió, dejando a Essirah sentarse a la altura de los Bosques Pleuches y a Issafiren donde del suelo se elevaban las Islas de Dei'Gol. Saludó a Odea y se sentó más allá, junto a ella, donde sobresalía la angosta península de la mesa, señalando el lugar donde había vivido casi toda su vida. Echó un vistazo a su espalda, sus dos guardas se apostaron junto al público. Greis se sentó en la entrada de la gran Bahía de Longomar, y Liepa y Teófisa se sentaron juntas a su izquierda, en los puntos más próximos a Scara y Lithia. Los presentes estaban en completo silencio, entonces Liepa hizo una seña solicitándolas a todas levantarse. Y así hicieron.

—Nos hemos reunido en concilio esta noche para redactar el tratado de toda la historia de nuestro pueblo. Una historia que viene durando más de cien mil años, en el que hemos combatido, nos hemos dividido y nos hemos ayudado cuando la necesidad apremiaba. Esta noche comenzaremos la redacción del Tratado de Yandalath, que tanto tiempo y esfuerzo ha requerido lograr reunirnos aquí. Como saben, la Señora Ydni, esposa de Rinio, Señores de Stavros, capital de la Casa de Esnas, ha muerto hoy. Ante un hecho tan terrible, le rogamos al Dios Muerto que la acoja en su casa. Mañana su cadáver partirá hacia Stavros. —Liepa hablaba solemne al otro lado de la mesa—. Tras este hecho, el concilio se ha reunido a deliberar, y ha llegado a la solución de continuar con la redacción del tratado. —Ahora sí comenzaron los cuchicheos de alivio entre el público—. Hemos tomado juntas varias decisiones, que ahora compartiremos. En primer lugar, Kissara, dama de compañía de Ydni, y su más allegada en la ciudad, ha sido designada para representar a la Casa de Esnas. —Los cuchicheos se avivaron, sin llegar a interrumpir su discurso—. Además, hemos decidido utilizar un libro diferente al convenido originalmente para redactar el tratado. En honor a la difunta Ydni utilizaremos otro ejemplar. —Repitió, antes de hacer una pausa—. Señora Icalma, por favor.

Ésta extrajo el libro y lo abrió sobre la mesa, buscando la primera página. Llevó la pluma, en posición vertical, hasta la hoja. Entonces la soltó, quedando quieta, a la espera.

—Aquí comienza el Tratado de Yandalath —dijo Liepa—, donde será contada toda la historia de la Alta Estirpe de los Elfos de Yandalath, en el año ciento cinco mil cinco tras la Llegada de Efgo, Primero de Yandalath, y con él todos nuestros antepasados, los primeros de sus nombres. —Asintió, e Icalma agarró la pluma, cerrando el libro de incontables páginas en blanco, salvo en la que acaba de imprimir sus palabras—. Es un libro que se escribe solo, y que Ydni pensaba regalar al concilio. La honraremos redactando el tratado en sus páginas. —Miró a Essirah e Issafiren—. Esta misma noche comenzamos su redacción. El orden en que hablaremos fue establecido con anterioridad a nuestra llegada, incluso antes de que algunas fuéramos designadas para tamaña tarea. Primero lo hará la señora Cereda, representando a Dunottar; —Ella asintió, estaba preparada para hacer lo que había venido a hacer—; después lo hará la señora Odea, representando a la Casa de Orah; seguida de la señora Kissara, que hablará la tercera, cuando lo habría hecho Ydni, Señora de Stavros. Después hablará la señora Essirah, por la Casa de Queralla. A ellas las seguiremos las demás: primero hablaré yo, representando a Scara, la Ciudad Sagrada; y después lo harán la Señora Icalma, por las Islas Oscuras; y la Señora Greis, por las Islas İbrini. Finalmente hablarán la Señora Issafiren, por los Estados Federados de Dei'Gol y la Señora Teófisa, por la Ciudad-Estado de Lithia.

—No me parece justo —increpó Essirah, que se sentaba frente a Teófisa y Liepa—. Queralla merece hablar primero como lo harían Orah y Esnas. Pero la principal razón es que por mi sangre corre el linaje directo de Efgo, Primero de Yandalath, como lo hace por la de Cereda, a quien gustosa dejaré hablar primero. —Estaba completamente seria, hablaba decidida—. Por último, añadiré por argumento que yo soy heredera del trono de Queralla, a diferencia de las Señoras Odea e Ydni, que fueron designadas por su reyes y reina.

Odea se echó a reír junto a ella, a la par que el tumulto del público volvió a crecer. —Ni lo sueñes —dijo volviendo a la seriedad—. Queralla ni siquiera existe. No portas ninguna corona, que te haga merecer hablar antes que yo.

—Señora Essirah, vuestras razones para proponer un cambio en el orden no son vacías, —Cereda vio a Odea sonreír, pues el tono de Liepa ya decía lo que venía a continuación—, pero, como dije, el orden ya está establecido, y no está en debate ahora.

Liepa y Essirah se miraban muy serias. Le sorprendía que esa muchacha pudiera plantarle cara a alguien como Essirah, pero necesitaba demostrar que tenía el gobierno del concilio. Cereda agradeció que Essirah se quedara callada.

—Hablaremos, —continuó Liepa—, dos cada noche, salvo Teófisa, que será la última. —Ésta asintió hacia Liepa—. Durante las sesiones habrá público en la sala. Contaremos con la presencia de los consejeros de Scara, la Ciudad Sagrada, y de peregrinos de todos los territorios ocupados por los elfos de Yandalath. —En el público se vieron caras de aprobación ante su reconocimiento—. Todo lo que digamos nosotras quedará redactado, y después dejaremos la mesa a los escribas de ambas señoras, quienes redactarán la historia dando cuenta de mayor detalle. —Los elfos saludaron desde su rincón—. Ellos redactarán durante toda la noche. Y así lo harán los escribas de todas nosotras. Una vez terminada la redacción, leeremos juntas el tratado. —Algunas asintieron—. Por último, además de los presentes, con nosotros estará Arangua, la esclava de la señora Essirah, quien nos atenderá a todas. —La esclava humana permanecía de pie en la entrada, a la espera de cualquier orden de su ama—. Dicho esto, que dé comienzo la redacción del tratado. —Sentenció haciéndole una seña a Icalma.

Todas se sentaron, y la elfa de rastas volvió a abrir el libro, colocando de nuevo la pluma, lista para comenzar. Entonces todas la miraron. Cereda, sintiéndose observada, se armó del valor que le daban los años y la experiencia para comenzar a hablar, y la pluma a escribir sola.

—Los elfos de Yandalath llegamos a este mundo cuando los dioses decidieron exiliarse al Otro Lado. Cuando ellos llegaron, el mundo era esférico, —Hizo el gesto con las manos—, pero tras sus cruentas guerras, casi lo destruyen, dejándolo plano. Tras la Batalla del Juicio, decidieron dejar este lado del mundo, Mawol, a los mortales, mientras que casi todos ellos fueron exiliados al Otro Lado. Entonces terminó la Edad de los Dioses y dio comienzo la Edad de los Elfos, cuando las Doce Altas Estirpes de los Elfos fueron dejadas a su suerte en doce navíos, flotando en alta mar. Ciento cincuenta y tres almas viajaban a bordo del Navío de Yandalath, los primeros de sus nombres, madres y padres de nuestra civilización. Tras mucho navegar, llegarían a la que llamaron la Tierra de Aradán, que hoy ya no existe. Los elfos de Yandalath llegaron a la isla en quinto lugar, —Al decir eso, en el público se escucharon susurros—, y en su costa más oriental, Efgo desembarcó en primer lugar, junto a Valia, Oploro y Üldavan—Al nombrarlos miró a Odea, quien le devolvió la mirada agradecida—. La nave permaneció a la espera, incapaz de atracar en aquella escarpada costa. Los cuatro valientes se internaron en las altas Montañas de los Dragones, y allí debieron enfrentarse a aquellas fabulosas bestias. Antes de que regresaran, ya avistamos la llegada del Navío de Quivarén. Aquella sería su tierra milenaria, pues nosotros no pensábamos quedarnos. Cuando los exploradores regresaron, decidieron marcharse para siempre. Solo tres de ellos llegaron, pues Üldavan había perdido la vida. Efgo, Veala y Oploro, en cambio, llegaron montando en poderosos dragones. Sus nombres fueron Emperador, Omirato y Alava. Los tres dijeron haber sobrevolado la isla a lomos de aquellas bestias aladas y que habían encontrado a muchos otros elfos allí. Cuentan que en ese momento avistaron al Navío de Quivarén llegar a la costa, y que los tres decidieron marcharse de la Tierra de Aradán, dispuestos a regresar para conquistarla. Así, Essera, capitana del navío, y esposa de Efgo, siguió a los tres dragones, quienes sobrevolaron el Gran Océano hacia el noroeste, hasta la Tierra de Elhada. Se dice que Efgo, Valia y Oploro encontraron primero la Tierra de Diurna, pero que la ignoraron hasta llegar al extenso desierto donde siempre es de noche. Al conocerlo, supieron que esa era la tierra para los Elfos de Yandalath. —Cereda extendió la mano, que surcó el aire sobre toda la Tierra de Elhada en la mesa—. Desembarcaron en la desembocadura del Río Primero, donde hoy se levanta el puerto de Luvas, y remontaron sus aguas hasta que dejaron de ser navegables. Al inicio del tiempo, cuando eran solo unos pocos, Valia y Oploro decidieron nombrar a Efgo Primero de Yandalath —aquello volvió a provocar susurros, aunque se los esperaba—, y desde entonces sería obedecido por todos. Desde allí conquistaron la Tierra de Yandalath en toda su extensión, esclavizando a los hombres que la habitaban. Por aquel tiempo ellos no eran más que rudimentarias bestias que carecían de cultura alguna, a diferencia de hoy en otros lugares. Nos sirvieron de mano de obra para levantar el imperio que hoy conocemos. La Tierra de Elhada fue muy próspera y la abundancia hizo poderoso al pueblo de Yandaltah, que aún se mantenía unido bajo el gobierno de Efgo, que hizo de Ortho'Morr su capital —añadió asintiendo hacia Odea de nuevo—. Construyeron la ciudad en una pequeña isla del antiguo Lago de Ordenes, que con el tiempo se secó. El lago llenaba el fondo del Cañón Seco, como lo terminaríamos llamando después. Como una extensa grieta, recorre el desierto nocturno, y las torres más altas de Ortho'Morr alcanzan a surgir del suelo, magnánimas, superando los acantilados. Sigue siendo una hermosa visión —dijo levantándose para alargar el brazo y acariciar la pulida mesa donde debía hallarse la ciudad—. Entonces Efgo, Primero de Yandalath, fue nombrado Rey de Yandalath, y señor de todos los elfos de la Alta Estirpe. Él siempre veló por su pueblo. —Escuchó una mofa de algún lado—. Y su mayor anhelo fue conquistar la Tierra de Aradán, aconsejado y protegido siempre por Valia y Oploro. No solo envió embajadores —Elevó la voz para ganarle a los susurros en el público— y tejió una red de espionaje, sino que contaba con su propia cartografía del lugar, pues a lomos de sus dragones

habían sobrevolado la isla. Durante su mando, los elfos de Yandalath se encomendaron a los dioses, por haberlos traído al mundo, como harían los demás elfos. Pero ellos jamás los comprendieron como nosotros. Efgo fue un gran devoto del Dios Padre y de la Diosa Madre, y por ellos instauró su devoción...

—Un estricto régimen de devoción, creo que debo puntualizar. —Essirah la interrumpió desde el otro lado de la mesa.

—Algunos dijeron eso —respondió Cereda—, tras la promulgación de los dos primeros edictos. —Carraspeó—. El Edicto del Padre, nuestro dios protector, el señor de la guerra, a quien debemos —Al decir eso no miró a ninguna— entregarle cuatro de cada cinco de nuestros hijos, quienes son dados al arte de la guerra. Así nacieron los Hikela, el ejército real, y los Unkelan, la guardia personal del Rey Efgo. Y el Edicto de la Madre, pues para permitirle vivir, debemos traer nueva vida a este mundo, por ello, debemos tener relaciones sexuales cada paso del astro. Sus sacerdotisas, las doulas, aún hoy procuran que cumplamos la promesa, y nos asisten durante el embarazo y el parto —Miró hacia el público, donde vio a la suya, sonriendo complacida—. Debíamos encomendarnos a ellos —continuó al fin con las manos abiertas sobre su gran barriga—, y procrear es el acto más devoto que podemos realizar. Este será mi tricentésimo cuadragésimo sexto hijo, será nombrado Irdilieb y entregado a los Hikela para honrar al Dios Padre.

—Creo que debe quedar presente que todo fue una mentira. —Teófisa habló muy firme, interrumpiéndola. El público estalló en admiraciones y amenazas—. Fue una treta para crear un ejército. Nuestros embarazos duran años, no como les pasa a los hombres. Las generaciones tardan en sucederse entre nosotros. Y Efgo lo sabía. Si quería dominar a los elfos de la Tierra de Aradán, debía tener un gran ejército antes de que su cultura prosperara.

—Lo que has dicho, Teófisa, de Lithia, además de ser una ofensa a nuestro pasado más fundacional, es traición. —Dijo Odea amenazante.

—No en mi ciudad, donde abolimos la obligatoriedad a la devoción a la Diosa Madre hace milenios. ¿Y por qué no decir la verdad cuando estamos contando nuestro legado, gravándolo en los anales del tiempo?

—En todo caso, —continuó Cereda cortando la discusión—, Efgo logró reunir un gran ejército para invadir la Tierra de Aradán. No solo estaba formado por elfos —añadió mirando a Teófisa—, también se llevó esclavos con él, además de pielesveredes y otras bestias. Antes de eso tuvo muchos hijos. Los primeros, algunos de ellos aún hoy con vida, fueron sus principales guerreros en la contienda. Ellos fueron Enda y Örlago; Ėtiro; Ĩfiro; Hiligar; y Lándaro. —Al nombrar a éste último no pudo dejar de mirar a su hija, sentada a la mesa también. Essirah le devolvió la mirada asintiendo agradecida—. Todos ellos, salvo Enda e Ĩfiro, navegaron hasta la Tierra de Aradán con él, en una grandiosa flota que desembarcó en la isla. Al principio Efgo trató de relacionarse con los elfos de Quivarén, Señores de los Dragones, sin conseguirlo. Ante la amenaza que suponía aquel poderoso ejército, los elfos de la Tierra de Aradán enviaron una delegación al encuentro de Efgo. Ante él llegaron, entre otros, Aván, Primero de Avaniissían, Líamo, Primero de Quivarén y Edön, Primero de Cardonón, algunos de los elfos más influyentes en la Tierra de Aradán. Efgo prometió no atacar y se ganó la amistad de Edön, Primero de Cardonón, uno de los más grandiosos hechiceros que han habitado Mawol. Él le contó cómo abrir un portal a otro mundo, haciendo uso de la Antiesencia: el Derrame de Sangre. Y cuando lo lograron, Efgo hizo uso de tal conocimiento, trayendo innumerables demonios a la Tierra de Aradán.

Teófisa levantó la mano para interrumpirla. Al menos esta vez mostraba más respeto.

—Ese otro mundo es el Plano Etérico.

Ahora sí se alzaron reclamos en el público. Cereda vio a Odea torcer el rostro observando a esa elfa enana.

—Eso no existe. Y si en tu ciudad es legal creer en una mentira, aquí, en Scara, está prohibido.

Teófisa pareció amedrentarse con aquello, pero levantó la cabeza y habló con firmeza. —Existir, existe. Pues yo misma puedo conectar con él.

Liepa levantó la mano, tratando de calmar los ánimos, y el público, que susurraba histérico, quedó en silencio.

—Teófisa, dejemos continuar el relato a Cereda, pues hablaremos del Plano Etérico en su debido momento.

Ella no dijo nada. Solo asintió y le devolvió la palabra. —Gracias —dijo Cereda—. Una vez abierto el Derrame de Sangre, Efgo se proclamó Rey de todos los elfos y Señor de la Tierra de Aradán, lo que supuso el comienzo de las Guerras de la Sangre. Fue entonces cuando Aradán, Primero de Assëe, fuera nombrado, por las demás Altas Estirpes de los Elfos presentes en la isla, el Rey de todos los elfos, pues hasta entonces convivían como naciones libres y en paz. La guerra duró varios milenios, en que los elfos de Yandaltah casi logramos conquistar la Tierra de Aradán, y donde se perdieron muchas vidas. Entre ellas la de Oploro y otros importantes generales, como los propios hijos de Efgo, Hiligar, mi abuelo, y Lándaro, vuestro padre. —Ahora miró a Essirah, quien permaneció seria, pero ella, sin retirarle la mirada, siguió hablando—. Lándaro, quien había dado muerte a Baran, Primera de Barafundär, murió en aquella última batalla, cuando ya habíamos perdido la isla. —Finalmente Essirah le devolvió un gesto conmovida—. La contienda dio fin cuando Efgo se batió valeroso contra Líamo, Primero de Quivaerén, a lomos de grandiosos dragones. Efgo resultó derrotado en el combate aéreo, pero Emperador salvó la caída de su amo con su propia vida. Cuando Efgo estaba en el suelo, Edön dotó de una magia tan poderosa al bastón de Aradán, que cuando éste golpeó el suelo con él, la isla se partió en una maraña de incontables islas, que hoy forman el archipiélago de los Reinos de Eleanor. Tras aquello todo cambió. Solo quedaron seis de las Doce Altas Estirpes de los Elfos en las islas, pues las demás habían emigrado a otras regiones del mundo. Efgo logró huir y debió retirarse a la Tierra de Elhada. Él jamás regresaría a aquellas islas. —Esto último no pudo evitar decirlo triste—. Regresó junto a Valia y sus hijos Örlago y Ėtiro. Al menos veinte mil años reinó Efgo la Tierra de Elhada después, manteniendo el credo al Dios Padre y a la Diosa Madre, hasta que llegaron las conspiraciones.

Todas la miraron, pero nadie en el público reaccionó.

—El reinado de Efgo no fue tan largo como el de sus sucesores, pero fue próspero. No obstante, en aquellos albores de nuestra civilización, a su regreso, derrotado, muchos desconfiaron de la capacidad de Efgo para gobernarlos. Él, enajenado, perdió la cordura, asesinó a Valia, aunque no se supo hasta mucho después. —Se dio cuenta de que había bajado el volumen de su voz, mirando a Odea, que miraba fija a la mesa—. Después de aquello, comenzó un plan arquitectónico que le llevaría miles de años terminar, y que hoy permite el comercio en toda la Tierra de Elhada. Logró unificar a través de una red de canales los grandes lagos del continente nocturno. Desde el Lago de Orrmorra, —añadió señalando sobre la mesa, aunque no había ni rastro de ellos en la pulida superficie—, hasta el de Susmira y el de Oloriath. Todos conectaban con el Lago de Anides. Unificados los lagos, solo faltaba la salida al mar, así que planeó construir el canal que conectó el Lago de Anides con la Bahía de Longomar, así como otro que conectara la ciudad de Ebas con la de Duluth, aunque éste nunca llegaría a ser una realidad. Finalmente, unieron el Lago de Susmira, al este, con el Gran Océano. Para ello debieron levantar la ciudad de Stavros, donde el lago terminaba en una ciénaga, canalizando el río en una flamante obra arquitectónica. Pero de ello ya nos hablará Kissara, en nombre de su señora. —Asintió hacia ella,

quien se vio sorprendida por el comentario y no le devolvió gesto alguno—. Efgo hizo grandes cosas durante su mandato—. Añadió hacia todas—. En el año veinte mil setecientos veinticinco, Efgo promulgó libertad en la canalización y el uso de las Esencias Arcanas, salvo en el caso de la Esencia Etérica y de la Antiesencia, que pasaron a ser monopolio del estado.

Teófisa volvía a levantar la mano. Cereda comenzaba a cansarse de aquello, pero la dejó hablar.

—En ese tiempo se reconoció al Plano Etérico, creo que es digno de mención.

—¡Que eso no existe! —gritó Odea.

Cereda dio un respingo en su asiento, que trató de ocultar, llevándose la mano al vientre.

—Es cierto —retomó la palabra—. Desconozco cuántas de nosotras pueden acceder al Plano Etérico, y aunque yo no pueda, sé que existe, pues conozco a algunos que pueden. En todo caso, Señora Teófisa, yo estaba hablando de la Esencia Etérica. Tal vez canalizar esa magia sea una herramienta para acceder a él, otra vía para acceder al mismo lugar. Ni los estudiosos de las Esencias Arcanas ni los teólogos llegaron a una solución concluyente sobre qué era. —Se dio cuenta de que estaba divagando—. Pero es cierto, —repitió—, algunos elfos de Yandalath nacieron con un don. La posibilidad de conectar con lo que ellos llaman el Plano Etérico, donde fluyen los pensamientos y las emociones.

—Y los demonios —se pitorreó Odea—. Es todo una mentira, y fue proclamado hereje por Efgo.

—Eso ocurrió en el año treinta y dos mil trescientos veinte, pero jamás acabaron con el culto. —Teófisa estaba hinchada de orgullo por la batalla ganada.

—En Queralla la creencia y el culto al Plano Etérico fueron aceptados en el treinta y ocho mil ciento tres —añadió Essirah, aprovechando para enfrentarse a Odea.

—En todo caso, —dijo Cereda para evitar el conflicto de nuevo. No iba a dejar que interrumpieran su relato—, jamás he escuchado negar a Efgo su existencia. —Todas callaron de pronto. Eso le gustaba más—. Y no por ello dejó ser un ferviente seguidor del Dios Padre y de la Diosa Madre. En honor a ellos maldijo las Montañas de Erneis, consumiendo Esencia Elemental con Antiesencia, y a partir de entonces nadie pudo cruzarlas. Se promulgó entonces el Edicto de la Noche, que condenaba a los elfos de Yandalath a vivir en la noche perpetua.

—Señora Cereda, cuida tus palabras... —Odea masculló eso sin poder evitarlo.

—Fue una condena. —Sabía que él permitiría que diera libre su opinión, ante el asombro de todas—. Tal vez una de las razones por las que sus hijos terminaron traicionándolo, causando la Escisión de Yandalath. Hasta entonces habíamos habitado todos la Tierra de Elhada, bajo el gobierno del Rey Efgo, Primero de Yandalath...

—Bajo su puño de hierro, añadiría yo —Issafiren habló con ese acento melodioso desde su extremo, apoyando los codos sobre sus islas.

—¿Tú qué sabrás? —respondió en tono más bajo Odea.

—Condenado por asesinar a Valia —retomó su relato, y Odea la miró—, Efgo fue hecho preso en Dunottar, la Fortaleza de la Arpía. —Calló un momento, para acariciar solemne el saliente de mesa que tenía junto su barriga—. Con él fueron encerrados también Ėtiro e Ĩfiro, y muchos otros de su familia. —Bajó el tono, apesadumbrada—. Todos aquellos que le fuimos fiel, acabamos presos, donde aún permanecemos privados de libertad, al borde del mundo, donde todo acaba en la Nada. Y por esa razón esta noche hay dos guardias tras mi espalda.

Hizo un silencio deliberado que nadie se atrevió a interrumpir. No se giró a mirarlos, esperaba haberlos hecho sentir ridículos. Al menos dejaba aquella ofensa impresa en la historia.

—Sus hijos se repartieron sus territorios, los reyes Örlogo y Enda, que se casaron, fundaron la Casas de Esnas, ocupando el este de la Tierra de Elhada. El Rey Sarek, hijo de Hiligar, fundó la Casa de Orah, y ocupó el oeste. Además, Veala, esposa del difunto Lándaro, emigró al sur, sorteando las Montañas de Erneis, ocupando toda la Tierra de Diurna, y fundando la Casa de Queralla. En ese momento descubrieron el Vestigio, donde nos encontramos ahora.

Dejó de hablar un momento, para observar la grandiosidad del lugar. —Ya por aquel entonces excavaron aquí hasta construir el Templo de Un'Munar. —Todas observaron alrededor también, y el público calló de súbito, haciéndose un silencio sepulcral en la sala—. Hasta aquí será mi relato, —continuó—, pues mi vida fue dedicada a cuidar de mi bisabuelo Efgo, Primero de Yandalath, junto a mis dos hermanas, Amana y Elena. La custodia de Dunottar quedó en manos de Esnas, hasta que estallara la Guerra de Yandalath, en el año cincuenta y nueve mil cuatrocientos setenta y cinco. —Calló un momento, mirando a Odea—. Pero creo que debieras ser tú quién continúe el relato desde aquí.

Odea estaba deseando que la anciana se callara, y ahora que, por fin, la miraba cediéndole el turno, no sabía por dónde comenzar. Antes de que pudiera hacerlo, habló Liepa desde más allá.

—Gracias, Cereda, de Dunottar. Ahora hablará Odea, Segunda de Valia y Plivio, Señora de Ortho'Morr, en nombre de la Casa de Orah.

Esa niñata insolente iba a ganársela. Estaba muy cansada de ella. ¿Quién la había puesto al mando del concilio? Trató de tranquilizarse, sintiéndose observada. Toda la sala tenía los ojos puestos en ella.

—Es cierto que Efgo, Primero de Yandalath, asesinó a mi madre, Valia, Primera de su Nombre. No será relatada aquí la forma en que se descubrió su culpabilidad, no obstante, las pruebas fueron contundentes. Pero es cierto, también, que Efgo había perdido la cordura una vez que hubo unificado su imperio. Incapaz de conquistar los Reinos de Eleanor, con su obra terminada, no tenía nada más que hacer. Así que mi Rey, Sarek, Tercero de Yandalath, y los Reyes Örlogo y Endas, Reyes de Esnas, hicieron finalmente justicia. Tarde, pero se hizo.

Carraspeó. Ni ella misma se esperaba eso.

—Después de aquello, las Casas de Orah y Esnas mantuvimos la paz por largo tiempo, junto a la extinta Queralla, al sur. —Ni siquiera observó a Essirah al decir aquello.

Se le ocurrió algo con lo que sorprenderlas. Cerró los ojos para, en la oscuridad, canalizar las hebras de magia, que no eran escasas en aquella antigua cámara. Levantó la mano y sobre la pulida mesa se elevaron montañas, se hundieron los lagos y se tejieron los cauces de los canales y de los ríos. Hasta el mar pareció azotar las costas de los territorios de los elfos de Yandalath, flotando en el aire entre las señoras allí sentadas. Cruzando la Tierra de Elhada de sur a norte, una línea roja delimitaba la frontera de aquel entonces entre ambos reinos. Nacía a orillas de la Bahía de Longomar, donde debía estar Ark'Emán, y recorría el canal hasta dividir el Lago de Anides, para continuar hasta el borde de la mesa. Dejaba el abrupto saliente donde figuraba Dunottar, a su izquierda. Todas se maravillaron ante aquello y el público aclamó el gesto.

—Cuando estalló la Guerra de Yandalath, y las Casas de Orah y Esnas se enfrentaron por la Tierra de Elhada, ésta era la frontera de ambos reinos. —La señaló de norte a sur—. Aquello no comenzó por el ansia de ninguna de ellas por conquistar a la otra. La tensión que había entre Orah y Esnas fue creciendo desde la escisión, y tras unos veinte mil años, terminó por estallar, por diferentes factores, pero el principal de ello fue la custodia de Dunottar, la Fortaleza de la Arpía. Tras la escisión, había quedado bajo gobierno de la Casa de Esnas, y aquello representaba una amenaza que no podíamos permitir. La muralla imaginaria que separaba ambos reinos era un

hervidero de constantes amenazas por parte de Esmas, —El murmullo del público la interrumpió—, y hubo muchos conflictos aislados. —Hablaba confiada, aquella niña no iba a atreverse a contradecirla. Se preguntaba si se habría atrevido a hablar así delante de Ydni—. El último detonante de la guerra fue el asesinato de Ëlegon, Señor de Trivias, envenado por Ilita, una espía infiltrada que lo engatusó.

—Eso nunca fue demostrado —Kissara la interrumpió con aparente miedo en la voz. Y no era para menos. Esa mosquita muerta se había atrevido... Odea ardió en una ira interior que contuvo.

—Claro que sí. Ilita asesinó a Ëlegon por orden de Örlogo y Enda. —sentenció. La mirada que le lanzó sirvió para convencerla—. Aquello terminó por provocar la guerra, que duró más de seis mil años, y en que muchos hermanos cayeron, en ambos lados. Fue una terrible contienda que devastó la población de ambas casas. Yo misma participé en muchas de aquellas batallas nocturnas junto al Rey Sarek. Örlogo y Enda no se atrevieron con él, así que debió enfrentar sus huestes durante mucho tiempo a las de Iliamo, Segundo de Darada. Tuve el honor de servir en el frente, y de enfrentarme a él, derrotándolo en varias ocasiones. —Detuvo un segundo su discurso para considerar cómo decía lo siguiente—. La Señora Ydni, Tercera de Oploro y Hara, que por aquel entonces aún no era la Señora de Stavros, y que hoy está difunta, participó de aquellas contiendas también. —Calló un momento, sin mirar a ninguna de ellas. El público estaba en completo silencio—. Yo misma presencié un combate entre ella y el rey Sarek. Un combate singular que se prolongó tanto que las constelaciones surcaron el cielo varias veces, pero finalmente Sarek logró derrotarla.

—Eso no fue así.

No podía creerse lo que acaba de escuchar. ¿Esa niñata se atrevía a llamarla mentirosa?

—Mi padre, Frivio, Consejero de Uroboro, estaba allí también. —Greis hablaba tratando de parecer firme, pero su voz había temblado en cada palabra—. Él siempre ha contado que Ydni derrotó a Sarek en una lucha épica.

¿Cómo se atrevía? Odea debió torcer su rostro, ni siquiera se preocupó por evitarlo. —No te atrevas a contradecirme. Sucedió como acabo de relatar, y si alguien cree que miento, que se atreva a apoyarte.

Nadie dijo nada, no se atrevieron ni a moverse. Odea casi sonríe al ver el poder que ejercía sobre aquella mesa, pero lo evitó a toda costa. Estaba embriagada por los inciensos, saboreando la escena.

—Que así sea recordado entonces. —Estaba esperando que Liepa abriera la boca, pero no se atrevió—. Orah y Esmas acabarían por firmar la paz, cambiando el mapa de la Tierra de Elhada —dijo regresando a su discurso, y sobre la mesa, otra línea roja surgió del mismo punto al borde de la mesa, ascendiendo ahora inclinada hacia el noreste, hasta las Montañas Nithias, delimitando ahora un tercer territorio entre ambos reinos, que antes pertenecía a Esmas—. Y así se creó la Marca de Amara. Todo el territorio se consideró neutral y hasta hoy todos lo respetamos. En él quedó Dunottar, que pasó a estar bajo la custodia de las Casas de Orah y de Esmas en intervalos de cinco mil años. Por parte de Orah, Īshiar, de Trivias, Décimo primero de Trigodo, siempre se encargó de vigilar a Efgo. De hecho, la Fortaleza de la Arpía está bajo su gobierno en estos momentos. —Ahí sí miró a Cereda con respeto—. Cabe decir que la ciudad de Oldurán, a orillas del Lago de Oloriath, quedó al olvido. —Miró hacia el lugar donde debía quedar la ciudad—. Sin gobierno alguno en la Macara de Amara, sus gentes terminaron por abandonarla. Hoy no son más que ruinas pobladas de hombres. —Calló un momento—. Un destino peor corrió Duluth, la que hoy llamamos la Ciudad Vórtice. En aquel tiempo una ciudad costera de Esmas, que quedó arrasada. La guerra llegó hasta allí, y en su última batalla, Brimio, Quinto de Krana, un poderoso

hechicero bajo la bandera de Orah, provocó un vórtice de Antiesencia que destruyó la ciudad. El vórtice aún persiste hoy en aquella ciudad arruinada, tragándose toda Esencia Arcana que se le acerca.

Sobre la costa norte de la Bahía de Longomar, donde debiera figurar Duluth, la Ciudad Vórtice, surgió un torbellino de luz rojiza, que al poco desapareció, y todas se maravillaron.

—La Guerra de Yandalath terminó el año sesenta y cinco mil ochocientos veintiuno, —continuó— y ya jamás volverían a enfrentarse las Casas de Orah y Esnas. Incluso lucharon juntas durante la Guerra de las Islas Interiores, derrotando a Queralla. Pero el verdadero esplendor para la Casa de Orah llegaría después. En el año ochenta y dos mil doscientos treinta y siete, Sarek, Rey de Orah, se embarcó rumbo a los Reinos de Eleanor, dispuesto a conquistar las islas, siguiendo el plan trazado por Efgo tanto tiempo atrás. A aquello lo llamaron la Guerra de los Reyes, que fue breve, pero devastadora para los elfos de los Reinos de Eleanor. Sarek, invadió el archipiélago, encontrando a Aradán, Primero de Assëe, en Garn-Ithil, la Torre Estrella. Allí se enfrentaron a muerte, pero Sarek fue más diestro y logró derrotar a Aradán, Señor de todos los elfos. Dio muerte a aquel con quien no pudo Efgo, pero en lugar de quedarse el archipiélago, como pensaba hacer él, retiró a sus tropas, regresando a la Tierra de Elhada. Había secuestrado a Ėlenar, de Assëe, hija de Mehara, y nieta de Aradán. —Paró a respirar, observando a todos atentos a su relato, a pesar de que todos conocían la historia—. Tras aquello, Sarek desposó a Ėlenar, y con ella tuvo muchos hijos, todos ellos descendientes de los tres linajes reales de las Altas Estirpes de Yandalath, de Assëe y de Avaniissán, ya que Mehara era hija de Aradán, Primero de Assëe, y de Eleanor, hija de Aván, Primero de Avaniissán. El tercero de ellos, Ishto, fue nombrado su heredero. De él se dice que el día que sea rey, será nombrado Señor de todos los Elfos sobre la faz de Mawol.

Su relato cesó ahí, en el momento en que la ilusión de la geografía de aquél basto continente se disipó, cuando todos estaban en completo silencio. Y así permanecieron un rato, hasta que Liepa habló, solemne.

—Muchas gracias Odea, Señora de Ortho'Morr. Con vuestro relato culminamos la primera sesión que convoca a este concilio: la redacción del Tratado de Yandalath. Mañana, a la misma hora que hoy, continuaremos su redacción en este lugar.

Todas se pusieron en pie. Icalma tomó la pluma y cerró el libro, y el público estalló en aplausos. Ahora si hablaban y festejaban, agradecidos por lo que habían presenciado. Había caras alegres y otras no tanto, vio miradas suspicaces, quienes estaban agradados por su relato y quienes no. Sabía que no era agrado de muchos allí, y eso le encantaba.

Icalma le entregó el libro a Liepa, y se levantó la sesión. Todas se dispusieron a marcharse, cuando el público también se preparaba para retirarse. Algunos no dejaban de aplaudir cuando salían. Liepa esperó en la salida del templo, despidiendo a todas. Con ella estaban Teofisa, Greis y Kissara, a quienes agradecía haberse animado a opinar. Esas tres iban a pagar caro todo aquello, en su debido momento. Ella iba de las últimas, junto a Cereda y sus dos guardas, y cuando ya iba a llegar hasta ellas, se le acercó alguien.

—Señora, el Consejo Sacro desea entrevistaros, si es posible dada la hora. —Era uno de los consejeros... Dranos, creía recordar.

—¿Y qué desea el Consejo Sacro de mí, consejero?

—Debemos haceros algunas preguntas.

—¿Qué deseáis saber?

—Acompañadnos al Custodio, señora, y allí podréis saberlo.

Malhumorada, accedió a acompañarlo. Al irse, vio a Liepa entregarle el libro a los escribas, que la esperaban, los últimos ya en la sala.

—Podéis marchaos, ahora os alcanzo. —La escuchó decir.

Subió la larga escalera acompañada por el consejero, hasta la plaza, y tras cruzar aquella arcada, fueron hasta el Custodio, aunque antes se despidió de Cereda. Una vez dentro de aquel enorme edificio, la condujeron a una sala con una larga mesa, donde la invitaron a sentarse. Ella encabezó la mesa, que quedó vacía tras los consejeros, que se sentaron dos a cada lado de ella.

—Señora Odea, os hemos hecho venir para entrevistaros. —Hablaba Dranos, el que la había ido a buscar.

—¿Puedo saber ya de qué se me acusa?

—Señora, no se os acusa de nada. Pero estamos tratando de esclarecer los hechos acontecidos, con respecto al fallecimiento de Ydni, Señora de Stavros. Hemos sabido que vos la descubristeis primero, antes de la llegada incluso de la Señora Liepa, quien dio la voz de alarma.

—Así fue. Se encontraba con Kissara, quien hasta ese momento era su dama, y que ahora representa a la Casa de Orah. Supongo que habrán pensado en la posibilidad de que fuera ella.

—Hemos entrevistado a la Señora Kissara también, antes de la sesión de redacción. Aún es pronto para descartar ninguna posibilidad. Contadnos, ¿qué visteis al llegar a sus aposentos?

—Yo estaba en mi habitación, con Cereda, meditando, cuando nos despertaron los gritos de Kissara. Corrimos hasta ellas, y allí Ydni yacía desangrada, con un puñal en el pecho. Ella dijo que se trataba de un hechizo, que no había podido ver nada.

—Eso ha dicho —respondió Epririo—, pero vos, Señora, podríais hacer esa magia, como bien habéis demostrado durante la redacción.

—¿Me están culpando a mí? Cereda dará testimonio que pruebe mi inocencia.

—Señora —dijo Epririo—, no os culpamos de nada. Tal vez vos podáis explicarnos cómo puede hacerse esa magia. La Señora Kissara dijo que todo se volvió oscuro.

—Bien podría haber creado una ilusión de oscuridad para ellas desde mis aposentos, ¿pero cómo explican el cuchillo? Esa magia puede hacerse de muchas formas, no solo mediante la Esencia Onírica. Pero lo que no puede hacer ésta, es clavarle un puñal real a nadie.

—No seríais capaz, Señora, —Davros había tomado la palabra de nuevo—, de hacerlo para callar a la Señora Ydni, evitando así que os contradijera esta noche, durante la redacción.

—¿Cómo te atreves? —Odea gruñía por dentro. Se estaba conteniendo de saltar sobre ese elfo y asesinarle con sus propias manos.

—Señora, calmaos —interrumpió Nethes, una elfa del Consejo Sacro—. Necesitamos haceros preguntas, para resolver esta intriga. Alguien ha intentado acabar con la redacción del tratado, y pretendemos averiguar quién fue.

—Como ya he dicho, Cereda corroborará mi inocencia.

—Estamos seguros de que así será —añadió Nethes.

Entonces Odea se levantó haciendo chirriar la silla, y se marchó de aquella sala.

—Podéis marchaos, ahora os alcanzo.

Greis, Kissara y Teófisa subían las escaleras, cuando ella le entregaba el libro al maestro escriba, cuyo gorro le tapa la calva.

—Maestro, es vuestra labor ahora continuar la redacción de este tratado.

Tras él esperaban los nueve escribas. El de la Casa de Orah y el de Dunottar colocaban pesados tomos en la mesa, sobre la que rodaban numerosos pergaminos. Les ayudaban un puñado de

esclavos, uno de ellos con una cicatriz que le cruzaba la cara. Otros dos apagaban el incensario, subidos a las gradas.

—Sí, señora, será un honor.

Liepa asintió, agradecida. —Como veréis, el método —remarcó esa palabra— de la redacción ha cambiado.

—Ya lo he visto, señora. Si solo tienen que hablar, esto será más rápido —dijo señalando con la cabeza a los otros.

Ella ahora sonrió. —Tienen que terminar antes de que comience la sesión de mañana.

—Estará listo, señora.

—Estoy segura de que lo estará. Lo importante es que consiga que no se maten entre ellos.

—Le entregó la pluma estrechándole la mano. —Buenas noches, maestro.

—Buenas noches, señora.

LOS AMULETOS DE TEÓFISA

Teófisa descansaba tras el desayuno con Gleath, sentadas en los sofás del salón de la residencia. Habían desayunado fruta y cereales con una salsa de miel. Se sentía satisfecha, cuando vio a Liepa bajando las escaleras. Portaba un fabuloso vestido negro de tirantes, que dejaba entrever su pecho por el escote y los lados. Por el costado izquierdo asomaba un tatuaje de tribales inconexos, formaban un círculo en la curva de su pecho, ocultándose. A Teófisa le dio un vuelco el cuerpo al reconocerlo. Se puso ansiosa.

—Quedan tres días para tu turno. ¿Cómo llevas la espera? —preguntó Gleath, pero ella solo miraba a Liepa acercarse.

—Gleath, ¿puedo pedirte algo? —ella asintió—. Necesito hablar con Liepa sobre el concilio. ¿Nos vemos después?

—Claro, Teófisa.

Ambas se levantaron cuando llegaba la tercera.

—Buenos días —dijo Liepa.

—Buenos días —respondieron, entonces Gleath se retiró.

Antes de que pudiera hablar, Liepa la interrumpió. —¿Me acompañas? Van a llevarse el cuerpo de Ydni, y no quisiera presenciarlo.

—Lo entiendo. ¿No lo tomarán como una falta de respeto?

—¿A ti te importa? —le preguntó.

Teófisa sonrió. —¿A dónde vamos?

Liepa le sonrió también. —Sígueme.

Cuando iban a salir de la residencia, Teófisa creyó ver algo corriendo hasta perderse tras el hueco bajo la escalera. Hubiera jurado que era un duende corriendo apresurado. Una vez fuera, salieron de la parcela de la residencia, para cruzar la plaza. Caminaron hacia el oeste, entre el Templo de Un'Munar y el Custodio. Donde el castillo terminaba, comenzaba la amplia calzada que conducía a la salida sur de la ciudad. Se encaminaron por ella, observando el gran baluarte al fondo, dejando lujosas mansiones a ambos lados. A su derecha, tras la primera de ellas, se elevaba un espeso bosquecillo. Las libélulas revoloteaban por todas partes allí.

—¿A dónde vamos?

—A la muralla sur —respondió Liepa seria.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto.

—Ese tatuaje, —Le señaló el pecho—, ¿puedo verlo?

Liepa se detuvo en seco. —¿Mi tatuaje?

Teófisa asintió. También se había detenido. Ya habían alcanzado los establos, y ahora dos enormes baluartes formaban las puertas de la ciudad, ante una amplia plaza donde relinchaban los caballos. Un cerco encerraba una cuadra con los animales, cerrada por los establos. Los guardias se apostaban en lo alto de los baluartes y en la muralla, así como en las puertas y junto a la cerca, donde varios potreros cuidaban los caballos.

—Ahí arriba te lo enseño. —Liepa continuó el paso, y ella se vio obligada a seguirla.

Llegaron ante el baluarte de la derecha, y ascendieron a la muralla. Se cruzaron con algunos guardias, pero nadie las interrumpió. Caminaron por la muralla hacia el oeste, sorteando varias garitas y una torre. Las almenas asomaban hacia fuera de la ciudad, mientras que al otro lado dejaron abajo unos almacenes y una pequeña mansión, antes de llegar a la altura del cementerio. Más adelante se erguía otro baluarte, y a partir de él la muralla continuaba hacia el norte. Pero antes de llegar a la siguiente garita, Liepa se detuvo para sentarse, quedando con las piernas hacia el interior de la ciudad. Teófisa la acompañó, sentándose con cuidado de no caerse. No sabía si le gustaba mucho aquello. Desde allí podían ver toda Scara, la Ciudad Sagrada. Distinguían la plaza, en el centro, y la alta Torre de Dävoros. El Custodio se alzaba también imponente, su torre era la segunda más alta de la ciudad. Bajo sus pies se extendía una enorme plaza cubierta de pasto, punteado de incontables lápidas ordenadas en hileras. Al fondo del cementerio, frente a ellas, se levantaba el Templo de Un, donde se adoraba al Dios Muerto. A su derecha, se alzaba el Observatorio de Irios, en medio de una plaza, y a su izquierda, la muralla continuaba hasta ascender un cerro, donde se elevaba un esbelto castillo. Las incontables mansiones ocupaban todo el espacio intramuros, salvo por el cementerio y la plaza, de la que salían enormes calzadas, como nervios dividiendo la ciudad en los cuatro barrios. La ciudad estaba engalanada para la ocasión, con blasones mostrando los emblemas de todas las casas de Yandalath. Era una visión hermosa.

—Tu tatuaje, ¿puedo verlo? —le preguntó.

Liepa en ese momento extrajo una pipa diminuta y un saquito. Sin responder aún, sacó un puñadito de pelos negros y los moldeó con la mano, haciendo una bola con ellos. Después colocó la bola de pelos en el hornillo de la pipa, presionándolos bien para mantenerlo compacto. Entonces, como si aquello fuese lo más simple del mundo, Liepa recogió un haz de luz del aire y lo llevó hasta el hornillo de la pipa, prendiendo los pelos, a la par que absorbía. Una bocanada de humo salió de su boca unos instantes después, mientras la bola de pelo se consumía.

—¿Por qué tanto interés en mi tatuaje? —dijo al fin.

Teófisa se detuvo a pensar la respuesta. —Creo que tengo uno igual. Bueno, parecido.

—¿Parecido, o igual? —le preguntó Liepa pasándole la pipa—. ¿Quieres?

—No, gracias —respondió Teófisa. Se desabrochó el vestido, mostrando su espalda, y su tatuaje. El tribal le cubría un cuarto de la espalda, y casi en el centro, un manchurrón unía algunos de los símbolos que lo formaban.

Liepa lo observó perpleja. —Lo tienes tapado...

Teófisa asintió.

—¿Por qué?

—Enséñame la tuya, y te lo cuento.

Liepa entonces se remangó el tirante del vestido, mostrando su seno izquierdo. Elegantes símbolos de un tribal nacían intrincados sobre sus costillas, ascendiendo hasta la cima de su seno, sin alcanzar el pezón. A un lado los símbolos formaban un espacio circular, en cuyo centro quedaba un hermoso lunar.

Teófisa sonrió. —Ingenioso.

—Gracias —sonrió Liepa también—. ¿Por qué te taparon la tuya? Si puedo preguntar...
—Volvió a sorber de la pipa.

Teófisa suspiró. —La Marca Gris... Supongo que la mancillé, y merecí que me la borrarán.

—¿Qué hiciste?

Teófisa tardó en responder. Recordó toda la historia, arrepentida. —Engañé a un... Un soldado de la guardia de mi padre. Da igual quién era, yo solo quería quedarme embarazada. Yo quería un hijo, y él se iba a marchar. Antes de eso, logré mi propósito, y no me arrepiento por ello, adoro a mi Septavio, pero hice mal. Obré con mezquindad para conseguir tenerlo, recurriendo a los secretos de la Esencia Elemental. —Calló un momento—. Yo siempre he obrado de acuerdo al Código Moral Gris, haciendo el bien, pero los Grises lo supieron, y me exiliaron de la orden por ello, obligándome a tapar la Marca Gris. —Después sonrió—. Pero me dejaron a Septavio, que crece feliz en Lithia.

—Me alegro por vosotros.

—Siento tanta deshonra... Busco la forma de enmendarme.

—¿Es posible volver a la orden si te han expulsado? —preguntó Liepa.

—Eso espero. Los Grises son muy herméticos, bien lo sabrás. Como todas, prometí no hablar de ellos con nadie ajeno, y saben que pienso cumplir esa promesa. Espero que puedan perdonarme.

—Ojalá. —Liepa desvió la mirada alertada.

A lo lejos resonaron los tambores, la marcha fúnebre partía hacia Stavros. Una amplia comitiva partía desde la plaza, tomando rumbo norte.

—Supongo que, si te admitieron entre ellos, es porque has demostrado seguir el código.

—Sí, Teófisa. —Exhaló una bocanada de humo—. Hace mucho que pertenezco a los Grises, y mi máxima es no hacerle a los demás lo que no me gustaría que me hicieran a mí. Así que eso hago. —Se encogió de hombros.

—Así tiene que ser. —Sonrió.

—¿Sabes que la redacción del tratado fue urdido por lo Grises en secreto, aun cuando no querían que se hablara de ellos en él?

Teófisa le devolvió la mirada. No tenía claro hasta dónde quería contarle. —Sí, pero no sabía que tú eras una de ellos.

—Tenían que asegurarse el control sobre el concilio, y yo era su mejor candidata. Lo logré, pero no creo estar haciéndolo muy bien.

—No digas eso. Lo de Ydni no fue culpa tuya. —Liepa la miró también—. Si alguien está tratando de evitarlo, no lo ha conseguido. Lo de Kissara fue una sabia solución.

—Supongo —respondió Liepa, sin más.

Teófisa echó a reírse al observarla, y Liepa le devolvió una mirada interrogativa.

—Son tus ojos, han cambiado. Tus pupilas son completamente redondas.

Entonces Liepa sonrió también. —Es por los pelos de drin. —Se encogió de hombros—. Me ayudan a relajarme.

—Tengo una cosa para ti —dijo Teófisa, y extrajo una bolsita de cuero, que le cabía en la palma de la mano. Estiró de un cordel para abrirla y mostrar su interior. En ella quedaron dos piedras, una era deforme, en tono verde oscuro, y la otra era negra completamente, con una irregular forma cilíndrica.

—¿Qué son?

—Son dos amuletos que te protegerán de la magia. Ningún hechizo te afectará mientras las lleves. Ésta, —Y tomó la negra—, está hecha de Antiesencia. Absorbe las hebras de magia a su

alrededor, concentrándolas en su interior. Pero esta neutraliza a la primera, evitando que nadie pueda usarlas.

Liepa no supo qué responder.

—Nadie en tu presencia podrá hacer magia.

—¿Dominas la Antiesencia? —Liepa la observó intrigada.

Teófisa sonrió. —No. Me da bastante miedo, de hecho. Pero sí la Esencia Elemental. Y he logrado grandes cosas —movió la cabeza, bromeando orgullosa—. Tengo una lámpara de aceite que se transporta donde su portador desea. —Se encogió de hombros—. Es útil para bajar a las catacumbas. —Acabó sonriendo.

Liepa se le quedó mirando. —¿Podrías hacer eso con un arma?

Ella dejó de reír. —¿Un cuchillo? Sabes que yo no lo haría. Yo sigo el Código Moral Gris, jamás quitaré una vida.

Liepa sonrió. —Tal vez tú no. ¿Hay alguien más que domine la Esencia Elemental entre nosotras?

—No estoy segura...

Tras un silencio, Liepa desvió el tema. —La Esencia Elemental me parece maravillosa.

—Hay que trabajar mucho para aprender a utilizarla, saber elegir los materiales, los objetos con los que trabajar. Algunos solo buscan oro o metales preciados, pero la Magia Elemental permite cosas mucho mejores que crear oro.

—Gracias —dijo Liepa tomando los amuletos—, es un preciado regalo. Con ellas me sentiré segura.

—No se te ocurra entrar a la Torre de Dävoros con ellos en el bolsillo... No me imagino lo que puede pasar. —Bromeó.

Liepa los observó un momento, entonces cerró la bolsita y se la guardó. Le sonrió agradecida. Se puso en pie, y Teófisa la siguió, se giraron y se asomaron a las almenas. Al otro lado se amontonaban las viviendas de la gente pobre y tras ellas se extendían los campos de cultivo hasta perderse en el horizonte, donde surgía la cadena montañosa que formaba el inmenso cráter, rodeándolas.

—¿Sabías que todo el Vestigio una vez estuvo poblado por un tupido bosque? Habrás notado que el clima es más húmedo aquí. Las nubes quedan encerradas en el interior del cráter gran parte del año. Toda esa agua cae desde las montañas, alimentando el Vestigio. Antes de que llegáramos hasta aquí, el bosque lo cubría todo. Pero la deforestación acabó con él, y ahora ya solo quedan tierras de labranza para alimentar a la ciudad. Scara fue una poderosa urbe cuando pertenecía a la Casa de Queralla, desde aquí se alimentó a todo el reino.

—¿Por qué abandonaste Lithia y viniste?

Liepa tardó en responder. —Porque necesitaba alejarme de mi familia, pues eran capaces de todo. Y porque quería saber más sobre el Plano Etérico. Éste era el mejor lugar, al menos por aquel entonces, para instruirse en él.

Teófisa sonrió. —Sabía que podías conectar con el Plano Etérico, ¿por qué sino iban a elegirte para formar parte del Consejo Goetio?

Liepa sonrió orgullosa. —Eso fue hace mucho tiempo.

—Depende de con quién hables. Estos días he conocido a elfas que han vivido tanto que dirían que fue hace apenas un breve lapso de tiempo.

Ambas sonrieron.

—Si los Grises te pusieron aquí, es por algo.

—Gracias, Teófisa.

La comitiva ya se había marchado, y la ciudad volvía a su ebullición habitual. Entonces las dos se giraron al escuchar el llanto. Ahí abajo, en el cementerio, la Señora Essirah vagabundeaba llorando. No parecía haberlas visto.

—¿Es ella? —preguntó Liepa.

Teófisa asintió. —¿Vamos?

Recorrieron la muralla de regreso, hasta la primera torre, para descender. Daba directamente al cementerio. El lugar era muy espacioso, repleto de lápidas y criptas, y al fondo, el Templo de Un. Consistía simplemente en tres columnas, tras las cuales había un alto muro semicircular, que encerraba las de los extremos. Toda la estructura era de roca negra. A los pies de una de las columnas, Essirah las observaba aproximarse, mientras se secaba las lágrimas con la manga del vestido.

—¿Estáis bien? —le preguntó Teófisa.

—Sí —respondió ella.

—Estabais llorando... —No pudo evitar decir.

—Si algo os aflige, Essirah, por favor, decidnos para poder ayudaros. —Liepa se agachó junto a ella, poniéndole la mano en el hombro.

Essirah se incomodó. —Gracias Señoras. Es extraño sentir afecto en estos lugares, que ya me resultan ajenos.

Teófisa se agachó también, y acabaron las tres sentadas en el suelo. Essirah ya no lloraba.

—Estaba triste... Estoy triste, porque echo de menos a mi esposo. ¿Puedo confiaros un secreto?

Las dos asintieron al unísono.

—Estoy casada en secreto con Onirio, de Esnas, nieto de Örlogo y Enda, Reyes de Esnas. Pero cuando Orah nos expulsó de la Tierra de Diurna, perdí todo contacto con él. Ya vivíamos el secreto en la distancia, pero esta separación obligada es insoportable. —Calló un segundo a mirirlas—. Ydni me trajo un mensaje suyo, y yo pensaba enviarle otro de vuelta. Pero ya no voy a poder... —Su rostro casi se contrae de nuevo, pero se contuvo.

—Lo lamento mucho, Essirah —Liepa la observaba realmente apenada.

—Lo siento —dijo ella.

—Gracias a las dos. Pero este es el mundo que me ha tocado vivir. Vosotras aún sois libres de ir donde queráis, pero mi destino ha sido trancado.

—Algún día serás la Reina de Queralla —le alentó Teófisa.

Essirah la miró esperanzada. —Suena bien cuando lo dices. —Y se echó a reír y llorar a la vez.

Ellas dos sonrieron con ternura también.

—Vosotras dos podéis conectar con el Plano Etérico... —Essirah dijo eso de pronto, era casi una pregunta.

Teófisa y Liepa se miraron, y asintieron sonriendo cómplices.

—¿Podéis vos? —preguntó Liepa.

—No. No desearía nada más que haber nacido con ese don, pero no soy como vosotras. Con él podría comunicarme con Onirio.

—Podría sentirlo, al menos —le dijo Teófisa con cariño.

Essirah le sonrió. —Con eso bastaría.

El maestro escriba entregó el libro a Liepa, mientras estaban todas de pie. Ella le asintió agradecida al tomarlo y se lo entregó a Icalma. Ella lo abrió y colocó la pluma sobre él, mientras

Kissara temblaba de nervios. Se había puesto radiante aquella noche. La habían peinado y engalanado, y ella misma había elegido sus mejores aros. Sabía que no le quedaba tan bien el vestido de Ydni, con esas altas hombreras que no sabía llevar, pero era lo que menos le preocupaba ahora.

—Esta es la segunda noche que nos reunimos en torno a esta mesa, en el Templo de Un'Munar. —Liepa hablaba seria, cuando el incensario surcó la mesa.

Había tenido apenas un día para prepararse aquello, sin conseguirlo. Se había repetido el discurso a sí misma un millar de veces, pero no lograba recordar el final. ¿Por qué no había prestado más atención? Le daba un pánico horrible enfrentarse a aquello.

—Esta noche, por la Casa de Esnas, hablará Kissara, Sexagésima de Litria, dado que Ydni, Tercera de Oploro, Señora de Stavros, no podrá hacerlo. Después hablará Essirah, Tercera de Yandalath, Señora del Bosque Teleuche, en nombre de la Casa de Queralla.

Tras las palabras de Liepa, todas se sentaron, centrando la atención sobre Kissara, así que no le quedó más remedio que hablar.

—La Casa de Esnas fue fundada por Örlogo y Enda, Segundos de Yandalath, hijos de Efgo, Primero de Yandalath, tras la escisión. Su matrimonio se había consolidado mucho tiempo atrás. Cuando nació su imperio decidieron mantener los tres edictos. Hicieron de Stavros su capital, y para fortalecerla, acordaron con Rinio, su Señor, que uno de cada hijo donado al Dios Padre, formara parte de la guardia de la ciudad. Así nacieron los Mikelan, a las órdenes de Secco, Quinto de Yandalath, desde aquello, siempre al servicio de la ciudad, y de los Señores de Stavros. —Se dio cuenta de lo que dijo mientras lo decía, pero no se paró a corregirse—. Ambos gobernaron juntos desde la Torre Viviente, hasta el día de ayer, en que asesinaron a Ydni.

Casi se echa a llorar al decirlo, entonces se dio cuenta de que estaba frente a todas, narrando el relato ella, en su lugar. Aún no podía creérselo. Se sorbió los mocos y continuó, reprimiendo la agradable sensación.

—La ciudad de Stavros es el lugar de residencia de los Reyes Örlogo y Enda, de Esnas, quienes gobiernan desde allí todo el reino. Fue construida en treinta mil cuatrocientos cincuenta y seis, por orden de Efgo, Primero de Yandalath, como nos ha narrado la Señora Cereda. Allí canalizaron el nacimiento del Río Primero, que desemboca en el Gran Océano. Donde antes había una dura ciénaga, construyeron los diques que delimitaban el lago, y canalizaron el cauce para hacerlo transitable. La ciudad, gracias a la inestimable ayuda de los Elfos de Menedhrassé, está construida sobre plataformas de roca, separadas por canales, hoy ya a ambos lados de los diques que contienen el lago. En tierra firme, crecen dos cerros, sobre los que se elevan el Palacio Real y la Torre Viviente. Se dice de Stavros que fue la mayor obra arquitectónica de toda su política de infraestructura, que aún hoy nos permite comerciar. Efgo le dio el gobierno de la ciudad a Darada, Primera de su Nombre, por haberle salvado la vida durante las Guerras de la Sangre, curándole unas heridas de guerra que todos creían definitivas. Pero la Señora Darada, decidió cederle el gobierno de Stavros a su hijo Enëo, quien lo ejerció bien hasta el año treinta y seis mil trescientos cincuenta y uno, cuando nos abandonó por una enfermedad respiratoria. Así su hijo Rinio, Tercero de Darada, tomó el gobierno de la ciudad, y hasta el paso actual del astro lo mantiene. En el año cuarenta y tres mil veinticinco, Rinio levantó la Torre Viviente, tal vez la mayor construcción de todos los territorios de Yandalath. Comparable solo con las altas torres de Ortho'Morr —Miró a Odea—, pero sin duda alguna una provocación para el Palacio Real. Bajo la torre, una bestia vive atormentada, dotándola de poder. En ella vivimos... Vivían los Señores de Stavros, ahora solo lo hace Rinio, su Señor.

Calló un segundo, tratando de fingir pena. Todos la miraban, y no sabía cómo seguir. No podía creerse que se le había olvidado.

—Como bien ha contado Odea, Señora de Ortho'Morr, se mantuvo la paz con Orah hasta que estalló la Guerra de Yandalath, de la que salimos derrotados, perdiendo gran parte de nuestro territorio. —Le temblaba la voz—. Resultado de aquello debimos ceder lo que hoy es la Marca de Amara, tierra de nadie. Y en ella se haya Dunottar, la Fortaleza de la Arpía, custodiada por las Casasa de Esnas y Orah en periodos de cinco mil años. En Stavros, antes de que comience el turno de guardia de Esnas sobre Dunottar, se organiza una competición que reúne a los más valientes guerreros y guerreras de todo Esnas. Sobre el vencedor recae el honor de vigilar a Efgo durante los siguientes cinco mil años. El mismo Rinio, Señor de Stavros, alcanzó tal honor en el año setenta y tres mil ochocientos cuarenta y cinco. —Sabía que estaba dejando cosas, pero tenía que seguir con lo que podía recordar—. En el año noventa y seis mil trescientos cuarenta y cinco, la Reina Mehara, de Eleanor, Señora de todos los elfos más allá de nuestras costas, nos declaró la guerra y vino hasta aquí con una numerosa flota. Lo hizo por recuperar a su hija, secuestrada por el Rey Sarek, de Orah, durante la Guerra de los Reyes. Pero jamás lo logró. Derrotada, fue hecha presa en Stavros, donde hoy permanece.

—¿Qué? —interrumpió Icalma.

—Así es —dijo—. La exhiben cada cinco mil años, para reírse de ella. Se llama la Mofa de la Marrana.

Entonces el público estalló en júbilo como no lo había hecho hasta ahora. Todos aplaudían con la noticia. Odea sonreía desde su extremo. Realmente, no sabía cómo seguir.

—Yo soy de origen humilde, pero alcancé a tener el honor de servir a la Señora Ydni, como su dama de compañía, y gracias a eso estoy aquí. —Calló, solemne—. Provengo de una familia con muchos hermanos, mis padres siempre fueron devotos a la Diosa Madre, credo extendido en toda Esnas, no en detrimento del Plano Etérico, que tiene muchos seguidores también. —Sabía que tenía que decir eso.

—Cuida tus palabras, niña —la interrumpió Odea—. Aquí no se puede hablar de eso.

—Señora Odea, —Liepa habló tajante—, cada una puede hablar libremente durante la redacción del tratado, especialmente si es su turno de palabra.

Kissara la miraba, no sabía si agradecida, pero en todo caso no dejaba de temblar. Ellas dos se mantuvieron la mirada un rato en que nadie dijo nada, hasta que decidió retomar la palabra, con miedo a las consecuencias. —En todo el territorio de Esnas es aceptado el Plano Etérico, aunque la religión oficial sea el Panteón de Dioses Élficos. La Diosa Madre tiene muchos y muy fervientes devotos. El Dios Nocturno es adorado en toda la Tierra de Elhada, y no es menos en Esnas. Se alzan templos por todo el reino al Dios Padre o la Diosa Asustada. Y cada vez son más lo que adoran al Dios Muerto. Yo creo que ambos, el credo élfico y el Plano Etérico, pueden convivir.

—¡Eso es herejía! —gritó Odea.

—No lo es en Esnas —respondió ella, sin saber por qué estaba haciendo eso.

—Tampoco lo era aquí, cuando Scara era una ciudad de Queralla —añadió Essirah.

Odea gruñó algo por lo bajo, que Kissara no alcanzó a escuchar.

—Mi Señora Ydni, —Quiso retomar su relato, deseando que acabara—, dirigió Stavros junto a Rinio con sabiduría durante mucho tiempo. Ella fue designada para participar de este concilio, y de la redacción del tratado, pero no ha podido conseguirlo. Era su deseo que utilizaran este libro, por lo cual traslado sus póstumos agradecimientos, los de Stavros, y los de toda la Casa de Esnas.

Aquella chica estaba muerta de miedo. Essirah respiró profundo cuando dijo sus últimas palabras. Casi estaba pasando pena por ella. Pero por fin podría hablar. Era su turno para decir toda la verdad, ya que Odea no se había atrevido en la sesión anterior.

—Gracias Kissara. Nosotras estamos honradas por el regalo. Gracias por hablar en nombre de la Casa de Esnas, cuando no era tu cometido hacerlo. Ahora hablará Essirah, Tercera de Yandalath, Señora del Bosque Teleuche, heredera al trono de Queralla.

Essirah sintió ganas de levantarse cuando fue nombrada, pero se contuvo. Entonces recapacitó sobre cómo comenzar su relato. Lo cierto es que no le disgustaba la idea de hacerles esperar a todos. Arangua, su esclava, repartía tazas de té por toda la mesa. En ese momento depositaba una taza ardiente frente a Greis.

—Mi padre, Lándaro, hijo de Efgo, Primero de Yandalath, siempre le fue fiel a su padre y a su linaje, hasta dar su vida por él durante las Guerras de la Sangre. Fue durante la última batalla, cuando la isla se partiera en un archipiélago. Mi padre lideró el frente contra Aradán, pues Efgo no se atrevió con él. —Eso levantó un revuelo en el público—. El combate fue digno de nobles guerreros, cuentan. —Calló un momento, para dar fuerza a sus palabras—. Yo no estaba allí. Yo permanecí en Ortho'Morr, junto a mi madre Veala y mi hermano Lüano. Cuando terminó la guerra y Efgo regresó derrotado, se ocultó allí. A nosotras no nos repudiaron, pero éramos una carga para Efgo y sus otros hijos. Por ser mi madre la viuda de su hijo, nos permitieron vivir en la ciudad de Mo'Hur, con los cuidados necesarios. Allí permanecimos, mientras sus otros hijos, mis tíos, esperaron, ávidos, hasta traicionarlo. Cuando ocurrió la escisión y Efgo fuera hecho prisionero, nosotras nos temimos los peor, y decidimos hacernos a la mar. Navegamos hacia el sur, sorteando las Montañas de Erneis, infranqueables por tierra debido a la maldición de Efgo tanto tiempo atrás. Incumplimos el Edicto de la Noche y las cruzamos por mar, burlando a la flota de Uroboro. Al otro lado, donde nacía el sol por el oriente y se escondía a poniente, levantamos Trevas, la Soleada, el primer puerto en la Tierra de Diurna. Ésta era una basta tierra, hasta entonces prohibida, pero nosotras decidimos explorarla. Los elfos de Mo'Hur nos siguieron, como tantos otros de lugares donde creyeron en mi madre, y sobre esta tierra yerma construimos un imperio. Veala, se coronó Reina de Queralla en el Trono de Envriare, fundando la Casa, que prevaleció por más de sesenta mil años, hasta que nos traicionaran. —La sala había estado en completo silencio, escuchando su relato, pero con eso volvió el revuelo. Ella esperó a que Arangua le sirviera su taza de té, sin mirarla si quiera, y después continuó—. Nosotras encontramos el Vestigio, y desde un inicio fue considerado un lugar de culto y veneración. —Sorbí un poco de té, respirando los inciensos que inundaban el aire—. Adoptamos el Calendario Diurno, dándonos cuenta de que estaba desfasado con el Calendario de Yandalath. Los astrónomos, tras numerosas mediciones, concluyeron que el año solar era diez días más corto que el año estelar. En el año treinta y ocho mil sesenta y siete, comenzamos a medir el tiempo de otra manera. —Ahí creció el murmullo.

—Los diurnos sabíamos eso desde mucho antes —interrumpió Issafiren.

Ella se le quedó mirando. ¿Cómo se había atrevido, la muy envidiosa?

—La Casa de Queralla—dijo ignorándola— colonizó toda la Tierra de Diurna, y como ya hiciéramos en la de Elhada, esclavizamos a todos los hombres que la habitaban. Con esa mano de obra, logramos levantar grandes ciudades como Envriare, donde aún hoy aguarda mi trono vacío.

Odea se rio más allá. —Es una forma de decirlo.

Ella la ignoró por completo. Aún no había dicho todo lo que tenía que decir. —Envriare solo fue una de ellas, como Im'Siv, Lithia, —Miró a Teófisa— y Lumna. El reino se expandió hacia el Gran Océano, levantando las ciudades de Ivrisis e Irreme. Mi madre siempre ansió regresar a

los Reinos de Elanor a vengar a mi padre. —Calló un segundo mirando fijamente a Odea que sonreía desafiante—. Incluso construimos la propia Scara, la Ciudad Sagrada, y este Templo donde estamos ahora. Encontrar el Vestigio fue el gran legado de la Casa de Queralla, de mi madre. Teólogos, astrónomos, geólogos y otros eruditos vinieron de todos los territorios de Yandalath para determinar de qué se trataba. La estructura del cráter en que nos encontramos es y era misteriosa, ocultaba mucho poder. Pudimos sentirlo desde el inicio. Ya los Yukiya y los Assuk, las tribus salvajes de hombres que aquí convivían, lo habían sentido antes. Finalmente, los eruditos determinaron que era un vestigio de otra era, cuando los Dioses poblaban el mundo. Eran los restos de sus cruentas guerras, que casi terminan por destruirlo todo. Aquí construimos este increíble templo subterráneo y desde entonces se adoró a los dioses en él, pero también su utilizó como portal al Plano Etérico. —No se detuvo a que la interrumpiera de nuevo—. Este lugar es sagrado por ambas razones. Por ello la Casa de Queralla fue libre de credo desde su inicio, rechazamos los Edictos de la Madre y de la Noche, y el Edicto del Padre fue disminuido, entregando a dos de cada tres hijos a las armas.

—Así os ha ido. —Se jactó Odea.

—Cuida tú también tus palabras —dijo bien seria mirándola—. La Casa de Queralla fue reconocida por Orah en el año cuarenta y un mil trescientos doce, y por Esnas en el treinta y nueve mil cuatrocientos veinte siete. Ambas fechas en tu calendario. Así que ten respeto por una de las tres grandes Casas de Yandalath.

—Señoras —las trató de tranquilizar Cereda.

—Señoras —repitió casi a la vez Liepa—. Dejemos a la señora Essirah narrar su relato.

Miró a Liepa, en agradecimiento. —En el momento de expansión de Queralla, estalló la Guerra de Yandalath, en la que Orah y Esnas se debilitaron, permitiéndonos a nosotras crecer. En aquella época nos hicimos con el control de las islas interiores y se trazó una red de vías a lo largo de la Tierra de Diurna que comunicaron sus ciudades. Fue la época de mayor esplendor para Queralla. Hasta Envriare acudieron delegaciones de Orah y de Esnas en varias ocasiones. El mismo Rey Sarek estuvo en las cámaras del Salón Ambar de Envriare, así como lo hizo Onirio, nieto de los Reyes Örlago y Enda. —Algo le dolió dentro al pronunciar su nombre—. Pero tras aquello, comenzó el declive. La Guerra por las Islas Interiores acabó en el año setenta y dos mil doscientos setenta y uno. Por la que tanto se reparó. —Añadió mirando a Greis e Icalma, que estaban al noreste—. Tuve el honor de enfrentarme a la Señora Ydni en la Islas Oscuras, de donde debimos huir en derrota. Fue una gran guerrera. —Lo dijo mirando a Kissara con pena, sin pretender evitarlo—. Tras aquello la Casa de Queralla se repuso en una larga espera, hasta que perdimos las Islas de Dei'Gol. —Ahora sí le sostuvo la mirada a Issafiren, a quien hasta ahora había evitado—. Etores, de Far'Onel, acabó con la vida de mi hermano Lüano, y así lograron la independencia. Eso fue en el año noventa y cuatro mil quinientos veinticinco del Calendario de Yandalath, poco antes del Gran Cataclismo, que lo cambiaría todo. En el año noventa y ocho mil novecientos ocho del Calendario Diurno, y en el noventa y siete mil doscientos once del de Yandalath, un enorme continente emergió de las aguas, cambiando la geografía del mundo. Así, los Reinos de Eleanor se vieron desplazados hacia las costas de Lusituria, quedando muy próximas a la Tierra de Diurna. Lo acontecido fue terrible para todos, los terremotos amenazaron acabar con todo. Pero lo peor fue la amenaza que supuso aquello para nosotros, como Alta Estirpe. Una amenaza para la que nos preparamos bien. —Entonces sí miró a Odea—. La Reina Veala hizo un trato con Sarek, Rey de Orah, en el que los Reyes Örlago y Enda, de Esnas, reusaron entrar. Atacaríamos juntos los Reinos de Eleanor, antes de que pudieran recuperarse de la devastación del cataclismo. Queralla puso todos sus recursos en Irreme y Absora, que crecieron, así como su flota, que podría haber

sido poderosa... —Seguía manteniéndole la mirada, cansada de dar rodeos.—. Pero cuando llegó el momento, la flota de Orah jamás abandonó la Bahía de Longomar, y la flota de Queralla navegó sola hacia los Reinos de Eleanor, donde no pudieron hacer frente al resto de elfos. Sarek, en cambio, desembarcó en la Tierra de Diurna, indefensa con su ejército en el frente, logrando conquistarla en el más ruin acto que ha ocurrido en la historia de Yandalath. Acabaron con una de las tres Casas de Yandalath, faltando a su palabra.

Odea lanzó una larga risotada. —¿Y qué importa ya? Guardarás eso en la historia, porque esta historia no la cuentan solo los vencedores. Pero no te servirá de nada más.

—Veala, Reina de Queralla, murió en los Reinos de Eleanor, traicionada por su misma estirpe. ¡Disteis vuestra palabra! Fuimos reconocidos como una de las tres casas. No puedes negar eso.

—¿Dónde está ahora esa tercera casa? Queralla había dejado de pertenecer a la Alta Estirpe de Yandalath. Había incumplido el Edicto de la Noche: no habitar una tierra distinta a la Tierra de Elhada, donde se extiende la noche y donde está presente el Dios Padre. —Odea contenía su furia, cuando el público estaba mudo—. Pero Queralla incumpliendo ese primer mandato, quedaba exenta de pertenecer a la Alta Estirpe.

—Fuisteis vosotros quienes traicionasteis a Efgo primero. —Ahora sí estalló el escándalo en el público—. Queralla fue reconocida como una Casa de Yandalath, y Orah mancilló su propia palabra conquistando la Tierra de Diurna, donde siguen habitando. —Eso los dejó a todos en silencio—. Mi madre murió en la guerra, dejando el Trono de Envriare vacío, en manos de Orah. Yo debí huir con mi pueblo, cruzando el Espinazo hasta los Bosques Pleuches. —Cayó un momento, por la pena, evitando mostrarla a toda costa—. Y allí vivimos desde entonces, a la espera de recuperar el trono usurpado.

Odea se rio desde su extremo de la mesa. —Veala ni si quiera pertenecía al linaje real de Yandalath —sentenció, descarada.

—¿Era la esposa de Lándaro, Segundo de Yandalath!

—¿Y? —preguntó Odea pitorreándose.

—Que eso me convierte a mí en Tercera de Yandalath.

Odea volvió a reírse. —Tú nunca reinaste.

Entonces Essirah tuvo que contenerse. De qué le servía subirse a esa mesa de roca y ensartarla con su puñal. Lo sintió, enfundado, junto a su pierna. Casi le quemaba, ansioso.

—Señoras —interrumpió Liepa, poniéndose de pie—. Es el turno de la Señora Essirah y...

—Ya he terminado —sentenció.

Liepa se le quedó mirando, sin terminar la oración. Entonces todas se pusieron de pie, para dar fin a la sesión.

ARANGUA

La esclava esperaba atenta a cualquier movimiento de su señora. Estaba de pie, en un rincón del salón de la residencia, sobre la hermosa alfombra. Varias de aquellas grandiosas señoras elfas se sentaban ahora en los sofás. Essirah charlaba con Teófisa sobre Odea y lo impertinente que era. Teófisa le estaba dando todo su apoyo. Menos mal que tenían amigas ahí dentro. A ella le daba exactamente igual si Essirah lograba ensalzar a la Casa de Queralla durante la redacción del tratado, habían pasado cuatro mil años de aquello. Era ridículo. Solo deseaba salir con vida de ese lugar, y con su actitud no sabía si iba a lograrlo. No pensaba dar su vida por ella, pero si ella caía, ¿qué otra cosa iban a hacer con su esclava? Al menos se sentía afortunada por estar presenciando todo aquello. Era la única, de entre todos los humanos que habitaban Mawol en ese momento, que estaba presente en la redacción del tratado. Salvo por esos dos míseros que arrojaban el incensario. Sonrió al pensarlo. No podía esperar a contarlo a su regreso al Bosque Teleuche. En ese momento entraron dos soldados de la Guardia Sacra y se dirigieron a ellas.

—Señora, Essirah, el Consejo Sacro desea hablar con vos, acerca de la muerte de la Señora Ydni.

—¿Por qué? —respondió ella tajante, sin levantarse.

—Señora Essira, tranquila, nos están interrogando a todas —le dijo Liepa, sentada junto a Teófisa.

—Muy bien —respondió Essirah.

Se levantó, y ella se puso nerviosa, ¿la seguía?

—Arangua —le dijo girándose—, espérame aquí.

—Sí, señora —le respondió.

Se quedó ahí de pie, sobre la alfombra, sin saber qué hacer. Miró a Teófisa, que casi la invitaba a sentarse con ella. Habría agradecido que alguien la tratara bien, pero no sabía si deseaba relacionarse con ellas. En eso, vio algo moverse más allá. En las escaleras, una diminuta criatura saltaba de escalón en escalón, subiendo a duras penas. Ella fue hacia allá tratando de no asustarlo. Era un duende, vestía una ropita verde oscuro, tenía la piel de color verde también y la cabeza pelada con afiladas orejas. Logró llegar hasta él, y cuando éste fue a girarse, ella lo sorprendió agarrándolo con las manos.

—¡Suéltame! —gritó.

Ella miró a Teófisa, que la observaba desde el sofá, en el momento que entraban unas cuantas más. Estaba cansada de esas elfas, y de servir las, y no pensaba malgastar su tiempo libre en ellas. Arangua, con el duende en las manos, subió las escaleras, hasta el oscuro pasillo.

—¡Suéltame! —No paraba de gritar el duende.

—¿Quién eres?

—¡Suéltame, te digo! —respondió.

—Si te suelto te vas a escapar.

—No, si lo haces, te diré quién soy.

Arangua se rio. —No te escapes.

—¡Que no!

—Bueno, bueno —Y lo soltó mientras seguía riéndose—. ¿Y bien? ¿Quién eres?

—Soy Lirdigh. —Lo dijo después de ponerse recto y estirarse la ropita, tratando de parecer digno. Pero ella solo podía reírse.

—¿Y de dónde has salido?

—Vine con una de ellas. —Y señaló hacia abajo, donde se congregaban las elfas que acompañaban a Essirah en esa estupidez del tratado.

—¿Con cuál?

—Con Greis, venimos de Uroboro. Allí nací yo.

Arangua hizo un ruido con la garganta, asintiendo. —Ya. ¿Y por qué andas libre por ahí?

El duende pareció ponerse nervioso. Cruzó las piernas y se apoyó en la pared. —Porque me he escapado —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues ten cuidado, si te atrapan, te harán picadillo.

—Sé cuidarme solo. Menos mal que ese gato no anda cerca, es al que le tengo más miedo.

Arangua se rio. —Sí, ése sí que te haría picadillo.

Ahora el duende también se rio. —En realidad no es gracioso. —Y se volvió a encoger de hombros—. Oye, no te imaginarías lo que un duende puede ver por ahí, cuando explora el mundo como yo.

Arangua no dejaba de reírse. Por fin podía ser ella, y ser libre de Essirah. —¿Y qué has visto por ahí...? ¿Cuál dijiste que era tu nombre?

—Lirdigh —respondió digno otra vez.

—Lirdigh, eso. —Y siguió riendo. Escuchaba a esas brujas ahí abajo, a lo suyo. Estaba segura de que si Essirah regresaba, escucharía un grito con su nombre, así que trató de olvidarse de ellas.

—Dime, ¿qué has visto?

—Yo vi a la que asesinó a la elfa preciosa. Era tan bella... No pude dejar de seguirla desde que la vi. Y le arrebató la vida. No lo pude creer. —Casi se pone a llorar ahí mismo.

Arangua dejó de reírse de inmediato. —¿Quién mató a Ydni?

El duende, reprimiendo las lágrimas, la miró. —Una de ellas.

—¿Quién? —Aún no podía imaginar lo que podía hacer con esa información, pero sonría por dentro solo ante la expectativa.

—Sígueme.

El duende sorteo sus piernas, y saltó unos pocos escalones abajo, hasta asomarse a la escalera. Ella lo siguió, sentándose en un escalón también. El duende la miró, y después señaló claramente a una de ellas. —Fue ella. —De nuevo se reprimía las lágrimas, de verdad estaba apenado por la muerte de Ydni. Y ahora ella sabía quién había sido.

Aún era media mañana, cuando Greis se encaminaba a la Torre de Dävoros, seguida de ese constante soldado. Esta vez pensaba entrar en ella, al coste que fuera. Se había rendido ante la idea de haber perdido a Lirdigh, ese duende descarado. Al menos seguía cuidando de Sporo. ¿En qué momento había decidido traerlos a semejante viaje? Tenía que habérselo imaginado. Cruzó

la plaza desde la residencia, esquivando a las libélulas, dejando el Templo de Un'Munar ahí abajo, a su izquierda. Sorteó la inmensa grieta del suelo, sin poder parar a asomarse. Rompía la corteza del mundo ahí mismo, y caía hasta el infinito averno, o eso decían. Había incontables grietas como esa por todo el Vestigio, y algunas habían quedado dentro de la ciudad, como aquella, junto a la torre. Era alargada, formando un arco, y por el exterior de la curva le crecía otro brazo, que también se perdía en el negro eterno. Dos puentes la cruzaban, para evitar tener que rodearla. Alrededor, una pequeña vaya, seguida de un seto lleno de flores, protegía de la caída. Entonces escuchó un maullido amenazante, seguido de un arañazo en la pierna. Del susto que se dio, casi se cae al vacío. Se vio cayendo casi, cuando la mano de Eyco la agarró, aferrándola al mundo.

—Tened cuidado, señora.

—Estoy bien, ¡suéltame!

Había sido ese gato horrendo de Issafiren. Pero con la patada que Eyco le propinó, salió huyendo de allí. Los dos guardias, apostados en la puerta de la torre, se alertaron ante el grito. Eyco la soltó, y ella echó a andar hacia ellos, que se interpusieron.

—Señora, no podéis entrar a la Torre de Dävoros.

—Claro que puede —dijo Eyco a su espalda—. ¿No sabéis a quién habláis? Es la señora Greis, de Uroboro, así que abrid esa puerta ahora.

Ellos dos se miraron durante un momento que se alargó demasiado para ella. Entablar una pelea con la Guardia Sacra no era lo que más deseaba. Entonces uno de ellos se giró y, extrayendo una llave, abrió la puerta de la torre. Greis, sin dejar de sonreír, se giró a su soldado y le asintió agradecida. Después entró en aquel lugar que había ansiado tanto. Ascendió los tres peldaños, maravillándose con lo que veía. En el interior brotaban las hebras de magia, visibles a sus propios ojos. Eran de colores, y bailaban etéreas en el aire. Cruzó aquel arco ojival, y se vio en una inmensa cámara que ascendía muy alto. Dos escaleras nacían a cada lado, subiendo en espirales paralelas alrededor de la estructura, hasta alcanzar un nivel superior allá en lo alto. Incontables rayos de luz cruzaban la estancia, a través de ventanucos que ascendían siguiendo ambas espirales. Y por toda la gran sala las hebras de magia flotaban, coloreando la escena, donde solo se escuchaba una melodía acompañada. El canto provenía diferentes puntos. A lo alto de la cámara, dos elfos subían una de las escaleras. Allá arriba, los vio asomarse a mirarla. Estaba en el interior de la Torre de Dävoros. Aquel era uno de los lugares más importantes para los estudiosos de las Ocho Esencias Arcanas. Allí podía sentir las, podía incluso verlas. Era maravilloso. La Antiesencia estaba presente también, en la forma de cada una de las otras siete. Ella conocía las reglas, había estudiado mucho para lograr comprender la Antiesencia, y poder canalizarla. Ante la sorpresa de todos, y a pesar de su edad, lo había logrado. Cualquier sortilegio canalizaba las hebras de magia de su propia esencia, liberándolas de nuevo después. Pero la Antiesencia debía consumir otra esencia para poder darse, sin renovarla después. La esencia dejaba de existir. Sabía lo alto que era el coste de usarla, pero la tentación de poder hacer más era demasiado para ella. Para usar la Antiesencia, además, había que conocer otra esencia, para poder consumirla. Lo que podías lograr usando la Antiesencia siempre era algo relacionado con la esencia que consumía, pero mucho más allá de sus límites, con ella podías hacer lo que quisieras. No eran pocos los que dominaban la Antiesencia entre los elfos de Yandalath, pero estaba prohibida en ambos reinos. En todo caso, no podía darle vida a otro duende en ese momento, pues no tenía ninguna flor. El ritual era demasiado complejo por su logística, así que desistió de la idea.

—Ese estúpido de Lirdigh —dijo.

—Sí, seguro que le gustaría ver esto —añadió Sporo desde su bolsillo.

—Cállate. No me refiero a eso.

El duende se ocultó de nuevo en su bolsillo, asomando solo su diminuta cabeza, maravillado también ante el lugar.

El sol ya se había puesto por las montañas al oeste, y las luces del anochecer bañaban la plaza de Scara, la Ciudad Sagrada. La luna lucía en el cenit, en su cuarto creciente perfecto. Liepa daba el paso a las demás señoras para que cruzaran el arco de entrada, donde comenzaban las largas escaleras hasta el Templo de Un'Munar. Estaba nerviosa, era su turno, iba a hablar ante el concilio. Cuando Greis y Kissara entraron, antes de los consejeros y el resto de público, descendió ella. Se escuchaba murmullo de atrás, pero las señoras delante suyo iban en completo silencio. Junto a ella iba el soldado que no se separaba de Greis, estaba un poco cansada de él. Alcanzaron la entrada al templo, y una vez en la cámara, alumbrada por las piletas, todas tomaron asiento. El público entró después, como habían hecho ya las últimas dos noches. Liepa estuvo esperando que entraran y que todos se acomodaran. Aprovechaba este momento para relajarse, dispuesta a comenzar, pero esta vez le costaba un mayor esfuerzo. Cuando por fin todos quedaron en silencio, ellas se pusieron en pie. Entonces el guarda le entregó el libro, y ella se lo pasó a Icalma, cuando el incensario ya se balanceaba sobre ellas. Ésta hizo lo que las otras veces, hasta que la pluma estuvo lista en su lugar, y se sentaron. Entonces comenzó a hablar.

—Estamos de nuevo aquí reunidos para continuar la redacción del Tratado de Yandalath. Esta noche hablaremos dos de nosotras, como lo hicimos las noches anteriores y aun lo haremos mañana. Esta noche hablaré yo primero, Liepa, Trigésimo Sexta de Eluvian y Merena, en nombre de Scara, la Ciudad Sagrada. Después de mí lo hará Icalma, Décimo Primera de Adaria, en nombre de las Islas Oscuras, y nos relatará su parte de historia. —La miró, a su derecha.

Calló un momento, dispuesta a comenzar su relato—. Para contar la historia de Scara, debemos comenzar hablando del descubrimiento del Vestigio. Como nos ha narrado la Señora Cereda, fue encontrado tras la Escisión de Yandalath, cuando la Reina Veala conquistara la Tierra de Diurna. Todos se maravillaron al encontrarlo, pues por culpa de la Maldición de Erneis y el Edicto de la Noche, había pasado más de treinta y cinco mil años aquí escondido. Cartógrafos y teólogos coincidían en que el cráter, éste donde nos encontramos, sólo podía ser el resultado de las batallas de los dioses, durante su edad, antes de que los mortales llegáramos al mundo. Aquí se construyó, por aquel entonces, el Templo de Un'Munar, en que nos encontramos, en honor a los dioses que una vez poblaron este lado del mundo. —Ahí calló un momento, y la pluma se detuvo—. En torno al templo se levantó Scara, la Ciudad Sagrada, que estos días da acogida a este concilio. Scara, en otro tiempo fue una poderosa ciudad, y gracias al clima que le proporcionaba la geografía del Vestigio, desde sus cultivos se alimentó a toda Queralla, y mucho contribuye a Orah, en estos tiempos. La ciudad siempre fue conocida por su industria minera también. El anillo de montañas que la rodea es rico en vetas de hierro, por lo que aquí se forjaron las armas y armaduras que se equiparon los guerreros de Queralla durante sus guerras. Aún está en pie La Herrería, aunque ya no es lo que una vez fue. Scara siempre fue considerada un lugar de culto, por ser un resto de la época remota en que los dioses poblaron el mundo, pero fue libre de credo, pues aquí las hebras de la Esencia Etérica están presentes también. —No estaba segura de si decir lo que iba a decir, pero sentía que tenía que decirlo—. Muchos elfos de Yandalath nacen con el don de la goecia...

—No te atrevas, Liepa —la interrumpió Odea desde el fondo.

—Odea, es mi turno de palabra, y narraré mi parte de historia como yo decida. —Casi se pone de pie, pero se contuvo. En ese momento se dio cuenta de que el corazón le latía frenético—. Algunos nacen con el don de la goecia, y quienes lo hacen, pueden conectar con el Plano Etérico.

—Vais a pagar caro esto. —Odea se estaba reprimiendo, pero no dejó de soltar aquello.

—Y desde ahí hablar e incluso traer demonios al mundo. Pero no solo ellos pueden. Muchos son los que lo logran manipulando la Esencia Etérica también, a pesar de no tener el don de la goecia. Muchos, por envidia, niegan la posibilidad de nacer con esa capacidad, pero el don de la goecia existe.

—Me niego a permanecer en un lugar donde se quebranta la ley establecida en el Tratado del Vestigio. —Odea se levantó—. ¡Hablar del Plano Etérico en Scara es herejía!

Comenzó a caminar hacia ella, rodeando a Cereda y después a Icalma, con una expresión de furia en el rostro. Pero la dejó atrás también, para desaparecer de la cámara. El público enloqueció, mientras a ella le latía todo el cuerpo. Se la había imaginado arrancándole la cabeza allí mismo, pero en lugar de eso se había marchado. No podía creérselo. Se levantó también. —Haya calma. Señoras.

—¿Puede marcharse? —preguntó Icalma.

—Cada una es libre de hacer lo que quiera. Si la sala nos devuelve el silencio, continuaré mi relato. —Esperó a que le hicieran caso, aunque aún tardaron un poco—. Como decía, la ciudad de Scara fue venerada tanto por los seguidores del panteón élfico como por aquellos que también creemos en el Plano Etérico. Desde esta sala se ha hablado con los dioses y se han invocado terribles demonios. La importancia de Scara en Queralla no era menor, y gozaba de su propia autonomía. Desde aquí, los consejeros gobernaron la ciudad y todo el Vestigio. —En ese momento la sala estalló en aplausos de agradecimiento. Ella asintió devolviendo el gesto—. Pero entonces ocurrió lo más terrible. El Gran Cataclismo cambió la faz de Mawol, cuando surgió el Continente Nuevo de Ülathar, y los Reinos de Eleanor se precipitaron hacia nuestras costas, al suroeste, como ya se ha contado —miró a Essirah, que estaba muy seria—. Cuando Orah conquistó a Queralla la Tierra de Diurna, el Vestigio siempre se mantuvo libre gracias a sus defensas naturales, y a la Guardia Sacra. —Se encontró con la mirada del consejero Dranos, agradecido—. Cuando la guerra dio fin, el Rey Sarek, de Orah, permitió a Scara ser libre, firmando el Tratado del Vestigio, bajo el cual, le daba plena autonomía, si aceptaban proclamar hereje al Plano Etérico. Y así hicieron. Al principio el Consejo Goetio fue disuelto, pero jamás se extinguió. Tardó muy poco en ser influyente de nuevo y estar presente en la ciudad. Podemos negar el Plano Etérico, pero está ahí. Sus devotos necesitan una guía también. —La sala estalló en vítores de nuevo, y Liepa dejó escapar una sonrisa, vencedora tras su alegato—. Por último, y antes de dar por terminado mi relato, debo contar cómo se logró reunir este concilio, para redactar este tratado, que a punto estuvo de ser evitado. —Le mantuvo la mirada a Teófisa desde su oración anterior—. Cuando el Gran Cataclismo cambió el mundo, desde Scara se enviaron emisarios a los principales territorios de los elfos de Yandalath. Pero entonces, la Casa de Orah expulsó a la Casa de Queralla de estas tierras, dejando libre a Scara, a Lithia y las Islas de Dei'Gol. Hoy estamos todos representados aquí, gracias a la voluntad de los pueblos. A pesar de la distancia y el rencor, todas accedimos a participar en la redacción del tratado respetándolo en paz, olvidando lo que nos separa, para contar toda la historia que nos une como pueblo.

La sala estalló de nuevo en vítores, que rompieron el protocolo y que pronto se apagaron. Ella estaba henchida, se sentía plena. No sabía cómo iba a acabar todo aquello, pero había dicho lo que tenía que decir.

—Ahora tomará la palabra la Señora Icalma, Décimo Primera de Adraria, hija de Inmistio, de Murrow, capital de las Islas Oscuras, que nos hablará de cómo ha vivido la historia su pueblo.

Ella estaba sentada frente al libro, junto a Kissara, en la costa sur que la mesa formaba en la Tierra de Elhada, aun sin dar la espalda a las demás. En realidad, pensaba en cómo fundir polvo

de cuarzo con óxido de metal, para crear un poderoso vidrio, a través del cual mirar hacia el Plano Etérico. Llevaba semanas con eso en la cabeza, calculando la fórmula exacta, pero cuando la nombraron volvió en sí. Seguía en aquella sala, rodeada de aquellas señoras que le importaban bien poco, y parecía que le tocaba hablar. Así que así lo hizo, comenzando por lo primero que se le ocurrió.

—Las Islas Oscuras, donde aún reina la noche eterna, —Señaló hacia las mesitas que se alzaban junto a ella, separadas del continente—, siempre protegieron la Bahía de Longomar, ya desde el Reinado de Efgo, y después de la Escisión, fieles a la Casa de Esnas. Desde allí se comerciaba con Queralla, y con más allá de la bahía. La flota de las Islas Oscuras alcanzó la Tierra de Anne varias veces, portando siempre el estandarte de Esnas y el suyo propio. Pero cuando estalló la Guerra de Yandalatah, las Casas de Esnas y de Orah se enfrentaron en una cruenta guerra que los debilitó. Nosotros nos batimos en la bahía en intensos combates, contra la flota de Orah, lo que mantuvo al ejército lejos de las islas. Fue entonces cuando la Reina Veala aprovechó el momento, y la Casa de Queralla conquistó las Islas Oscuras, además de las de İbrini, las Malditas. Las islas cambiaron de bandera, y la flota jamás regresó de la guerra contra Orah, por lo que sus habitantes aceptaron el gobierno de Queralla. Así, Murrow fue libre de credo, y pudimos en las islas conectar con Plano Etérico sin escondernos... Habíamos aprendido por la tradición que los dioses habitaron el mundo una vez, y que casi lo destruyen hasta dejarlo plano. Se exiliaron en el Otro Lado, y nos dejaron Mawol, creando además el Plano Etérico.

—No sabemos si eso fue así —la interrumpió Cereda.

Icalma, sin dejar que interrumpiera su ensoñación, continuó su discurso. Se preguntaba si habría contado todo eso si hubiera estado Odea en la sala. —Eso fue así. La Diosa Asustada lo soñó todo. Ella escribió los Lunarius. Sabía que vendrían los seis Resentidos desde el Plano Etérico. Ivirida solo es uno de ellos...

—¡Señora Icalma! —gritó Liepa.

Ella se calló, volviendo de nuevo a la sala.

—¿Tiene alguna relevancia su relato con la historia del pueblo de Yandalath?

Todos la miraban, y no pudo evitar soltar una sonrisa. —En realidad sí. En uno de sus Lunarius escribió sobre este concilio. Sabía que iba a ocurrir. —Respiró profundo al reconocer la ironía de todo aquello—. Las Islas Oscuras pertenecieron a la Casa de Queralla unos siete mil años, hasta que terminaron las Guerras por las Islas Interiores, cuando Esnas y Orah se aliaron para recuperarlas. La flota de Murrow, ya recuperada, decidió no combatir en favor de ninguno de los dos bandos, y Esnas y Queralla debieron batirse en combate naval, en mar abierto, más allá de la bahía. Se contaban por centenas los navíos reunidos a cada lado del mar, y cuando se encontraron, la pelea duró días. Los mejores capitanes de ambos contendientes cayeron, pero la Casa de Esnas, prevaleció, aún bajo el mando del último de los almirantes, Lethred, Décimo Noveno de Drentos. Después de aquello, y por habernos mantenido neutrales en la guerra, nos permitieron tener nuestra propia autonomía, a pesar de pertenecerles a los Reyes Örlogo y Enda, de Esnas. Les juramos pleitesía y firmamos el Tratado de Murrow. Hoy somos aliados y hermanos. En nuestras plazas ondean ambos estandartes, pero siempre nos dejaron creer en los que quisiéramos. —Casi vuelve a írsele la mente a otro lugar, pero se contuvo—. En el año noventa y seis mil trescientos cuarenta y cinco, una inmensa flota con los estandartes de Eleanor se asomó al horizonte. —Ahí se detuvo, poniendo toda su atención en Kissara—. Si vamos a contarlo, vamos a contarlo bien —le dijo—. Nadie podía imaginarse aquello, fue la flota de las Islas Oscuras, quien se enfrentó a ella primero, en defensa de todo el pueblo de Yandalath, pero no logró hacer frente a semejante amenaza. En aquella invasión pretendía la mismísima Reina Mehara, hija de Aradán, Primero de

Assëe, y de Eleanor, hija de Aván, Primero de Avanissían, conquistar la Tierra de Elhada. Tal vez venía a por su hija, o a vengar a su padre, pero jamás logró acercarse a Sarek. —Y se rio, mientras todos permanecían en silencio—. Alcanzaron la costa suroeste de Esnas, —Y señaló justo enfrente suyo—, aquí comenzó el intento de conquista. Pero la respuesta del pueblo de Yandalath fue contundente y eficaz. Nunca sabremos si por la envidia de que fuera otro el que diera caza a la reina de todos los elfos en nuestra propia tierra, o por el verdadero honor de defenderla. —Seguía sonriendo—. En todo caso, los elfos de Esnas, Orah e incluso de Queralla se unieron para hacerles frente. Murrow ya había caído por aquel entonces, yo debí huir con mi padre hasta Uroboro, donde vivimos con otros refugiados hasta que terminó la guerra, que no fue muy larga. Mīran, hijo de Sarek y de Ėlenar, hija de Mehara, su propio descendiente, la enfrentó en campo abierto, y en el fragor de la batalla, donde se batían millares de elfos, la derrotó. A pesar de todo escapó, aunque más le hubiera valido morir honorablemente bajo el filo de su bisnieto. —Sonrió mirando de nuevo a Kissara—. La Mofa de la Marrana es indigno. —Los susurros cesaron de pronto, pero le dio igual—. Mehara fue la única Reina de Eleanor que ha pisado la Tierra de Elhada, y jamás ningún otro rey se atrevió a hacerlo. —Después de aquello, tomó la pluma y cerró el libro.

SPHYNX, EL GATO DE ISSAFIREN

O dea caminaba sobre el puente que cruzaba la grieta en el suelo. Le maravillaba aquello. Se preguntaba si los dioses estaban al otro lado, tras esa profundidad infinita. A su derecha se ensanchaba, creando un enorme agujero negro que caía eternamente. Habían aprovechado aquello para levantar una de las puertas de la ciudad. Un enorme baluarte se elevaba junto a un extremo de la grieta, dejando espacio suficiente para que pasaran tropas, y ya en el interior, otro enorme bastión vigilaba la entrada occidental de Scara, la Ciudad Sagrada. Al otro lado del puente, en aquella mañana, bajo la mirada de toda la guardia sacra, uno de sus caballeros la esperaba. Portaba los blasones de Orah con orgullo, y montaba una majestuosa yegua.

—Señora —la saludó al llegar.

—Usdul. ¿Cómo está todo?

—Todo en orden, mi señora. A su espera.

—Mañana, antes del anochecer. Si todo va bien. Yo misma os avisaré.

—Sí, señora.

El caballero ordenó virar a su montura, y echó al galope hacia las afueras de la ciudad. Ella se dio media vuelta, y regresó sobre sus pasos. Más allá, entre los almacenes, la esperaba Icalma. Había estado siguiéndola todo el tiempo, creía haberla despistado con una ilusión de sí misma, pero había dado con ella igualmente.

—¿Desayunamos? —preguntó con su grave voz cuando la alcanzó.

Ella, cansada de evitarla, aceptó. —Sí, vamos a la Taberna de los Consejeros, nos servirán algo.

Icalma sonrió, complacida. Juntas recorrieron la avenida que unía la puerta occidental con la plaza de Scara. El edificio donde la calle desembocaba, a su izquierda, era bastante grande. Tras él, una cerca encerraba un patio, que dejaron de lado, para rodear el edificio hacia su entrada principal, ya en la plaza. Daba a un pequeño recibidor, donde había una esclava vestida con un delantal, y que al verlas, se puso muy nerviosa.

—¿Desean algo?

—Queremos desayunar.

—Acompañenme. —La chica los llevó por un pasillo, dejando varias puertas a los lados, hasta invitarlas a pasar a una. La habitación era diminuta, cabía una mesa con cuatro sillas. Entraba luz por la ventana, que tenía unas cortinas negras recogidas a cada lado. Sobre la mesa había un

mantel de encaje rojo oscuro, copas de vino frente a cada plato y cubiertos sobre servilletas del color del mantel. En el centro había una jarra de agua, tapada por una fina tela negra.

—¿Serán solo dos?

Ella asintió a la moza. Entonces, recogió dos juegos y dejó solo para ellas, enfrentadas. Se sentaron cuando ella preguntó.

—Dos desayunos.

Odea la miró amenazante, no pretendía que fuera a repetírselo. Así que ella solo se dio media vuelta y se marchó, cerrando la puerta.

—¿Por qué te fuiste anoche? —le preguntó Icalma.

—No estoy dispuesta a que me falten el respeto de esa manera.

—Odea. Entiendo tus creencias, pero el Plano Etérico es una realidad.

Ella la observó evaluándola. ¿Cómo se atrevía?

—Entiendo vuestras leyes, pero las leyes y las creencias son cosas diferentes. A mí no puedes negarme una evidencia tan diáfana para mí. Yo puedo hacerlo.

—Icalma. Lo que tú creas que puedes hacer es cosa tuya. No me importa lo que digan, el Plano Etérico es falso, una auténtica estupidez.

Icalma estuvo a punto de reírse, pero lo evitó. No sabía cómo habría reaccionado si lo hubiera hecho. Ya se estaba conteniendo bastante.

—¿Y si es cierto? ¿Te lo has planteado al menos?

A ella le costó responder, era tan solo un insulto que se lo preguntara. —Icalma, tú crees que puedes conectar con esa cosa que llamas el Plano Etérico, pero es todo falso. Solo son los demonios, que pueden hablarnos desde el Otro Lado del Mundo, donde moran los dioses. Yo he tenido la mala suerte de que ninguno me ha llamado. Nada más.

Icalma no respondió en seguida, se quedó pensativa, manteniéndole la mirada. Tras ella caían las rastas, que alcanzaban el suelo. —Odea, comprenderás que tuve que decirlo, en la redacción. Apoyé su existencia, y lo hubiera tenido que hacer si te hubieras quedado.

—Tú tienes tus creencias y yo tengo las mías. Te respetaré si logramos nuestra empresa común. Ahora sí sonrió Icalma.

—Solo falta que hablen tres. ¿Seguro que todas deben hacerlo?

Icalma asintió. —Todo está saliendo bien, anoche logré nombrarla.

—¿La nombraste?

Icalma la miraba fijamente, asintiendo. —Su nombre ya ha quedado escrito en el libro.

Odea sonrió al fin.

El duende asomó su cabezota pelada cruzando el umbral de la puerta. Ese gato esmirriado andaba por ahí acechándolo. Podía olerlo. Estaba en el recibidor de la residencia, y no había ni rastro de él en el salón, pero sabía que estaba ahí. Tal vez él estaba siendo acechado. La idea le horrorizó tanto, que salió corriendo hacia atrás, aprovechando que la puerta de la residencia estaba abierta. Cruzó el pasto a zancadas, hasta esconderse en los setos que separaban la parcela de la calle. Allí permaneció un momento, escondido, esperando. Cuando ya iba a respirar tranquilo, ese gato asomó la cabeza por la puerta, olfateando el aire. Miró a todos lados antes de salir, y después caminó despacio sobre el pasto. Sorteó a dos guardias que entraron a la residencia, y se acercó a los setos más allá. Ésta era la suya para escapar, estaba a suficiente distancia. Fue a huir de las ramas del arbusto, agitándolas tan solo un poco, cuando el gato se giró de pronto. Él se quedó petrificado. Si le veía, era su final. La bestia miraba hacia él, quieta, evaluando. Entonces echó a andar hacia él. Con paso lento, suspicaz, sin dejar de mirarlo, hasta adoptar esa posición de caza

felina, cuando Lirdigh supo que era su final. El miedo le obligó a correr, pero el gato era mucho más rápido, solo un dio salto y cayó encima suyo, clavándole los colmillos en la espalda. Él quedó bocabajo, pataleando de dolor, con todo su cuerpo en las fauces de aquella bestia.

—¡Ayuda! —gritó desesperado, pero nadie lo atendió.

El gato, a saltos y sin soltarlo, se escabulló a un costado de la residencia, y arrojó a Lirdigh contra el muro, que cayó derrotado. Estaba completamente dolorido, apenas podía moverse. El gato gruñía, en esa posición de caza, a punto de saltar sobre él otra vez. Él no sabía si levantarse o esperar, ¡aquella bestia solo estaba jugando con él y su vida!

Cuando hizo un ademán de levantarse, el gato se abalanzó encima otra vez, zarandeándolo entre sus fauces. Gruñía causándole un terrible dolor, sin dejarlo morir. Lo arrojó de nuevo, y volvió a zarandearlo después, y así estuvo un rato, lanzándole zarpazos también. Cuando Lirdigh creía que iba a desfallecer, con toda su ropita destrozada e impregnada de sangre, el gato se lo llevó de allí. Él casi no podía sentir, no sabía a dónde se lo llevaba, pero alcanzó a darse cuenta de que estaban en el interior de la residencia. Subieron las escaleras, y escuchó voces de alguna de esas elfas, hasta que llegaron arriba. A cada salto, en cada escalón, sus colmillos se clavaban en su cuerpecito. Por fin el gato lo arrojó al suelo. Él apenas era consciente de lo que sucedía.

—¿Qué me has traído, bonita?

Lirdigh apenas reconoció esa voz. Estaba tirado en el suelo, y el gato se restregaba entre las piernas de una de esas elfas. Ésta se arreglaba el cabello frente a un gran espejo, sobre la que se reflejaba por completo. Vestía un hermoso vestido de seda hasta las rodillas, mientras se arreglaba el cabello rubio. Lo observaba desde ahí arriba en el reflejo.

—¿Qué es eso, bonita? —La elfa se agachó hasta él, para tomarlo en sus manos—. ¿Qué eres? Él casi no podía abrir los ojos, ni si quiera sabía si podría hablar. —Soy un duende.

—Un duende —Y se rio—. ¿Y qué haces aquí?

—Pregúntaselo a tu gato.

—Es una gata. Y tú eres su juguete, por lo que veo.

Lirdigh no alcanzó a decir nada. No sabía si le dolía más el cuerpo o la humillación. Estaba muerto de miedo.

—Supongo que eres un duende con mala suerte. —Y volvió a reírse.

Cuando hizo el ademán de lanzárselo a la gata, Lirdigh gritó con las fuerzas que le quedaban. —¡No me mates! ¡Puedo darte información muy valiosa!

Entonces la elfa justo cuando iba a lanzarlo, y la gata ya calculaba el salto, no abrió las manos. Lo dejó ahí suspendido, y ella volvió a echarse a reír de nuevo. Estuvo así un rato, hasta que habló.

—Dime, ¿qué información valiosa puedes darme, duende?

Él se quedó mudo. No se había llegado a plantear en serio aquella posibilidad, solo se había visto de nuevo en las fauces de esa bestia.

—Yo sé quién mató a Ydni —dijo solamente.

La elfa se le quedó mirando, y después se echó a reír. —Ah, ¿sí? ¿Quién?

—Fue una de vosotras.

—Eso ya lo sé, duende.

—Espera —dijo cuando ella lo amenazó con lanzarlo—. Fue una elfa que llevaba un vestido. Entonces estalló en otra carcajada. —Un vestido.

—No me sé vuestros nombres.

Entonces la elfa se puso muy seria. —Pero sí te sabías el de Ydni, ¿eh? —dijo con rabia. Casi se muere de miedo sobre sus manos, frente al rostro de aquella elfa rubia.

—Dime, ¿cuál es mi nombre?

Él se quedó mudo. No tenía respuesta.

—Ni te sabes mi nombre, ni tienes información valiosa. Convénceme o te devuelvo a tu condición de juguete. —Hizo el ademán de lanzarlo de nuevo—. Fue una de nosotras, con vestido. Dame más. El cabello, ¿cómo lo tenía?

Lirdigh dudó un momento. Pensó en todas ellas, y le costó recordar sus cabellos para diferenciarlas. Cada una llevaba un estilo más raro. A Lirdigh solo le gustaba el de la pobre Ydni, que ya no existía. Al pensarlo, derrotado y abatido como estaba, casi se echa a llorar, y ella se dio cuenta.

—¿Vas a llorar, duende? No sé si eso le gustará a Sphynx. —Y señaló a la gata, que lo observaba atenta.

—Fue una de vosotras, no recuerdo cómo llevaba el cabello... —Finalmente rompió a llorar, maldiciéndose a sí mismo por ser tan estúpido de no recordar algo así. Entonces ella hizo un último ademán de lanzarlo, y cuando estaba a punto, él alcanzó a gritar una vez más—. ¡Sé quién puede decírtelo!

Ella se detuvo en seco. —Es tu última oportunidad, duende.

—Sé quién puede decírtelo —repitió.

—Estás empezando a cansarme.

—Arangua. Su nombre es Arangua.

—¿La esclava de Essirah?

Lirdigh afirmó con la cabeza, que le sobresalía de las palmas de las manos, que lo encerraban. —La mujer humana.

—¿Y cómo lo sabe ella? ¿Fue ella?

—¡No! Yo se lo dije.

La elfa lo miró torciendo el rostro. —¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo lo vi, la vi huir de la habitación.

—No me mientes.

—No... —A penas tenía fuerzas para hablar ya.

—Gracias, entonces. —Y sin dudarle un momento, lo arrojó al suelo, pero antes de que llegara a tocarlo, la gata lo interceptó, clavándole los colmillos. Esta vez era diferente, en su gruñido había un ansia que antes se contenía. Lo zarandeó un buen rato, clavándole los colmillos con fuerza, y él agotado, dejó de respirar. No porque se hubiera rendido, sino porque la mordida de la gata era demasiado para él. Así al menos dejó de sentir dolor.

Liepa permanecía sentada en su cama, completamente concentrada, sumida en un letargo controlado. Por la ventana, sobre el edificio de enfrente, asomaba el Observatorio de Irios, pero sus pensamientos y sus emociones fluían más allá de ella misma y del mundo que la rodeaba. Estaban en el Plano Etérico, que no estaba hecho de visiones, de sonidos u olores, sino de sensaciones puras. Allí no existía el tiempo, no habían pasado cosas y ninguna iba a pasar. Y allí estaban ellos. Eran seres que no habitaban ese ni otro mundo, sino otra forma de existencia. Había hablado con varios, con diferentes nombres, algunos incluso habían acabado encontrando la forma de llegar a su mundo, pero ninguno era como ella. Ella era la más temible de todas, y esta vez iba a volver a hablarle, después de tantísimo tiempo. Estuvo un largo rato concentrada, meditando, fuera de sí misma, buscándola. Sabía que ella iba a sentir que le había abierto una puerta. Gracias a demasiado esfuerzo y tiempo de estudio y meditación, había logrado encontrar la forma de

contenerla, tras tanto horror que le había causado. Ahora sabía bloquearla, y permitirle recibirla solo cuando deseara.

—Liepa... —Por fin sonó su voz, tras la larga espera—. Tú también lo has sentido. El momento se acerca.

—Eso no va a ocurrir. Te lo aseguro.

Liepa incluso sintió la carcajada. —Sí va a ocurrir. Y no vas a poder evitarlo. Siempre te lo dije, tú misma vas a traerme a tu mundo—. La carcajada continuó un rato, hasta que cesó en un susurro infinito, que prevaleció incluso mientras hablaba—. Mi llegada ya está en marcha, y no puedes hacer nada por evitarlo. Asúmelo.

—Jamás.

—Liepa, hay otras como tú en ese concilio.

Sintió el corazón darle un vuelco. Era la primera vez que ella se refería al mundo real. —¿Cómo puedes saber eso?

—Porque, de hecho, estoy hablando con una de ellas en este momento.

Y la carcajada volvió a resonar en su mente cuando la otra aún no había terminado, como una maraña de risotadas burlonas y explícitas. Liepa, entonces, consumidas todas sus emociones y pensamientos en la furia y el horror que ella le producían, cerró la puerta con cólera, regresando de súbito a su habitación. Sin poder contenerse, rompió en lágrimas, completamente desconsolada.

LA ASESINA DE YDNI

Ella la sintió llegar en la forma de una sola emoción. Algo que había sentido toda su vida, y que culminaba por fin. Jamás se habría imaginado que fuera a ocurrir de esa manera, pero el momento se acercaba, y ambas lo sabían. Escuchó su voz femenina una vez más, entre fluidos de pensamientos y emociones, donde nada existía.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Aquí estoy, aguardando.

—Dicen que ya vienes.

—¿Quién lo dice? —Quiso saber la voz.

—Icalma. Dice que puede conseguirlo.

La sensación de una risa complacida le golpeó la mente. —Sí, mi momento está próximo.

—Me has acompañado toda mi vida. ¿Qué será de mí si vienes? ¿Qué harás conmigo?

La risa, que no había cesado, incrementó, resonando por toda su cabeza. —Tú serás mi mayor sierva, mi súbdita y sumisa.

Ella no supo qué responder ante aquello. La iba a adorar siempre, pero no pensaba servirla. Esperaba que la relación fuera la contraria.

—Yo ya he hecho real lo que deseabas —añadió la voz.

Kissara se quedó perpleja, pero antes de que fuera a responder preguntando, ella habló.

—Ahora tú sabrás ayudarme a cumplir mi destino.

—¿Cuál es ese destino?

La interminable risa cesó al fin. —Destruir el mundo.

Entonces la femenina voz desapareció, en una sonora carcajada que se disipó de súbito. Ella la sintió marcharse, perderse en el fluido etérico. Al regresar en sí, se dio cuenta de dónde estaba. A su alrededor, una veintena de elfos se arrodillaba e imploraba hacia la inmensa roca, emitiendo un murmullo continuo. Ésta se elevaba sobre su cabeza, pulida con esmero, en forma alargada, con los extremos acabando en media circunferencia, teñida completamente de un negro reluciente, a diferencia del resto de edificios de la ciudad. La estructura cruzaba una amplia sección de la plaza, y a ambos lados se elevaban dos altares a la diosa. Aquel era el Templo Minio, donde se adoraba a la Diosa Codicia. A un lado, unas escaleras ascendían hasta lo alto de la alargada estructura, por donde solo podía subir el Ars'Ehol, el Codiciado. Para arrebatarse el título, el candidato debía batirse a duelo con él sobre la pulida roca. Aquél que permaneciera en ella, tendría el derecho a subir al templo. A su alrededor, los elfos se arrodillaban e imploraban a la diosa, en nombre de todos los que no se atrevían a hacerlo. Era una humillación ser un elfo, pero ellos

seguían allí implorando, dedicados a la diosa. Su prima, Nadissa, había dedicado gran parte de su vida a la imploración, en el Templo de Arëdenor, en Stavros. Ahora ella, ante aquella roca, entre los elhos, se acordó de ella, arrodillada también. Aquel era el mejor lugar para meditar, para fluir hacia el Plano Etérico, entre tantos que codiciaban dominar el templo. La codicia la había movido siempre, y la envidia la había atormentado. Ser la sierva de Ydni había sido desagradable, y no pensaba ser lacaya también de aquella demonio. Toda su vida había estado presente, entre susurros. Aún no sabía si habérselo contado a Ydni era buena idea. Estaba a punto de saberlo, y eso la aterraba. Ydni se había aprovechado de ella desde entonces, y la había llevado hasta allí. O el azar o el capricho de la Diosa Destino la habían llevado a ocupar su puesto en la redacción del tratado, aunque sentía que lo había hecho fatal. Kissara se puso en pie, aún mareada. Enfrente, más allá del Templo Minio y de las casas, se alzaba la Torre de Dävoros, y a su espalda, la muralla confluía a ambos lados de la Fortaleza Profunda. El bastión se alzaba allí imponente, sobrevolado por un buen puñado de cuervos.

Issafiren acariciaba a su gata mientras cruzaba la plaza acompañada del Consejero Dranos. La habían ido a buscar a media tarde, sin avisarla. Estaba indignada, pero se había asegurado de hacer esperar a ese desagradable elfo. Llegaron al Custodio, pero antes de entrar, Sphynx saltó escapando hacia unos jardines, donde volaban unas libélulas. La arañó al dar el brinco, de improviso, pero ella reprimió regañarla. Entró al edificio y fue conducida a un salón, donde a una larga mesa se sentaban los miembros de Consejo Sacro.

—Saludos, señora Issafiren, puede tomar asiento.

—¿Qué es esto, consejeros? —dijo antes de sentarse.

—Señora Issafiren, como estamos haciendo con todas las señoras que se reúnen en concilio para redactar el tratado, os hemos pedido que vengáis para hablar sobre el terrible asesinato de la Señora Ydni.

Issafiren entonces se acordó de ella. Casi sonríe, lo hizo solo por dentro. —¿Y qué puedo saber yo de eso?

—Tomad asiento, señora.

Ella lo hizo, aún a regañadientes. —Consejeros, qué desean saber.

—Sabemos que fue una de las señoras que forman el concilio —dijo Dranos.

—Muy bien, sabemos lo mismo —le interrumpió ella.

Él prosiguió, ignorándola, lo que la irritó más. —No era extraño escuchar reproches hacia Ydni en los pasillos, pues su lengua era despiadada, pero se sabía bella como ninguna otra. No eran pocas las que sentían envidia de ella.

Eso le dolió por dentro. —¿Qué estáis insinuando, Consejero?

—Señora, debemos preguntaros al menos dónde estabais cuando ocurrió.

Ella se rio. No entendía cómo eran capaces de insultarla de esa manera. Se tragó el honor herido de todo Dei'Gol, y trató de comportarse. —Estaba en mis aposentos cuando escuché los gritos de Kissara.

El consejero torció el rostro. —¿Y qué hizo entonces?

—Fui a ver qué pasaba, y me las encontré a todas. Fue una de ellas. De hecho... —Dudó un momento si hacerlo ya, estaba comenzando a irritarse—. Sé quién puede saberlo.

El consejero no cambió el rostro. Entonces habló el Consejero Epririo. —¿Quién lo sabe, y cómo?

Ella saboreó ese momento, midiendo las consecuencias de lo que iba a decir.

—Arangua, la esclava de la Señora Essirah. Ella lo sabe.

Ellos se sorprendieron. Algunos susurraron a través de la mesa.

—¿Cómo lo sabe ella? ¿Y cómo lo sabéis vos? —Quiso saber Dranos.

—Mi gata, esta mañana, ha cazado un duende. No tengo idea de dónde salió, ni si es normal que haya duendes en la Ciudad Sagrada. Pero él dijo haber presenciado el asesinato, y habérselo contado a Arangua.

—¿Y dónde está ese duende ahora?

—Tendremos que preguntárselo a mi gata. —Ella sonrió con irónica dulzura—. Eso ya da igual, —añadió otra vez seria—, tenemos que ir a por Arangua.

—¿Tenemos? —dijo Epririo.

—Estoy de acuerdo —respondió Dranos.

—Consejeros, debemos discutir esto —añadió el primero.

—Compañeros —dijo Dranos—, el Consejo Sacro puede arrestar a Arangua, pero solo avalada por la palabra de la señora Issafiren. Debe acompañarnos.

Epririo resopló negando, impotente al ver a los demás darle la razón a Dranos.

—Veamos qué dice la esclava.

Se levantaron los cinco y salieron del salón. Abandonaron el custodio, mientras ellos lanzaban interrogantes al aire.

—¿Estáis seguros de que podemos interrogar a la esclava de la señora Essirah? —preguntó Epririo ya en la plaza.

—Tiene razón —Le apoyó Nethes.

—Si la señora Issafiren tiene razón, podremos saber quién fue —Dranos iba en cabeza, delante incluso de ella, derecho hacia la residencia.

—¿Nos conviene hacer esto, consejeros? Pensémoslo, con esto podemos detener la redacción. —El consejero Tefro hablaba junto a ella, comenzando a dudar también. A ella no le importaba, había logrado desviar la atención y sacárselos de encima. Se preguntaba si la historia del duende sería cierta, cuando llegaron a la residencia. Se les habían unido algunos de la Guardia Sacra, y el Consejero Dranos caminaba decidido, a pesar de los otros tres. En el salón estaban Liepa, Teófisa y Essirah, que se sentaban en los sofás, mientras que su esclava estaba de pie en una esquina, atenta.

—Señoras, lamentamos interrumpiros.

Ellas estaban giradas, observándolos llegar. Miraban alternativamente a Danos y a Issafiren.

—Señora Essirah, nos gustaría hacerle unas preguntas a vuestra esclava.

—¿Cuál es la razón para querer hacer eso, Consejero? —Quiso saber Essirah.

—Tenemos razones para pensar que conoce la identidad de la asesina de la Señora Ydni.

—¿Cómo? —preguntó Liepa.

—Sí, señora —respondió solo Dranos.

Issafiren casi se ríe al ver la cara de sorpresa de la esclava.

—Os acompañaré en el interrogatorio —sentenció Essirah.

—Que así sea, señora.

Essirah se despidió de Liepa y de Teófisa, y partió de regreso al custodio con todos. En realidad, Issafiren se estaba divirtiendo. No sabía en qué iba a acabar aquello, pero era todo obra suya, y eso la enorgullecía. A lo mejor acababa en unas risas. Si el duende la dejaba mal delante de todas, al menos se había llevado lo suyo.

Una vez en el salón, ahora sentada con Essirah entre los consejeros, y con la esclava en la cabeza de la mesa como acusada, se sentía mucho mejor. Empezaba incluso a aburrirle aquello, y ya estaba pensando en el peinado que iba a hacerse después.

—Señora Essirah —dijo Dranos—. Creemos saber que vuestra esclava conoce el nombre de la persona que mató a la Señora Ydni, como ya hemos dicho.

—¿Cómo puede ella saber tal cosa?

—Tal vez ella misma pueda decírnoslo. —Entonces todos la miraron.

—Arangua —le ordenó Essirah.

—Un duende me lo dijo —respondió la esclava solo.

Issafiren sonrió complacida.

—¿Un duende? —preguntó Essirah. Pero la esclava solo asintió—. ¿Qué duende?

—No recuerdo su nombre. Me dijo que lo trajo la Señora Greis.

—¿La Señora Greis? —preguntó Dranos.

—Sí, Consejero.

—Arangua, muestra respeto.

—Sí, señora.

Issafiren dejó escapar otra sonrisa.

—El duende dijo que la vio —continuó Arangua.

—¿A quién?

—A la asesina de Ydni.

—¿Quién fue? —Dranos no cabía en sí, tampoco Issafiren.

—Fue la Señora Liepa —respondió al fin.

—¿Liepa? —preguntó Essirah

Issafiren respiró. A ella le daba igual todo aquello, solo quería librarse de que la apuntaran con el dedo.

—Sí, señora.

—Eso no es posible —dijo la consejera Nethes.

—La Señora Liepa... —dijo solo Epririo.

—Yo lo dije... —gruñó Dranos.

—Un momento, consejeros —preguntó rompiendo la emoción Essirah—. ¿Vamos a confiar en un duende que ni siquiera hemos visto?

—Yo sí lo he visto —interrumpió Issafiren, orgullosa de poder llamar su atención.

—¿Y qué prueba tenemos de que el duende dice la verdad? Si está muerto... —añadió Dranos.

—¿Está qué? —Arangua no pudo quedarse callada.

—¡Arangua! —le gritó Essirah.

—Lo siento, señora —Y rompió en lágrimas.

—Mi gata —Issafiren se encogió de hombros sonriendo—. Es demasiado traviesa.

—Señora Issafiren, por favor —le increpó Essirah.

Ella se irritó muchísimo. ¿De verdad le estaba dando una reprimenda delante de los consejeros, por ofender a una esclava?

—Señoras, si lo que dice la esclava es cierto, debemos buscar evidencias que lo demuestren.

—El duende —dijo ella indignada—. Me dijo que había visto a la asesina, y que se lo había contado a la esclava. Ahí tienen su prueba.

—Consejeros, es un duende —Nethes trataba de darle cordura al asunto.

—¿Lo trajo Greis? —preguntó Dranos a Arangua.

Ella asintió.

—Iré a buscarla.

Dranos salió de la sala de un brinco y desapareció. Epririo y Tefro lo siguieron. Quedaron las tres elfas y la esclava en el salón.

—Supongo que hemos terminado con mi esclava.

—Por ahora, respondió la consejera. Si la señora Greis confirma la versión del duende, habrá que llevar a Liepa a juicio, y tendrá que declarar.

—Entiendo —dijo Essirah—. Arangua.

La esclava se levantó y fue hasta un lado del salón.

—¿Qué haréis con ella? —preguntó Issafiren.

Solo pensaba en cuánto adoraba a su gata por haberle hecho lograr todo aquello.

—¿Con Liepa? —respondió Nethes.

—Si resulta culpable.

—Probablemente la arrojen al Averno, el pozo que encierra la Fortaleza Profunda.

Issafiren fue a reírse, pero al saber eso no pudo hacerlo. No se imaginaba una infinita caída que no terminaba nunca.

—¿No la reclamarán en Lithia? —preguntó Essirah.

—Probablemente haya un litigio, pero la ley de Scara es clara. Tenemos acuerdos con Lithia, pero ninguno que pudiera salvarla. Se cumplirán nuestras leyes —respondió Nethes.

—¿Podremos continuar la redacción sin ella? —A Issafiren le dio todo un vuelco. Acababa de darse cuenta. Casi se le para el corazón al pensarlo. Hasta ahora solo se estaba divirtiendo.

—Sí —Essirah la miraba al fin—. Ella ya había hablado, la redacción debe continuar.

Issafiren asintió, esa noche era su turno en la redacción, y no pensaba quedarse sin él.

—Propondré nombrar a Cereda como moderadora del concilio. Estoy seguro de que todas, hasta Odea, lo apoyarán.

—Es la salida más neutral. —Ella se encogió de hombros—. Eso haremos.

La puerta se abrió y entraron los tres consejeros con la joven elfa. Greis tenía cara de pánico, y al verlas allí cambió la cara añadiendo sorpresa a su expresión. Tras ellos entró el perro que siempre la seguía. Llevaba la espada desenfundada, pero se tranquilizó una vez allí. Todos tomaron asiento, salvo él. Invitaron a Greis a sentarse a la cabeza. Otra más en esa situación. Issafiren desplegó otra sonrisa de gloria.

—Señora Greis, gracias por venir tan apresuradamente. Os pedimos disculpas por ello.

—Dranos trataba de tranquilizarse—. Debemos haceros algunas preguntas, en relación con el asesinato de la Señora Ydni.

Greis asintió, ahí sentada, observada por todos. Se la veía realmente incómoda.

—¿Sabéis algo de un duende?

La joven miró al consejero incrédula. —¿Un duende? —preguntó.

—Sí, señora, hemos encontrado un duende que dice conoceros.

A Greis le cambió el rostro en un enfado repentino. Observaba a los seis, y se detuvo en la sonrisa de Issafiren. —¿Qué ha hecho?

—¿Es vuestro, señora?

—Lirdigh, se llama Lirdigh. —A su rostro regresó la congoja por la situación—. ¿Dónde está?

—Lirdigh... —Dranos debió sentirse ridículo al nombrarlo—. Dijo haber presenciado el asesinato de la señora Ydni.

—No... —Greis no pudo decir nada más.

—Sí, señora.

—No tenía que haberlos traído —acabó diciendo.

—¿Haberlos?

—Sí, son dos. Pero el otro está conmigo. Lirdigh se había escapado. Pudo presenciar el asesinato... —Se llevó la mano al cabello, hasta estirarse de una de las coletas por el pecho.

—¿No os dijo nada?

—No lo he visto desde que llegué —respondió encogiéndose de hombros.

Dranos dio un golpe en la mesa. —Seguimos con la palabra de un duende muerto como prueba.

—¿Muerto? —Greis abrió los ojos—. ¿Cómo que muerto? No, díganme que no... —Antes de que respondieran, ya estaba llorando.

—Lo encontró mi gata, lo lamento, Greis —Issafiren en realidad no lamentaba aquello en absoluto, así que dejó escapar un atisbo de sonrisa cuando ya solo ella la miraba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Epririo.

—¿Quién dijo Lirdigh que fue? —añadió Greis sorbiéndose con la manga.

—¿Qué más da eso ya? —Dranos estaba derrotado.

—Claro que da —respondió Greis—. Lirdigh no podía mentir.

Dranos levantó la cabeza. —¿Qué?

—Que si Lirdigh dijo que presencié el asesinato, es que lo hizo. Yo los hice incapaces de mentir.

Dranos se giró sonriendo, y los demás consejeros asintieron. —¿Es eso cierto?

Greis solo asintió, sentenciando a Liepa sin saberlo. Volvía a llorar, y sus lágrimas caían desde sus verdes ojos, resbalando por sus mejillas coloradas, hasta perderse en la comisura de los labios.

—Necesito saber qué está pasando. —Liepa estaba incómoda, sentada en el sofá. Había estado nerviosa desde que vinieran a por la esclava de Essirah. Pero cuando aparecieron buscando a Greis no entendió nada. ¿Sospecharían de ella?

—Pronto lo sabremos. —Teófisa trataba de tranquilizarla, completamente ajena a lo que estaba pasando. Con ellas estaba también Gleath, su dama.

Liepa se levantó incluso. —Deberíamos ir a ver qué está pasando.

—Calma... —Fue a decir Teófisa, pero en ese momento entraron al salón algunos soldados de la Guardia Sacra, acompañados por el Consejero Dranos. Tras ellos entraron todos los demás: Essirah, Issafiren, Greis y el resto de consejeros. El último fue Eyco, el guardia personal de Greis.

Los guardias fueron directos hacia ella. No entendía nada. No podía ser.

—Liepa, quedas arrestada, a la espera de juicio, por el asesinato de Ydni, Señora de Stavros.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó inútilmente.

Los guardias la arrinconaron contra la pared, junto a la chimenea. Uno levantó la mano para mantener la calma.

—Liepa, debes venir con nosotros.

—¿Dónde me lleváis?

—A la Fortaleza Profunda.

—¡No! —Miró a la ventana que tenía más cerca, que daba al oriente, por lo que apenas entraba la luz del atardecer. Trató de captar las hebras de magia que fluían a través del vidrio, sintió su presencia y se concentró para canalizarla.

—No vayas a hacer nada estúpido —le advirtió Dranos. Estaba disfrutando con esto.

Pero cuando ya creía que iba a lograrlo, imaginándose el hechizo que iba a lanzar, sintió en su bolsillo algo arder. No pudo evitar desconcentrarse, llevándose la mano hacia allí. Los guardias, alertados, se abalanzaron sobre ella, y no pudo resistirse. Fue a parar contra la pared. Le dieron la vuelta con brusquedad y su pecho chocó con el muro, que le aplastó el lado derecho de la cara. Le agarraron las manos y se las ataron a la espalda, cuando se dio cuenta que el calor disminuía. Era el maldito amuleto de Teófisa, impidiéndole hacer su magia. Frustrada se resistió, pero los soldados la aferraban con fuerza, conteniéndola.

—¡Soltadme!

—Traedla —ordenó Dranos.

Los guardias la estiraron hacia atrás, girándola hacia todos. Ella comenzó a patalear, intentando golpearlos. Estaba inmovilizada, pero logró darle al que la sujetaba. —¡Soltadme!

—Esperad, ¡esto no tiene ningún sentido! —Teófisa gritaba de pie, separada del resto.

—Sí lo tiene —respondió Essirah, seria.

Liepa entonces se puso a gritar como una loca, cuando se la llevaban. Estaba histérica, no podía creer que le estuviera pasando aquello. —¿No os dais cuenta? ¡Quieren traer a Ivirida a este mundo! ¡Suéltame!

El soldado la tomó en brazos, colgándosela a la grupa. Ella pataleaba y se resistía, pero estaba indefensa. Salieron de la residencia, y se encaminaron a la plaza, hacia la Fortaleza Profunda, y solo pudo sentir impotencia, estaba histérica, no podía parar de gritar.

Teófisa fue tras ellos. No entendía lo que estaba pasando. Aquello era imposible. Liepa era una gris, jamás quitaría una vida. Salieron de la residencia, cuando Liepa no dejaba de forcejear y gritar que la soltarán. Lo que más le sorprendía a Teófisa era que ella no dejaba de berrear gritando el nombre del demonio. ¿Estaba loca? Ella iba detrás de todos, acompañada de Gleath. Dejaron el Templo de Un'Munar a la izquierda, y tras rodear la grieta junto a la Torre de Dávoros, abandonaron la plaza por una calle con parcelas a ambos lados. Cruzaron dos lujosas mansiones, para llegar a la plaza donde se alzaba el Templo Minio. Los elhos imploraban alrededor de aquella roca negra reluciente, bien esculpida. A Teófisa no le gustaba nada ese lugar. Al otro lado, la muralla encerraba la ciudad, donde se elevaba la Fortaleza Profunda. Era un inmenso bastión, que se alzaba bien alto, en tonos negros. Numerosas ventanas con barrotes poblaban su fachada, que terminaba en unas robustas almenas, de las que se asomaban guardas a observar el jaleo. Liepa no había parado de berrear todo el tiempo. Un enorme arco rectangular daba paso al interior de la fortaleza, a través de un tenebroso baluarte. Allí se apostaban dos guardias, que les dieron paso. La entrada daba a un salón, con varias puertas a cada lado y en el centro un escritorio donde se sentaba otro guardia. Éste se levantó al verlos entrar a todos.

—Enciérrenla —ordenó Dranos.

El guardia se incomodó. —En la diecisiete. —Y fue hasta un cajón del escritorio, y extrajo una llave, que le lanzó a uno de los que cargaban a Liepa.

Ellos se la llevaron a la fuerza, perdiéndose por una puerta, a su izquierda.

—Esa era...

Dranos afirmó. —Liepa, Trigésimo Sexta de Aluvian y Merena. Anótalo.

—Sí, Consejero —dijo, y se sentó a escribir, hasta que levantó la cabeza—. ¿Quién se hace responsable de su captura?

Dranos ni siquiera miró a su espalda. —Ponme a mí.

—Sí, Consejero.

—¿Dónde se la han llevado? —necesitó preguntar Teófisa.

—Permanecerá en una celda, hasta ser juzgada, según las leyes de la Ciudad Sagrada.

—Pero, ¿alguien me quiere explicar que ha pasado?

Dranos no se dignó a responderla, se dio media vuelta y se marchó. Las demás señoras se fueron con él, y Teófisa quedó allí sola, acompañada por Gleath.

—Exijo verla —le dijo al guardia cuando aún salían.

Éste, que seguía escribiendo, levantó la cabeza. —Dadme un momento, señora, y os acompañaré.

Teófisa estaba demasiado nerviosa para complacerse con eso, pero lo cierto es que no se esperaba que fuera a ser tan fácil.

—Gracias —respondió aún enfadada.

El guardia terminó de anotar y se levantó, para dirigirse a la puerta por donde se habían llevado a Liepa. Siguieron un pasillo iluminado por antorchas, y subieron unas escaleras. Unas puertas más allá estaban los dos guardias que se la habían llevado, custodiando una puerta del lado derecho del pasillo. En esta había solo un ventanuco con barrotes, sobre el que indicaba el número diecisiete.

—Quiere verla —les dijo el que la acompañaba.

Los dos la miraron. —Tiene que ser breve, señora.

—Lo prometo.

—No haga ninguna tontería.

Teófisa negó con la cabeza. Entonces el guardia extrajo la llave y abrió la puerta. Al otro lado, en una lúgubre celda, a oscuras salvo por un ventanuco con barrotes, se encontraba Liepa sobre un lecho indigno. Ella se lanzó a sus brazos, cuando Liepa aún no entendía. Estaba llorando, desconsolada.

—Liepa, ¿por qué te han encerrado?

Ella no dejaba de llorar, estaba muy nerviosa. —Saben que lo hice.

—No puede ser. Tú no...

Liepa asintió. —Quieren traer a una criatura a este mundo. Una bestia que desea devorarlo todo.

—Ya lo sé —respondió solo Teófisa.

Liepa dejó de llorar, incluso. —¿Cómo?

—Que ya lo sé. Yo también puedo comunicarme con el Plano Etérico, ya lo sabes. Ella me ha hablado a mí también.

—No puedo creérmelo —Liepa enfureció—. ¿Eras tú?

—¿Quién?

—¿Tú quieres traerla al mundo?

—¡No! —Teófisa casi gritó—. Claro que no. Solo me ha hablado. Su voz me aterra. Jamás la traería a este mundo. Yo una vez fui una gris, como tú. Jamás haría algo así. Pero tú... —Teófisa no podía ni decirlo—. Tú has quebrantado uno de los principios del Código Moral Gris. ¿Por qué lo has hecho?

Liepa estaba abatida. Su rostro estaba demacrado. Tenía el cortito cabello todo alborotado, y los ojos muy rojos. —Estaba bajo los efectos del pelo de drin.

—¡Eso no es una excusa! —gritó Teófisa.

Liepa miró al suelo, aceptando aquello. —Lo hice para evitar que la invocaran. Yo sé de su existencia desde que conecté por primera vez con el Plano Etérico, cuando aún era joven. Ya entonces me habló de este día.

—Liepa... —Teófisa no tenía palabras para consolarla, debía estar completamente atormentada—. Pero quitar una vida... Nada justifica eso.

—Ya lo sé. Pensé que así evitaría que la trajeran al mundo. Pero hay alguien más que lo pretende.

—¿Quién?

—No sé quién es. —Liepa dio un respingo, poniéndose en pie—. Eso me está volviendo loca.

—¿Qué crees que te harán los Grises? —Teófisa se levantó también. Estaba realmente decepcionada con ella. ¿Cómo había podido hacerlo?

—No sé si voy a vivir para contarlo. Ni siquiera sé cómo lo han averiguado.

—Trataré de enterarme.

—Por favor —le suplicó—. Necesito saber qué ha pasado. Cómo han podido saberlo. Si tienen cómo demostrarlo ante el Consejo de la Fortaleza Profunda... Me espera eso —dijo mirando a través de los barrotes.

Ella se asomó también, al otro lado había un amplio espacio, que encerraba la fortaleza. Abajo, donde debería haber un patio interior, un profundo agujero de grandes proporciones y forma irregular caía hacia el infinito. La fortaleza se elevaba rodeando la eterna caída.

—No serán capaces.

—Es la ley de Scara. Sí lo serán.

—Lo siento, Liepa... Haré lo que pueda para sacarte de aquí.

Liepa no respondió. Se alejó del ventanuco y se sentó en el jergón.

—No creo que los Grises pensarán que fueras a llegar tan lejos.

—No creo —respondió Liepa—. Tenía que hacerlo, Teófisa. Creía que era la única manera. Escuché a Ydni hablando con Odea. Dijeron que iban a invocarla. Odea no puede hacerlo, así que tenía que ser ella.

—Cómo pudiste hacerlo...

—De verdad que lo siento, Teófisa.

En ese momento dieron unos golpes en la puerta. —Señora.

—Debo marcharme, Liepa. Te deseo toda la suerte. Volveré a verte.

Liepa no respondió nada, se limitó a abrazarla y a quedarse allí llorando. Después, Teófisa abandonó la celda, y el guardia cerró con llave.

LA ILUSIÓN DE ODEA

Los ojos de Greis estaban rojos de tanto llorar. Le conmovió saber que había condenado a Liepa, ella siempre la trató bien, no como las demás. Pero lo que realmente la entristecía era la muerte de Lirdigh. Caminaba cruzando la plaza, cuando ya caía la noche sobre Scara. Había tratado de maquillarse, ocultando su tristeza, pero sabía que no lo había logrado. Era su turno para hablar en el concilio, y era lo último que quería hacer. Llegó ante aquel arco, que daba entrada al templo. Ahora lo cruzaba una buena cantidad de gente. Ella aún tenía la esperanza de que lo cancelaran, al faltar Liepa, pero parecía que no iba a tener esa suerte. Se infiltró entre el reguero de gente, seguida de Eyco, y descendió las largas escaleras hasta el templo. Una vez en el interior de la cámara, se deslumbró con las antorchas. Ya todas ocupaban su sitio, así que ella fue hasta sentarse lo más cerca que pudo de sus islas, en la entrada de la Bahía de Longomar, junto a Icalma. Justo cuando se sentó, se pusieron todas en pie, y ella se sintió ridícula. El lugar de Liepa estaba vacío, ni siquiera habían dejado su silla.

El maestro escriba entregó el libro a Cereda, quien parecía que ocuparía su lugar.

—Señoras —dijo—, esta noche nos reunimos en concilio de nuevo, aunque falta una de nosotras. Se me ha solicitado que yo modere este concilio en el lugar de la Señora Liepa, y es justo que lo sometamos a votación primero. —La mayoría asintió. A Greis le llamó la atención la expresión de Teófisa, a su lado. Hasta ahora Liepa había estado entre ambas, y le extrañó tanta proximidad con ella. Estaba realmente enfadada—. Levanten la mano quienes estén de acuerdo con que sea la moderadora.

Odea la levantó primero, después lo hizo Essirah, seguida de Issafiren. Finalmente, Icalma y Kissara lo hicieron también. Ella, llegados a este punto, estaba cansada de todas ellas, solo quería que aquello se acabara. Levantó la mano, sin querer hacerlo.

—Así sea, entonces. —Cereda asintió agradecida—. No sabremos aún qué movió a Liepa a matar a Ydni, Señora de Stavros. En todo caso, el Consejo de la Fortaleza Profunda velará por que se celebre un juicio justo. —Algunas asintieron en el público—. Icalma, por favor.

Entonces, le entregó el libro, y la de las rastas lo abrió y colocó la pluma en su sitio.

—Esta noche nos reunimos una vez más, para continuar la redacción del tratado. Ahora hablará la Señora Greis, Tercera de Hebrethor, hija de Frivio, Consejero de Uroboro, la Torre del Anochecer Perpetuo, en nombre de las Islas İbrini, y tras ella lo hará Issafiren, Séptima de Plasvo, Señora de Far'Onel, por las Islas de Dei'Gol.

Tras el ruido de sus sillas, todo quedó en silencio. Todos la observaban. Fue a hablar, pero le carraspeó la voz. Después se centró. —Uroboro, la Torre del Anochecer Perpetuo, es la capital de

las Islas Ībrini, las Malditas, desde que fuera fundada con tal fin en el año veintinueve mil quinientos cincuenta y cuatro, cuando Efgo, Primero de Yandalath, invocó la Maldición de Erneis. Con ella y el Edicto de la Noche condenaba —Le dio miedo decir esa palabra— a todos los elfos de Yandalath a vivir en la noche. Uroboro fue construida en las islas, justo bajo el anochecer infinito, el único territorio bajo soberanía de Efgo al que se asomaba el sol, bajo el juramento de evitar que nadie cruzara a las Tierras de Diurna. Se le encomendó su gobierno a mi abuelo Hebrethor, Primero de su Nombre, quien la convirtió en un poderoso bastión, que sirvió fiel a Efgo hasta que sus hijos lo traicionaron.

Calló un momento. Le asombraba tener a toda la sala pendiente de ella, pero antes de ponerse más nerviosa, continuó hablando. —En las Islas Ībrini, que estaban prohibidas a los que habitaban en la Tierra de Elhada, nació la Orden de Ībrini, que siempre veló por proteger la Maldición de Erneis. Algunos de los fundadores de la orden aún gobiernan las islas, aunque cayeran en desgracia tras las Escisión de Yandalath. Cuando la Casa de Queralla fue reconocida, el primer principio de la Orden de Ībrini careció de sentido. Las islas se convirtieron en un lugar prohibido para Orah, pero bajo su soberanía. Hebrethor, Señor de Uroboro, ordenó las cosas, creando el Consejo de Uroboro, superado en número por aquellos que crearon la orden, y que aún hoy la reclaman. Mi padre, Frivio, Segundo de Hebrethor, es su más ferviente seguidor. —Prefirió no seguir mirándolas, y se centró en las mesitas que se elevaban formando sus islas—. Por esa razón luchó durante las Guerras de Yandaltah, ganando frentes para la Casa de Orah que otros no pudieron, junto a Hebrethor. Aquellos tiempos fueron terribles. Mi abuelo murió combatiendo las huestes de la Casa de Esnas a orillas del Lago de Oloriath. Tras aquello la Casa de Queralla conquistó las Īslas Ibrini, aprovechando nuestra debilidad durante la guerra. Pero la Reina Veala fue piadosa con sus habitantes, ofreciéndoles su propia autonomía, bajo su soberanía. —No pensaba enfrentarse a Essirah—. Aquello fue aceptado, aunque enfadó a muchos. Los fundadores de la Orden de Ībrini se sintieron muy ofendidos, y durante todo ese tiempo estuvieron conspirando contra Queralla. Fueron tiempos difíciles, pero al fin Uroboro fue liberada, durante la Guerra por las Islas Interiores, en que Orah y Esnas se aliaron contra Queralla, para arrebatárselas. En Uroboro se quemaron los estandartes de Queralla, y se alzaron los de Orah, y lucharon por su libertad hasta lograrla. Eso ocurrió en... —No podía ser que no se acordara—. En el año setenta mil trescientos veintiuno. —No encontraba la manera de decirlo, así que sólo lo dijo—. Durante la liberación, Frivio, Consejero de Urboro, se batió valeroso contra las fuerzas de Queralla. Él siempre se mantuvo fiel a la Maldición.

—¿Cuántos años tienes? —Odea preguntó aquello rompiendo su relato, y no supo qué responder.

Se quedó mirándola, después fue a buscar a Liepa, pero no estaba, por su culpa, y acabó mirando a Cereda, que no decía nada.

—Trece mil quinientos veintidós. —Se sintió ridícula ante aquellas ancianas.

—Entonces todo lo que has narrado, te lo han contado. —Odea no sonreía.

—Está bien, Odea —intercedió al fin Cereda—. Ella ha sido designada por Uroboro para representarlos. Todas estamos contando en nuestros relatos lo que escuchamos de otros. —Había levantado la mano, incluso—. Greis, ¿tienes algo más que contarnos?

Ella ya había cumplido con su tarea, y sólo deseaba que se acabara aquello, pero quería decir algo más. Se armó de valor para sacar el tema.

—Durante la Escisión, todos prohibieron el uso de la Antiesencia, las tres Casas, pues Efgo había abusado de ella. Pero en las Islas Ībrini continuaron estudiándola. Así, en Urboro se alzó la Pirámide de Efreos, donde por mucho tiempo aprendieron su manejo, aún con el costo que supuso.

Cuando Uroboro cayó en manos de Queralla, y después con Orah, la prohibición dejó la pirámide abandonada. —Sonrió por sus adentros, pues bien sabía que no era así—. A día de hoy, las Islas Ībrini tienen su propia autonomía, siempre fieles a la Casa de Orah. El Consejo de Uroboro, que honró su promesa aun cuando dejó de tener sentido, vela por su bienestar y su seguridad.

Cereda la miró un rato más, hasta que asintió, despacio.

—Gracias, entonces, Greis, de Uroboro, por tu relato. A continuación, Issafiren, la Diurna, Séptima de Plasvo, Señora de Far’Onel, nos hablará en nombre de las Islas de Dei’Gol.

Issafiren tembló en su asiento, al otro lado de la sala. Apoyaba los codos sobre dos mesitas de roca, que figuraban Nidria y Lombardia, dos de las islas que representaba. Por fin había llegado su momento. A penas había podido escuchar a esa niña, estaba concentrada en su relato, repitiéndoselo una y otra vez. Ahora solo podía pensar en una cosa: que nadie la interrumpiera.

—Gracias —dijo—. La historia de los diurnos se remonta al comienzo de lo que ya ha sido narrado aquí. Nuestro pueblo, ahora los pobladores del Archipiélago de Dei’Gol, fuimos aquellos dejados a nuestra suerte en la Tierra de Diurna, mucho antes de que fuera conquistada por Queralla. Cuando Efgo, Primero de Yandalath, lanzara la Maldición de Erneis y promulgara el Edicto de la Noche, prohibiendo viajar a la tierra bañada por el sol, aquellos nómadas que nos habíamos aventurado a explorarla, fuimos abandonados. Nos llamaron proscritos, y nos prohibieron regresar. Para los elfos de Yandalath, los diurnos no existimos por los siguientes diez mil años. —Hizo una pausa dramática—. Nuestro pueblo, que no era numeroso entonces, vivió en el norte de la Tierra de Diurna, libre, sintiéndose rechazado, pero creando su propia cultura, que terminaría en la grandeza de hoy. Por aquel entonces allí vivían las Tribus Yukiya, hombres salvajes de los que nos escondimos por largo tiempo, hasta que logramos hacerles frente. Ya en el año veinte mil setecientos veinticinco los diurnos descubrimos que el año solar estaba desfasado en diez días. —No le gustaba improvisar, pero no se había querido aguantar—. Cuando Efgo fue encerrado, lo primero que hicisteis fue traicionar el Edicto de la Noche, y la Tierra de Diurna fue invadida. Entonces los diurnos huimos a las islas, y allí convivimos desde entonces. El archipiélago está formado por incontables islas, todas ellas habitadas, pero de entre ellas, destacan las cuatro principales, las islas de Nerusa, Elinda, Nidria y Lombardia. Allí habitó mi pueblo, no siempre en paz. La Isla de Nerusa, la mayor de ellas, siempre estuvo dividida, pues las ciudades de Drithos y Far’Onel se alzaban en costas opuestas, a norte y a sur. La disputa por la isla pronto llevó a los diurnos a una guerra civil que nos dividió, y nos debilitó. Far’Onel se alió con la Casa de Queralla para derrotar a Drithos, quien, por codicia también, se había aliado con los del continente. Queralla conspiró contra los diurnos —el público se envalentonó con aquello—, traicionando a ambos durante la decisiva Batalla de Anc’Ora, cuando las fuerzas de Far’Onel y de Drithos se enfrentaron, creyendo que iban a terminar con aquella guerra civil. A la contienda habían acudido también diurnos de otras islas, allí estaban los lanceros de Abnos’An, apoyando a Far’Onel, además de los domadores de bestias de Tir’Men y el filo de las brujas de Anma’Da, que apoyaban a Drithos. Pero ninguno se esperaba que los ejércitos de Queralla los rodearan a todos. Los diurnos combatieron durante días en Anc’Ora, y cuando estaban diezmados en ambos bandos, la Reina Veala los envolvió con su caballería. Poderosos dragones sobrevolaron los cielos, tembló la tierra y fuimos sometidos.

—Es cierto lo que cuentas —Essirah, tenía que ser ella quien la interrumpiera—. Pero recordarás que fue perdonado por todas las ciudades-estado.

—No tuvieron demasiadas opciones —lo dijo sin arrepentirse, a sabiendas de que se iba a enemistar con esa vieja estúpida. Estaba cansada de tratar de impresionarla, pero ahora eso le daba

igual, solo quería retomar su relato, y no sabía cómo—. La guerra comenzó en el año treinta y nueve mil ochocientos diecinueve y terminó en el cuarenta y dos mil setecientos ochenta y uno...

—Señora Issafiren —la interrumpió Cereda—, por favor, debe traducir las fechas al calendario común de la mesa, y de todo nuestro pueblo.

Casi estalla ante aquello. ¿Cómo se atrevía? Se le quedó mirando conteniendo la ira. —Y terminó en el año cuarenta y dos mil ciento cincuenta y cinco, cuando las islas de Dei'Gol, y todos los diurnos, se anexionaron a la Casa de Queralla. Estuvimos sometidos, oficialmente, quince mil quinientos ochenta años de nuestro calendario. —Que nadie se atreviera a decirle nada—. Es cierto que todo fue perdonado en el año cincuenta y siete mil trescientos uno, —Se puso nerviosa al tener que calcular la fecha—, cuando creímos recuperar nuestra independencia. Las cinco ciudades-estado se refundaron y formaron los Estados Federados de Dei'Gol. Mantuvimos buenas relaciones con la Casa de Queralla, incluso combatimos con ellos en las Guerras por las Islas Interiores. Pero su influencia era demasiado poderosa, sus espías estaban infiltrados en las más altas mesas y hasta participaban en nuestras decisiones abiertamente. Sus sacerdotes acudían a nuestras islas a tratar de convertirnos, pues los diurnos fuimos ateos desde que nos abandonarais. —Se hizo un revuelo en la sala—. Pero durante todo aquel sometimiento pasivo, por las plazas y los callejones, en templos y mercados, en el interior de los hogares, el pueblo diurno siempre mantuvo su identidad. Las diferencias entre las ciudades de Nerusa desaparecieron ante la opresión de Queralla, y tras organizarse, se levantaron en armas. Tardaron mucho en hacerlo, pero cuando llegó, la lucha fue terrible. Comenzó con revueltas en las calles y plazas, hasta que reclamamos nuestras islas expulsando a las tropas de Queralla de ellas, quienes no dudaron en regresar a reclamarlas. Lo llamamos la Guerra de la Independencia de Dei'Gol. El Príncipe Lüano, —Evitó a toda costa la mirada de Essirah—, hijo de Ländaro y de la Reina Veala, y nieto de Efgo, Primero de Yandalath, acudió en persona a liderar las huestes de Queralla para recuperar las Islas de Dei'Gol. La contienda fue feroz, pero no lograron ganar terreno insular. Finalmente, la batalla en el mar fue encarnizada, los diurnos en inferioridad, conociendo mejor aquellas aguas y sus climas, lograron derrotar a la armada occidental de Queralla. Durante el combate, a bordo de la Hechicera, una de las mayores naves de Queralla, mi padre, Etores, Señor de Far'Onel, derrotó en combate a Lüano. Tras la muerte de su almirante, y la toma de la Hechicera, las fuerzas de Queralla se replegaron. Aquella victoria, en noventa y cuatro mil quinientos veinticinco, llevó a los diurnos a la libertad definitiva, que gozan hasta el día de hoy. Las cinco ciudades-estado, Far'Onel, Tir'Men, Anma'Da, Drithios y Abnos'An, forman los Estados Federados de Dei'Gol. —Cayó un momento solemne, merecido, ella representaba a las cinco ciudades en ese concilio, donde se reunían por primera vez todos los elfos de Yandalath—. Mi padre gobernó libremente en Far'Onel poco tiempo. Tras el Gran Cataclismo, la Casa de Orah invadió la Tierra de Diurna, y la Casa de Queralla desapareció. Él dio su vida apoyando a Queralla ante Orah, pero no sirvió de nada. Aún lamentamos su pérdida. En todo caso, Sarek, Rey de Orah, no se interesó en el Archipiélago de Dei'Gol. Hasta la fecha las relaciones comerciales con Orah son frecuentes, pero ya han comenzado los recelos por nuestra libertad de credo. —Sin querer miró a Odea. No sabía si le daba igual, o si le daba miedo. Tal vez Odea era la única a la que temía—. Los diurnos nos declaramos ateos, o libres de creer en lo que cada uno quisiera, y nunca seguimos ninguno de vuestros edictos. Cuando nos repudiaron, al inicio de todo, nos liberamos de vuestros yugos y costumbres. Muchos siguieron creyendo en los dioses elfos y el Plano Etérico siempre fue aceptado. Nunca comprendimos por qué no lo era en otros lugares.

—Señoras, —Odea la interrumpió justo cuando iba a terminar. Casi le tembló el cuerpo de nuevo—, no comprendo el afán por faltarme al respeto. Es indignante que haya vuelto, y

continúen hablando de él como si tal cosa. ¿Qué va a decir una diurna que se tiñe el pelo? ¿A caso repudias a tu estirpe?

—Mi estirpe... —No podía callarse—. Los elfos de Yandalath nos repudiaron, nos prohibieron regresar a la Tierra de Elhada. Podemos hacer lo que queramos. —Ahora sí que se quedó muda. Como toda la sala.

Odea enfureció, su rostro no se detuvo a evitarlo. —¿Ha terminado tu relato ya? —dijo solo.

Issafiren no supo qué responder. En realidad, había dicho todo lo que tenía que decir, así que asintió. Cereda entonces intercedió, salvándola.

—Muchas gracias, Issafiren, Señora de Far'Onel, por vuestras palabras, así como por las de Greis, de Uroboro. Con vuestros relatos hemos narrado la historia de vuestros pueblos. Icalma, gracias. —añadió asintiendo hacia ella.

Icalma agarró la pluma y cerró el libro, dejando los ribetes de bronce hacia arriba. Odea se puso en pie, como las demás, que se disponían a marcharse. El público ya se recogía, cuando Icalma le entregó el libro a Cereda.

—Supongo que debo entregaros esto a vos, ahora.

Cereda asintió. —Gracias, Icalma —. Y tomó el libro.

Odea, en lugar de marcharse con las demás, permaneció junto a Cereda, cuando los escribas se acercaban. Llevaba un rato sintiendo las hebras de magia flotar a su alrededor. La Esencia Onírica era poderosa en aquella cámara, dotándole del poder necesario para embelesar cualquier mente. Cereda colocó el libro en la mesa, a la espera del maestro escriba, y en cuanto lo soltó, Odea aprovechó la oportunidad. Lo que Cereda creyó agarrar ya no era el libro, pero ella estaba convencida, como todos los demás alrededor.

—Aquí tiene, maestro —dijo Cereda, pero en realidad no le entregó nada.

El escriba hizo el gesto de agarrar algo, y después de depositarlo sobre la mesa, donde trabajarían los demás. Allí lo esperaban rodeándolo, cuando Odea ya se acercaba a la puerta, con el verdadero libro bajo el brazo. Sentía la pluma atada en el cordel que lo cerraba. Ella salía tan tranquila, seguida de Cereda, y tras ellas los guardias que sellarían el Templo de Un'Munar para dejar trabajar a los escribas. Se preguntaba cuánto tardarían en darse cuenta.

Una vez fuera, ascendieron las escaleras, siguiendo a la muchedumbre, que se disgregaba arriba. Todos creían que quedaba una noche más para terminar la redacción, pero lo que se les avecinaba a esos pobres infelices era algo mucho peor. Caminó acompañando a Cereda, despreocupada, sabiendo que nadie podía ver el libro. Sus dos guardas las vigilaban de cerca. Marcharon sin mediar palabra hasta la residencia, donde se despidió de ella y de Icalma, que no andaba lejos. Estaban las otras, pero no les hizo ni caso, y subió a sus aposentos. Por dentro se reía de todas ellas, y cuando llegó dejó de disimularlo. Se rio tranquila, con el libro en sus manos. Se sentó en la cama y abrió sus páginas de par en par. Las pasó todas rápidamente, páginas y páginas escritas con aquello que habían estado narrando. La mayoría era trabajo de los escribas, que superaba con creces lo que ellas destacaban oralmente. Tenían otra letra, más bella y engalanada, centradas en la página. Buscó la suya y leyó atenta, hasta que se aburría. Aquel libro parecía tan normal como cualquier otro. Estaba un poco desilusionada, pero solo le quedaba confiar en Icalma, y depositar sus cartas en esa lunática no le gustaba nada.

Guardó el libro bajo la cama, y ahora que lo tenía como seguro, se recostó, pues así le resultaría más fácil hacer lo que pretendía. Estaba completamente a oscuras, lo que no le impedía ver, gracias a luz de la noche que entraba por la ventana, así que cerró los ojos para concentrarse. Las hebras de magia fluían escasas ahí, pero suficientes a esa hora. Esa era una ventaja de la Tierra

de Diurna, la mayoría allí dormían durante la noche, que era breve, por lo que se concentraba mayor cantidad de Esencia Onírica. Trató de pensar en Usdul, su soldado de confianza. Debía estar en su campamento. Alcanzó a sentirlo, cuando logró proyectar el hechizo. Allí donde estaba Usdul, se apareció Odea. Aún dentro del Vestigio, pero lejos de Scara, la Ciudad Sagrada.

El soldado, sin sorprenderse ante la aparición de su señora, se puso firme.

—Usdul. ¿Cómo está todo?

—Todo en orden, mi señora.

Ella asintió. Estaban en un barracón improvisado, junto a una mesa con planos de la ciudad y una cama. Había varios armarios y algunos ficheros.

—Todo sigue en orden. Mañana antes del anochecer quiero la ciudad bajo mi poder.

—Así será, mi señora.

—Lo sé. Hasta mañana.

—Hasta mañana, mi señora —alcanzó a decir el soldado, antes de que Odea desapareciera.

—Aquí tiene, maestro —le dijo la Señora Cereda mientras le entregaba el pesado libro. Llevaba la pluma atada al cordel que lo cerraba. Acto seguido, el maestro escriba depositó el libro sobre la mesa. Lo rodeaban los nueve escribas, el de Scara le puso la mano en el hombro, agradecido por permitirle estar ahí. Los escribas de Uroboro y de Dei'Gol ya se preparaban. Iba a ser otra larga jornada de trabajo.

—Ubrenio, por favor, debieras comenzar tú.

El escriba venido desde las Islas Ībrini se colocó en su lugar y respiró. —Gracias —dijo.

Tomó la pluma y abrió el libro, esperando encontrar el texto por donde lo hubieran dejado las señoras, pero... Sus páginas estaban completamente en blanco.

—¿Maestro? —preguntó Ubrenio.

—No puede ser —dijo alarmado el maestro escriba—. No puede ser.

Lo repitió varias veces, pasando las páginas, hasta que comenzaron a deshacerse. El pergamino se tornó en polvo. Él quitó la mano, asustado, cuando el libro terminó por quedar reducido a cenizas, que al cabo de un momento, no eran más que polvo, que terminó desapareciendo ante ellos. Todos gritaron asustados, hasta los esclavos se aterrorizaron. Sobre la mesa ya no había ni rastro del libro.

El maestro escriba se dio la vuelta y los alejó a todos de la mesa.

—Señores, lo que acaba de pasar no puede ser mencionado fuera de esta sala.

—¿Cómo?

—¿Por qué?

—¿¡Qué es lo que ha pasado!?! —Ese último fue Imlirias, el escriba venido de Dei'Gol.

—Señores. No tengo ninguna explicación para lo que acaba de ocurrir... Un momento.

El maestro escriba contó con los dedos. Eran ocho escribas más en la sala, además de los esclavos.

—¿Dónde está Embredo?

Se miraron entre ellos.

—Esta noche no ha venido —respondió finalmente Ubrenio.

El maestro escriba casi gruñe. —Por favor, quédense en el templo. Que nadie salga hasta que regrese.

Ellos comenzaron a protestar de nuevo, pero no les hizo caso y se encaminó hacia la entrada. Hizo una seña, y el esclavo de la cicatriz en la cara le siguió. Fuera, los dos guardias se alertaron al verlos.

—Todo está bien, guardias —mintió—, debo encontrar a una de las señoras.

Se encaminaron escaleras arriba, hasta alcanzar la arcada. Allí se deshicieron de los guardias también, y se dirigieron al custodio.

—No me puedo creer que esto esté pasando.

—¿Es cierto que encerraron a la Señora Liepa, maestro? —preguntó el esclavo.

—Eso me temo muchacho. Por eso ha ocurrido esto. Han aprovechado a hacerlo porque ella no estaba.

—¿Eso significa que la Señora Liepa es inocente, maestro?

—No lo sé, muchacho —respondió solo.

IVIRIDA

Teófisa entró en la boticaria cuando era ya media tarde. Había pasado el día inquieta, sintiendo la tensión que se cernía, rumiando la forma de sacar a Liepa de su celda. Y se le había ocurrido una forma de lograrlo. Al abrir la puerta tintineo una campanita. En el interior olía de maravilla, el aroma de innumerables bosques le salpicó la nariz. A su derecha había un buen número de libros en estantes, y a su izquierda colgaban hierbas secándose. Numerosos baúles se apelotonaban por todas partes, y al fondo una puerta abierta llevaba a un patio atestada de maceteros. En el centro de la sala había una alta mesa, llena de frasquitos de todos los tamaños, elevándose hasta el borde, donde varios jarrones amenazaban con caerse. El centro de la mesa estaba vacío, y sobre ella, un libro de cuentas. Las dos elfas estaban a cada lado de la mesa. Una era la boticaria, una elfa de mayor edad, vestida de blanco, y a la otra la reconoció de inmediato por las rastas. Icalma se giró al escuchar las campanitas, y ambas se observaron. Teófisa se paralizó. ¿Qué hacía ella aquí? Maldita era su suerte.

—Saludos, Señora —le dijo la boticaria.

—Saludos, Señoras —respondió ella.

—Teófisa —añadió Icalma.

—Icalma. —Entró y caminó hasta ellas, colocándose frente a la boticaria también.

—Un honor teneros a ambas en mi establecimiento.

—Yo ya me iba —la interrumpió Icalma, depositando una bolsita de terciopelo sobre el libro.

—Un placer ayudarla, señora Icalma. Vuelva cuando me necesite. Espero que encuentren el libro.

Icalma, que ya se marchaba se quedó quieta. —¿Qué has dicho?

La boticaria se quedó muda.

Icalma regresó hasta ella. —¿Cómo? —insistió.

—El libro, Señora, en el que redactan el tratado. Que ha sido robado.

—¿Cómo dices?

—Señora, lo sabe todo el mundo. Esta mañana no estaba en el templo.

—¡No puede ser! —Icalma soltó un grito inesperado, dio un golpe en la mesa, y se marchó, sin mirar si quiera a Teófisa.

La boticaria seguía muda.

—¿Es eso cierto? —le preguntó ella.

—Sí, Señora.

—Eso lo cambia todo. Rápido, por favor, necesito semillas de castaño rojizo.

—¿Señora? —La boticaria torció el rostro, no se debía esperar aquello.

—He venido a por semillas de castaño rojizo. ¿Tenéis?

—Sí, Señora. ¿Cuántas necesitáis?

—¿Cuántas tiene? —Sonrió Teófisa.

—No crea que demasiadas, déjeme ver.

La boticaria abrió un baúl a su espalda, y rebuscó entre varias bolsas. Tintinearón algunos frascos y al fin lo encontró. Depositó sobre el libro un saco de cuero, atado en sus extremos por un cordel de gruesa lana. La observó, entonces abrió el saco, y varias docenas de semillas rodaron por la mesa.

—Me las llevo todas.

La boticaria sonrió. —Sí, Señora, serán trescientos diles.

Teófisa extrajo un saquito cargado de monedas y lo dejó a un lado, fuera de la tela donde estaban las semillas. Después rebuscó entre sus ropas, y extrajo un segundo saquito, bien cargado también. —Con esto será suficiente. —Comenzó a recoger las semillas, devolviéndolas al saco—. No le digáis a nadie que me vendisteis esto. —Miró a la boticaria todo lo seria que pudo.

—La confidencialidad es nuestra primera norma, señora.

—Me alegra oírlo... —Pero el estruendo de una campanada le interrumpió el discurso. A ésta otra la siguió, y después muchas más campanas resonaron por toda Scara.

—Las alarmas de la ciudad —dijo la boticaria.

Teófisa ni siquiera se despidió. Corrió al exterior de la boticaria, volviendo a la realidad de una ciudad diferente. Ahora todos corrían por las calles, gritaban que los ejércitos de Orah los asediaban. Las campanas no dejaban de resonar. A su izquierda una muchedumbre combatía apelotonada, defendiendo las puertas, donde se elevaba un bastión junto a un tremendo abismo en el suelo, que cerraba la entrada a la ciudad. La pelea era encarnizada. Desde las torres llovían flechas sobre la lucha, donde la Guardia Sacra se batía fiera por defender la entrada. ¿Estaría pasando lo mismo en toda la ciudad? Corrió hacia su derecha, cruzando la avenida hasta llegar a la Taberna de los Consejeros. Por la plaza marchaba la gente asustada. La mayoría allí no eran guerreros, sino los habitantes ricos de Scara. Muchos refugiados del exterior huían o se escondían donde podían también. En ese momento salía del Custodio un destacamento, que marchó por la avenida sur. En todo caso, los dos guardias que vigilaban el templo seguían allí quietos, al pie del arco de entrada, bien alerta. Ella entró en la taberna, donde se refugiaban algunos. Una moza se le acercó muy asustada.

—¿Qué pasa? —le preguntó llorando.

—No lo sé. Están atacando la ciudad. Estamos bajo asedio.

Ella estalló en lágrimas, y corrió hacia el interior, dejándola sola. De un salto, se coló en una de las habitaciones. Cerró la puerta y se sentó en una mesita. Abrió el saco y todas las semillas se desparramaron, rodando hasta caer al suelo. Estaba muy nerviosa, y aquello era lo último que necesitaba. Se agachó a recogerlas, y las apelotonó todas. Debía haber unas cincuenta. Fue tomándolas con las manos, de una en una, formando dos montones. Al agarrarlas, se daba un tiempo, trataba de concentrarse, aislando las campanadas y los gritos, para sentir las hebras de magia que fluían a través de ellas. La mayoría no valían. Sintió algunas con potencial, y las colocó a parte, pero no eran suficientemente poderosas. Algunos objetos tenían propiedades diferentes, que solo unos pocos podían ver. Teófisa era versada en la Esencia Elemental, capaz de sentir esas propiedades, ese potencial de lograr cosas mayores. Fue palpando las semillas una a una con ambas manos, y cuando le quedaban tan solo unas cinco, se quedó quieta. En su mano derecha tenía lo que buscaba. Esa semilla de castaño rojizo guardaba en su interior poderosas hebras de

magia. La colocó a parte, y terminó de buscar en las demás. Ni una sola más le servía, pero con una era suficiente. Se asomó a la ventana, la lucha había llegado a la plaza. La gente corría entre soldados de ambos bandos. Al menos veía dos estandartes de la Casa de Orah en la plaza, aquello era el fin. Rápido, volvió a sentarse.

—Tranquilízate. Puedes hacer esto —se dijo.

Se concentró, trató de relajarse. Recordó cuando supo de ese hechizo, que ya había casi olvidado. Fue en Lithia, se lo había enseñado su padre cuando era una niña, pero éste le prohibió hacerlo después. La persona que se tragaba una semilla de castaño rojizo hechizada, empequeñecía y empequeñecía hasta convertirse en una criatura diminuta. El sortilegio solo terminaba cuando la semilla cruzaba sus tripas y la excretaba después, que volvía a su tamaño original. Teófisa, que jamás se atrevió a tragarse una, aprendió a hacer el hechizo, y encontró otra forma de que funcionara. Extrajo un punzón de metal y trazó unas marquitas alrededor de la semilla. Tenía los ojos cerrados mientras lo hacía, concentrada en la esencia que brotaba de ella. A su alrededor había gritos, pero las campanas ya no sonaban. Se escuchaba el chocar de las armas, mientras ella estaba a lo suyo, concentrada, y justo cuando iba a terminar el hechizo, la ventana estalló. Miles de cristales cayeron por todos lados. Ella se fue al suelo del susto, y al parar el golpe se le cayó el punzón.

—Está aquí dentro, señora.

Teófisa, muerta de miedo, gateó hasta agarrarlo y esconderse bajo la mesa. Sintió sus propias pulsaciones como tambores que azotaban el mundo, pero se aguantó para terminarlo. Trazó las últimas marcas en la semilla, y cuando estaba hecho, se abrió la puerta. Se guardó la semilla entre sus ropas, cuando vio dos piernas agacharse para verla bien bajo la mesa. Era un soldado con armadura de batalla, y portaba una espada larguísima.

—¿Vienes o te saco a rastras?

Teófisa fue incapaz de reaccionar.

—Está bien —dijo, y fue a por ella.

—Soy Teófisa, de Lithia, ¡estoy aquí en misión diplomática! —gritó cuando la agarraba.

—Ya lo sé. —El tirón que le dio la obligó a ponerse en pie, y a empujones, la llevó hasta la puerta. En la plaza se libraba una encarnizada batalla entre los ejércitos de Orah y la Guardia Sacra, que ya apenas protegía la ciudad.

Essirah saltó sobre un soldado, ensartándole su espada en el vientre. La sangre le salpicó, pero antes de darse cuenta se giró extrayéndola, para rebanarle el cuello a otro que se le acercaba a la espalda. Levantó la mirada, y vio a Arangua corriendo entre la lucha, hasta lanzarse a una esquina. No lejos, dos soldados se batían ante uno de sus guerreros, así que echó a correr en su ayuda. Saltó a la espalda de uno, hundiéndole la espada en la nuca, para abalanzarse a por el otro. Rodaron por el suelo, hasta que Essirah lo inmovilizó. Cuando el soldado la reconoció, cambió el rostro y se dio por vencido, pero fue el guerrero que quedaba en pie quien acabó con su vida. Essirah se levantó con su ayuda, y fue a recuperar su espada, aún en el cadáver, cuando un flechazo le atravesó el hombro. Fue despedida al suelo por el impacto, sintiendo la flecha seguir su curso. El dolor era tal, que no pudo moverse. Un soldado de Orah se le echó encima, tras librarse de su compañero. Estaba desarmada y con el brazo perdido, pero no iba quedarse ahí. Le propinó una patada en la cara, y saltó. Echó a correr por la plaza, con el soldado detrás, sorteando la lucha, y cuando creía que iba a escaparse, recibió un fuerte golpe en la cara que la tumbó. Nunca supo de donde le vino.

Issafiren se batía con dos espadas, fugaz entre sus enemigos, bailando y derribando soldados de Orah, cuando vio a Essirah caer. No podía creerse que Odea se hubiera atrevido a aquello, había ido demasiado lejos. Todo estaba perdido. Ya ondeaban dos estandartes de Orah en la plaza. Pronto tomarían las entradas sur y este. Se detuvo en seco ante dos soldados que se le echaron encima. Ella saltó sobre uno de ellos, clavándole ambas espadas en el pecho, mientras Sphynx cayó sobre la cara del otro, que lo derribó a zarpazos. Ella aprovechó el impulso, ensartándolo también. La gata se escabulló de nuevo, y ella siguió corriendo, veloz entre la batalla. Su cabello rubio centelleaba en el atardecer, que ya amenazaba con terminar el día. Le pareció ver un rostro a lo lejos. Era el de Odea, que de pronto quedó bloqueado por una puerta, aparecida de la nada. No pudo evitar estamparse con ella, y al abrirla, se fue vio dentro de una habitación cuadrada, que era imposible pues no existía hasta hacía un instante. La puerta se cerró a su espalda, confinándola, y se vio rodeada por una muralla de roca, alzándose cada vez más. Y cuando se dio cuenta de que aquello solo podía ser una ilusión, varios soldados se le echaron encima. Como si aquella muralla nunca hubiera estado ahí, Issafiren recibió el golpe de los soldados, derribándola de nuevo. Estaba otra vez en la plaza, rodeada de ellos, entre los cuales estaba Odea, que se jactaba por el engaño bajo su quitasol.

Eyco solo tenía su espada, pero era capaz de hacerle frente a esos seis soldados de Orah, o eso esperaba Greis, arrinconada en el muro de la residencia, con Sporo en el bolsillo. Uno de ellos bloqueaba la entrada, pero su guardia no le quitaba los ojos de encima.

—¿Cuál va a ser el primero?

Eyco era un guerrero de renombre en Uroboro, la Torre del Anochecer Perpetuo. Su padre había elegido bien, le había visto vencer a más de seis contrincantes en lucha desarmada, así como a fabulosas bestias, en la arena. Era alto y robusto, para ser un elfo, y su destreza con la espada era conocida en todas las Islas Ībrini. Greis nunca lo había visto sin su armadura, realmente pensaba que no se la quitaba nunca.

Uno se lanzó a por él, y el de la espalda también aprovechó, pero Eyco se deslizó hacia un lado, sorprendiendo a un tercero. Los dos primeros se ensartaron con sus propias lanzas, en un alarido de impotencia, mientras el tercero se iba al suelo también. Entonces, cuando saltaba a por el cuarto, se elevó una cuerda que había pasado desapercibida. Los dos que quedaban saltaron cambiando posiciones, apresando a Eyco, mientras que el último le golpeó en la cabeza desde el aire. Greis ni siquiera vio llegar al que la agarró, que se la llevó pataleando cuando Eyco ya estaba en el suelo. Alcanzó a ver cómo lo amarraban con la cuerda, para poder atraparlo. Salieron del jardín de la residencia, pero los ejércitos de Orah ya dominaban la plaza. Pataleó cuanto pudo para que la soltaran, sin lograrlo, hasta que perdió de vista a Eyco. Tenía la mano fuertemente sujeta en el bolsillo de la túnica, para proteger a Sporo, mientras se la llevaban a la grupa, y no pudo evitar echarse a llorar, aterrada.

Cereda estaba en la residencia cuando sucedió todo. Viéndose aquello venir, ya se había preparado. Tenía su equipaje listo, a la espera de que vinieran a buscarla. Sabía que no se atreverían a tocarla. Estuvo sentada en su cama un rato, esperando que golpearan su puerta, o que abrieran sin más. No esperaba demasiado respeto de situaciones como aquella, que ya había vivido antes. Pero cuál fue su sorpresa cuando no fue ni una cosa ni la otra. La misma Odea se le apareció en su aposento, de pie, observándola con lástima.

—¿Vas a alguna parte? —le preguntó.

—Estoy esperando a que vengas a por mí. No quiero saber nada de lo que estás tramando, y espero que me dejes irme de regreso a Dunottar.

Odea se sentó con ella en la cama. —Claro que vas a poder regresar, Cereda. No temas, no te haré nada. Solo ayúdame a terminar con esto. Terminemos de redactar el tratado.

Cereda la miró resignada, alargando la escena cuanto pudo. —No necesitabas hacer esto para finalizar la redacción.

Odea se encogió de hombros. —Hay cosas que aún no sabes. Este tratado es una farsa. Yo me voy a encargar de darle sentido.

Cereda la miró muy seria. —No entiendo tu incapacidad para aceptar el Plano Etérico.

Ahora sonrió Odea. —Me da igual lo que hayan dicho. Cereda, viniste aquí con el objetivo de redactar el tratado, pero lo que está por venir es más importante.

Quedaron en silencio un momento, interrogándose con la mirada.

—Acabemos con esto. —Y Cereda se levantó inconforme.

Entonces, Odea asintió antes de desvanecerse, cuando Cereda ya salía de sus aposentos.

Icalma y Kissara corrían calle abajo, hasta entrar en la plaza donde se alzaba el Observatorio de Irios. Entre ellas y la alta torre, una profunda grieta partía la plaza, y ahora una patrulla de la Guardia Sacra cruzaba sobre el puente que unía ambas partes. Tras ellas, en la avenida oriental de la ciudad, la batalla se libraba encarnizada. Odea había ido demasiado lejos. El estandarte de la Casa de Orah cruzaba la calle a lo lejos, a su espalda, ganando terreno. Una vez en la plaza, se cruzaron con la patrulla, que las ignoraron, pues tras ellas comenzaban a aparecer soldados. ¡La batalla estaba ahí mismo! Icalma estaba muerta de miedo, y había perdido su quitasol. Ella era pacifista, odiaba luchar. O le daba demasiado miedo, no lo sabía. Pero no quería tener que luchar esa noche. Ella solo estaba preocupada por el libro. Enloqueció al enterarse por la boticaria de que lo habían robado. Odea no aparecía, así que fue en busca de Kissara. Así, ahora corrían hacia las Ninfas. El edificio se alzaba a este lado de la plaza, justo al pie de la grieta, donde se elevaba una torre. Era una magnífica construcción con decorados pináculos, un lujoso arco ojival de entrada y un patio trasero con animales. Ahora acogían a los que llegaban, así que corrieron hacia allá. Las Ninfas era un salón del deseo, donde adoraban a la Diosa Madre con una perpetua orgía de cuerpos desnudos, música y sudor. Ella frecuentaba los de Murrow. Estaban a punto de cerrar las puertas cuando las dejaron entrar. El interior estaba lleno de velitas que iluminaban la estancia, un enorme recibidor. Estaba lleno de gente que gritaba de miedo, pero una mujer, que las ordenó unirse a los demás, gritó a pleno pulmón. —¡Silencio! —Todos callaron ante aquello, y ella continuó en susurros—. Pasemps al salón, estaremos más seguros.

—No hay mucho más espacio. Somos muchos —dijo uno por detrás.

—Guardemos silencio, entonces —Aquella elfa vestía ajustada de negro, con altas hombreras y mostrando un succulento escote. Debía tener avanzada edad, pero lucía radiante incluso en aquellas circunstancias.

En el exterior se escuchaban las armas chocar, los gritos de horror y dolor, y los alaridos de éxtasis. La batalla sucedía ahí fuera, pero desde allí no podían ver nada. Esa mujer se acercó a la puerta, y observó por la mirilla, un ventanuco por el que apenas le cabía la cabeza. Entonces se llevó la mano a la boca, asustada por lo que presenció, y el desgarrador fragor de la batalla cesó de pronto. Había terminado. Algunos murmuraron.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Kissara.

Pero ella, aún asomada a la mirilla, levantó la mano a su espalda, pidiendo silencio. Entonces, la puerta recibió un fuerte golpe, y el filo de un arma atravesó la madera, cerca de la cara de

aquella mujer. Ella se fue al suelo del susto, soltando un chillido. Gateó hacia atrás, colmada de pánico. Icalma no pudo evitar lanzarse a la mirilla. Al otro lado, una docena de soldados de Orah se disponían a arremeter contra la puerta con un tremendo ariete, gritando como locos. El embiste que recibió la puerta derribó a Icalma también, abriéndola de par en par. Todos adentro chillaron, y ella recibió un fuerte golpe, a pesar de que la otra le paró la caída. Con la inercia, los soldados entraron soltando el ariete, desenfundando sus armas. En un momento, varias lanzas, espadas y flechas las apuntaban. La gente trató de echarse hacia atrás, y el pánico se propagó, los gritos dentro daban cuenta del horror que debían estar viviendo. El que gobernaba a los soldados, que se alzaba justo a sus pies, ordenó calma en aquella situación insostenible.

—¡Silencio! ¡Que todos se tranquilicen! ¿Seguro que era aquí? —añadió hacia uno de sus guerreros.

—Sí, señor. Ella encaja con la descripción. —dijo el soldado señalándola.

—Busco a Icalma, de Murrow, y a Kissara, de Stavros. Si me las entregáis, no os haremos daño. —Se le quedó mirando, dudando.

A ella se le aceleró el pulso. Miró a Kissara, que se apelotonaba con los demás, muerta de miedo.

—A esa y a esa —dijo el que dirigía señalándolas—. Traedlas. A los demás encerradlos dentro.

Retuvieron a Teófisa en la Taberna de los Consejeros hasta que la batalla ya estaba perdida. Los cuatro estandartes de Orah estaban allí. Scara, la Ciudad Sagrada, había caído, y los soldados de Orah poblaban la plaza. Odea permanecía frente a la arcada que daba al templo, junto a un pelotón de soldados formados. En primera fila retenían a Issafiren y a Greis. Ella hablaba con algunos oficiales cuando la arrastraron hasta allí.

—¡Odea, no puedes hacer esto! —le gritó impotente.

—Ya lo he hecho —respondió.

Llevaba el libro bajo el brazo y se cubría con el quitasol, en dirección a lo que quedaba de atardecer, pero el sol estaba recién oculto tras las montañas.

—Ahora vas a contarnos tu parte del tratado, para terminarlo.

Teófisa observó cómo traían a rastras a Issafiren.

—Odea, ¿qué significa esto? —gritaba Cereda indignada. La traían escoltada sus dos guardas, junto a Kissara e Icalma, que cargaba con un grueso libro.

Ella ni siquiera contestó. —Metedlas dentro, a todas —añadió mirando a Teófisa.

El soldado la arrastró del brazo hasta llevarla con las demás, que las conducían escalera abajo. Estaban todas, salvo Liepa y Essirah. La situaron junto a Greis, que lloraba desconsolada.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Han conquistado la ciudad —lloraba ante la obvedad.

—¿Y tu guardia personal?

—¿Eyco? No sé dónde lo tienen. ¿Qué nos van a hacer?

—Sé lo que quieren hacer, pero no lo que harán con nosotras —le respondió.

Greis la interrogó con la mirada cuando un soldado la agarró del brazo y la echó hacia abajo, pues alcanzaron el templo. Las metieron a todas dentro, y las pusieron de pie en sus lugares habituales. En la cámara había un buen puñado de soldados, pero tras entrar Odea, lo hicieron unos cuantos más. Dos de ellos no se le separaron. Parecía que ella no iba a tener público. Estaba muerta de miedo, pues sabía lo que estaba a punto de pasar. Odea alcanzó a Icalma, le entregó el libro, y caminó hasta su puesto, invitándolas a todas a levantarse.

—Odea, ¿qué estás haciendo? —le increpó Cereda.

—Todas reconocemos aquí tu autoridad, Cereda, pero ahora soy yo quien está al mando de este concilio. Acabemos con esto de una vez. Icalma, por favor.

Icalma abrió el libro sonriendo, colocó la pluma en posición, y le hizo una reverencia burlona, haciéndola sentir incómoda. Un soldado, por detrás, la obligó a sentarse, como hicieron con Greis e Issafiren.

—Ahora hablará Teófisa, Novena de Nam'Ara, de la Ciudad-Estado de Lithia, —Odea dijo eso mirándola, amenazante, mientras la pluma comenzaba a escribir—, para concluir la redacción del Tratado de Yandalath.

Teófisa sintió la presencia de los soldados y la mirada de Odea, y supo que no saldría con vida de aquello. —¿Vamos a hacer esto sin Essirah?

—Sí —contestó tajante Odea.

Teófisa miró a Cereda, que no supo devolverle la mirada. Entonces carraspeó, y sin ocasión de hacer otra cosa, se dispuso a hablar, aún sin estar segura. —Lithia fue una ciudad levantada entre valles, al sur del espinazo, en su falda septentrional. Fue construida por la Casa de Queralla, culminando así su dominio sobre la Tierra de Diurna. Lithia creció y se convirtió en uno de los mayores productores de metal del reino, por lo que vivimos una larga época de prosperidad. Altas torres se elevan hoy allí, entre extensas calles y plazas, en recuerdo de lo que fueron una vez, pues todo cambió tras el Gran Cataclismo, que llevó a la conquista de la Casa de Orah sobre la Tierra de Diurna. Cuando cayó la Casa de Queralla, Lithia fue uno de los únicos reductos que quedaron tras la ocupación. Se firmó la paz y Lithia se declaró una ciudad-estado independiente. —Se hinchó de valor—. Supongo que debiera hablar ahora de la Tormenta de Eldor, el Torturado, que los elfos de Eleanor levantaron alrededor de sus islas para protegerse o de la Fuga de Ithrilo, el Dios-Viento del Noroeste, quien desestabilizó el mundo con su furia, congelando campos y bosques a su paso. Hoy yace preso en el Paraíso de Alderán. —Tomo aire para decirlo—. Pero lo que realmente debo decir es que Lithia siempre fue libre de credo, aunque se confirmó oficialmente en el año ciento tres mil ciento cuarenta, —Sintió la mirada de Odea clavársele—, y muchos allí pueden conectar con el Plano Etérico.

Le interrumpió la carcajada de Odea. —No te atreverás tú también. No me faltaréis al respeto esta noche.

Estaba decidida a acabar con todo. —Odea, no lo hagas.

—¿De qué hablas, necia?

—No traigas a Ivirida. Yo también he hablado con ella. Su único anhelo es destruir el mundo... Icalma dio una palmada, ilusionada.

—¡Eso es herejía!

—No lo es. Me da igual si lo es. —Se corrigió—. No lo hagas.

—Supongo que has terminado con esto.

—¿Con qué?

—Tu relato. El tratado. Este concilio. —Sonrió—. Todo.

—No lo hagas Odea.

Pero Odea, sin perder la sonrisa, se puso en pie, invitándolas a todas a hacerlo.

Cereda se levantó, seguida de Icalma, que ahora estaba atenta a todo lo que sucedía. Kissara y Greis las siguieron, dejándolas a ella y a Issafiren sentadas. Entonces Odea hizo una seña y dos soldados se le acercaron a cada una por la espalda.

Issafiren saltó de su asiento. —No me toques. —Esas fueron las últimas palabras que se registraron en el libro. En ese momento la agarraron a ella, obligándola a levantarse. Odea asintió e Icalma agarró la pluma, que flotaba en el aire, y lo cerró.

—Ahora. —Cuando Odea dijo eso, los soldados se les acercaron por la espalda, y las agarraron a todas, salvo a ella, a Icalma y a Kissara. Entonces, la de rastas depositó sobre la mesa el otro libro, que había estado cargando todo ese tiempo.

Quedaron ambos cerrados sobre la mesa, cuando Teófisa tuvo que hablar. —No lo hagáis.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Issafiren exaltada, tratando de zafarse del soldado.

—¡Odea, no hagas esto! —gritó Teófisa.

—Lleváosla —ordenó Odea.

Los guardias obligaron a Teófisa a salir del templo, pero no dejó de gritar y advertirles que no lo hicieran. Cuando el escándalo había pasado, Icalma abrió el libro en que habían redactado el tratado. Colocó la pluma como siempre hacía, y después abrió el otro libro. Era un grueso tomo, de tapas duras, con incontables páginas escritas por completo. Las letras no dejaban espacio para margen alguno, pero, como agujeros en una alfombra de palabras, cada poco los párrafos se separaban con dibujos de diminutas lunas. Pasó cuantas páginas pudo, hasta aproximarse al final, y cuando creyó encontrar lo que buscaba, le dio la vuelta al libro. Icalma y Kissara se miraron, mientras Issafiren y Greis trataban de soltarse de sus captores. A Cereda la mantenían quieta sus propios guardias, que no dudaban en obedecer a Odea.

—Cuidado con ella —le dijo al guarda que la sujetaba—. Está embarazada. —El soldado asintió—. Adelante.

Icalma le dirigió la mirada y después se dispuso a leer aquel libro del revés. Acarició sus páginas con las yemas de los dedos, buscando las letras, embriagándose con las hebras de magia que brotaban del pergamino. Entonces percibió cierta rugosidad, como cadenas de letras que ahora podía ver, aunque no estaban ahí. Así que comenzó a leer. —Este no es el verdadero Lunariu, pero cuando lo copiaron, se aseguraron de que permitiera hacer lo que hemos venido a hacer. Todo lo que se ha hecho hasta ahora, incluso lo que se hizo antes de que copiaran este Lunariu, nos condujo hasta este preciso instante. Este libro fue predicho en sus propias páginas, concebido al ser escrito el original por Ivette, Diosa del Destino.

La pluma escribía sobre el otro libro, registrando todo lo que Icalma decía, cuando Issafiren logró soltarse, propinando un golpe al soldado que la agarraba. De ahí saltó ágil hacia Odea, dando un brinco en la mesa primero, pero cuando iba a impactarla, uno de sus soldados se adelantó, derribándola. Sobre él cayó otro, y juntos la redujeron.

Odea sonreía. —¿Qué te has creído? Lleváosla con las otras.

Los soldados la sacaron a rastras, mientras Issafiren gritaba impotente. Cuando sus gritos se ahogaron fuera, Icalma soltó la pluma, pues la mantenía agarrada. —Esta noche llegará al mundo la envidia que Orfgod, el Dios Mentiroso, sentía por el mundo y los mortales, pues los demás dioses habían decidido que la Luna les pertenecía. Aquella roca que flota en el cielo, era en lo que el Dios del Recuerdo había convertido a Moulth, Diosa de los Sueños. Tras la Batalla del Juicio, cuando terminara la Edad de los Dioses, todos ellos decidieron que Moulth escapara de esa prisión de roca, aunque quedaba condenada a vivir siempre tras ella, permitiendo al astro girar alrededor del mundo, para poder ser observado por sus dos lados. Orfgod, que nos mintió a todos, juró destruir el mundo trayendo a los Resentidos. Ivirida, sólo eres una de las siete formas que adoptó Orfgod, cuando dijo que se marchaba para siempre. Pero los Demonios Resentidos llegarán al mundo, pues Ivette lo ha visto. Surge en este libro, donde entre todas hemos narrado la historia de nuestro pueblo, mostrando cómo la envidia ha movido nuestros intereses desde hace milenios.

Una historia que termina en este momento y en este lugar, para comenzar una nueva, pues tú estarás en ella.

Icalma enmudeció. Levantó la mirada, pues hasta ahora estaba absorta leyendo. Pasó la página, y no vio nada más allí. Levantó la cabeza, Odea la miraba interrogando. Agarró la pluma y habló desconcertada. —Eso es todo, no dice nada más. —Después cerró ambos libros.

—¿Y ahora? —preguntó Odea.

—No lo sé —Icalma se encogió de hombros.

Kissara tomó el libro que escribía solo, y lo arrastró hasta ponérselo delante. —¿Se supone que está aquí dentro? —dijo.

—Y si lo está, ¿qué vas a hacer con ella, Odea? —preguntó Cereda.

Odea se estaba riendo cuando Kissara abrió el libro, pasando sus blancas páginas. Ya no había nada escrito. Todo el tratado se había borrado. Entonces sintió el primer temblor, que le siguió otro. El templo entero se estremeció. Sus altas paredes comenzaron a agitarse, pues el suelo se deslizaba bajo sus pies. A penas podían tenerse en pie.

—¡Todos fuera! —gritó Odea.

Los soldados las abrieron paso, y todos echaron a correr como pudieron, pues todo se agitaba. El techo del templo comenzaba a desmoronarse, caían rocas de considerable tamaño. Odea saltó sobre la mesa, mientras ayudaba a Cereda a salir. Icalma iba más adelante, cargando con ambos libros. Todo se estremecía, la tierra sonaba como si fuera a resquebrajarse y la estructura del templo se venía abajo. Cuando la última estaba a salvo en las escaleras, el inmenso templo se hundió, con algunos soldados aún dentro. Odea estaba tirada en el suelo, mientras Cereda gateaba hacia arriba y las demás corrían espantadas. El estruendo debió escucharse lejos, la nube de polvo que levantó cubrió todo el hoyo donde se encontraba, en medio de la plaza. Odea iba a levantarse, perpleja ante aquello, pues parecía que dejaba de temblar todo. Caminó hacia atrás unos pasos, sin perder de vista el libro. Icalma ya casi estaba arriba. Entonces el movimiento de tierra fue mayor que antes, derribándolas a todas. El libro rodó por el suelo. Abajo, donde antes estaban los escombros de lo que fue el Templo de Unmunar, la tierra comenzó a resquebrajarse. La roca que sustentaba el templo comenzó a caer al vacío. Todo el suelo de aquel hoyo fue desapareciendo de sus vistas, dejando en su lugar un tremendo agujero que caía al infinito, como tantos otros en la ciudad.

Ya todas llegaron arriba, horrorizadas. Algunas ni se atrevían a levantarse. El arco de entrada que daba al templo ya no existía. Innumerables soldados corrían por allí, aunque muchos aún se levantaban. Icalma miraba el libro, aún desde el suelo, sin atreverse a tocarlo. Este se agitaba violentamente, como si tratara de abrirse solo. Nadie lo tocaba, el temblor del suelo se disipaba y el sonido ronco de la tierra se calmaba. Pero aquel libro se movía histérico, hasta que un tembleque acabó por abrirlo. Alguna página cualquiera quedó desplegada bajo la noche, en medio de la plaza, atestada de soldados de Orah, cuando una forma surgió del pergamino. Fue como una luz verde que ascendió hacia el cielo, perdiéndose en la oscuridad y las estrellas. En ese momento, tanto Icalma como Kissara, e incluso Liepa y Teófisa, estuvieran donde estuvieran, sintieron un fuerte dolor en la parte superior de la mano. A las cuatro les surgieron tres puntitos que formaron un triángulo peculiar. El dolor no se les iría en semanas, pero el recuerdo del susurro que sintieron en sus respectivas mentes las acompañaría siempre: —Te había prometido que llegaría, y tú misma me has ayudado a hacerlo. Lleva mi marca desde hoy hasta siempre, y con ella podrás encontrarme. No te negaré lo primero que me pidas, pero desde hoy eres mía.

Unos minutos antes, Arangua siguió con la mirada a Essirah mientras se la llevaban. El Custodio estaba cerrado a cal y canto, así como la Torre de Dävoros. Aún guerreaban en ambos sitios, así como en la plaza, cuando logró infiltrarse en la Taberna de los Consejeros, donde Odea parecía haber establecido su capitanía. Ahora ella no estaba, pues aún se encontraba en el interior del templo. Dos soldados en la puerta la detuvieron. Ella portaba una bandeja vacía.

—Me han pedido que venga a atender a su señora.

—Ella no está aquí.

—Lo sé, pero debo buscar algo para ella.

—¿El qué?

Arangua no tenía ni idea de qué responder, así que dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Un collar. El de una de las prisioneras.

Ambos se miraron, y después a ella.

—Lo necesitan para la redacción del tratado —añadió.

—Ve a comprobar esa información —le dijo al otro—. Tú pasa, pero te quiero de vuelta con el collar, antes de que llegue él de regreso.

El soldado ya se había marchado, cuando ella asintió. Entró a la taberna, donde había más de ellos. Accedió a uno de los pasillos, hasta que la pararon.

—¿Dónde vas?

—Busco a la Señora Essirah, de Queralla.

—¿Por qué? —Llevaba todo su equipo de batalla, con la espada al cinto. El rostro felino bajo el yelmo era fiero.

—Porque necesito un collar que tiene, para la redacción del tratado. Me manda Odea, tu señora.

—¿Es eso cierto?

Arangua se le quedó mirando con cara de estúpida.

—Pasa —le dijo—. Es la tercera puerta.

Ella no sonrió, solo lo siguió cabizbaja hasta la tercera puerta, donde le dio paso. Abrió el ventanuco para mirar dentro de la habitación y allí estaba la pobre, tirada en el suelo. No sabía si sentía más lástima o regocijo al verla sufrir. Estaba sentada a una mesa, con un soldado dentro, junto a la ventana.

—Señora —susurró.

Ella se giró al instante, observándola. Saltó de la silla hasta alcanzar el ventanuco, por donde asomó la mano. —Arangua —dijo.

—Señora. Están a punto de descubrirme.

—Sácame de aquí.

Arangua se agachó despacio, sin dejar de mirar al guardia, que caminaba hacia la salida del pasillo. Extrajo un puñal de su bota y se lo entregó a Essirah.

Ella lo agarró sonriendo. —Gracias, Arangua.

De ahí saltó directa al soldado que la acompañaba dentro, el puñal acabó clavado en su cuello antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. No alcanzó a emitir sonido alguno. Después regresó de inmediato al ventanuco.

—¿Dónde está?

Arangua miró hacia su derecha, sin mover la cabeza.

—Vete —respondió Essirah señalando con la cabeza a la izquierda.

Arangua hizo caso a su señora, cuando el soldado aún estaba allí. En ese momento entró alguien más al pasillo, que apartó al otro y la miró fijamente.

—Ella. Es una embustera.

El soldado se le echó encima, atravesando el pasillo, cuando de la tercera puerta apareció el puñal de Essirah. Debía estar haciendo palanca, hasta que al final la abrió, justo cuando el soldado se acercaba, incrustándose en la puerta abierta. Arangua no pudo verlo, pero escuchó el grito de dolor del soldado. Alcanzó a oír el puñal de Essirah, y cómo corría por el pasillo. Fue hasta la puerta, al otro lado estaba el cadáver del que la había llamado embustera. Y en el interior de la habitación el de otro más. Al fondo Essirah había derribado al último. Lo registró hasta dar con las llaves. Entonces comenzó a abrir las habitaciones, donde estaban las otras señoras encerradas. Teófisa le agradeció a Essirah repetidamente que la salvara, pero Issafiren a penas le dio las gracias de forma escueta. Juntas se dispusieron a salir del pasillo, con Essirah a la cabeza, armadas con las espadas de los soldados, cuando empezó a temblar todo. El edificio comenzó a estremecerse, aquello era un terremoto. Corrió hacia afuera siguiéndolas. Essirah se deshizo de varios soldados más, hasta que alcanzaron el exterior, pues apenas podían tenerse en pie. Una vez en la plaza, se espantó con lo que vio. El Templo de Un'Munar ya no existía. En su lugar había solo una nube de polvo.

El temblor cesó de pronto, tras unas cuantas sacudidas más, y pudo ver a Odea y a algunas de las otras señoras en la plaza. Essirah, con Teófisa e Issafiren, se ocultaban en la esquina del edificio de la taberna, a su derecha, cuando surgió la luz. Fue un haz verde que manó hacia el cielo, ascendiendo hasta disiparse. Todas pudieron verlo. Después todo volvió a una calma aparente. Las señoras Icalma y Kissara, allá también, junto a las escaleras de lo que antes era el templo, se retorcían en el suelo de dolor, agarrándose las muñecas. Había numerosos soldados de Orah en la plaza, pero estaban todos perplejos por lo que acababa de acontecer. Essirah, desde la esquina, echó a correr con una espada en la mano y el puñal que ella le había dado en la otra. Iba directa hacia Odea, ahora que miraba al cielo. Pero cuando fue a ensartarle por la espalda, Odea se giró, esquivando a Essirah, que dio un brinco tratando de atraparla. Para cuando quiso darse cuenta había al menos cinco Odeas rodeándola. Essirah se detuvo en seco. Aún tenía los tacones puestos, blandía ambas armas con confianza, dispuesta a acabar con las cinco. Saltó hasta la primera, que se esfumó en el aire. Entonces las otras cuatro corrieron en diferentes direcciones. Alcanzó a otra más, que se esfumó también. Los soldados, alertados ante aquello, se le echaron encima, pero se libró de al menos cuatro, gracias a la ayuda de Issafiren. Teófisa alcanzó a una de las tres Odeas que quedaban en la plaza. Estaban cerca de Arangua, que aún observaba desde la puerta de la taberna. Teófisa la enfrentó con una espada, y en ese momento, las otras dos Odeas desaparecieron. Teófisa le lanzó una estocada, que hizo retroceder a Odea. A su espalda llegaba Essirah, que se deshizo rápidamente de los que se interponían en su paso, y cuando iba a alcanzar a Odea por la espalda, ésta se giró, cayendo al suelo al recibir su filo. Fue una herida superficial en el hombro, pero estaba derrotada. Entonces la escena se tiñó de un tono verde. Arangua miró al cielo, que resplandecía en colores verdes. Todas se habían detenido, cuando Essirah tenía a Odea a sus pies. En ese momento, toda la luz del cielo se concentró en un punto, como una estrella que nunca antes hubiera estado en la noche de Scara. Era verde y ahora se agitaba, parecía estar acercándose, cayendo en picado hacia ellos, cuando ninguna pudo hacer más que observar aquello. Arangua, sin dejar de mirar la luz verde, vio a Odea arrastrarse. El punto de luz se aproximaba a gran velocidad. Aquella cosa, fuera una estrella o no, cayó directa hacia el agujero que había quedado en lugar del templo, silbando como un veloz haz de luz, perdiéndose de sus vistas y devolviendo a la noche su oscuridad habitual. La Señora Greis, a lo lejos, se asomó a las escaleras, a observar el agujero, pero cuando fue a hacerlo, cayó de espaldas al suelo. De allí surgió una criatura alada que voló hacia arriba, y después en círculos. Ya no proyectaba luz, tenía

forma corpórea como todas, y tras revolotear por la plaza de Scara, fue a detenerse cerca de ellas. Tenía cuerpo de mujer, aún con su rostro espectral. Se le veían los músculos, bien cultivados, pero no había piel alguna que protegiera su negra carne. De la espalda le nacían unas alas formadas por largas extremidades, contaba tres al menos a cada lado, pero nada las unía. Era incapaz de pensar en poder volar con ellas, pero ya la había visto hacerlo. Estaban todas estupefactas, incluidos los soldados, que comenzaban a rodearla. Odea se arrastraba para huir de Essirah, que permanecía de pie, observando a aquella criatura sin comprender nada. Entonces aquella mujer alada, que miraba a Essirah fijamente, desde escasa distancia, pareció sonreír. Sus alas se desvanecieron, cayendo al suelo como motas de luz verde, y su cuerpo cambió hasta convertirse en el de Essirah. Era una réplica igual a ella. Incluso tenía ambas armas. Se miraron, y antes de que nadie pudiera hacer nada, se batieron, rodeadas de soldados. A Arangua le dio un vuelco el alma. Ambas comenzaron a chocar sus aceros, en un baile imposible de seguir. Saltaron de aquí para allá, derribando algunos soldados incluso. Para Arangua, era imposible saber ya cuál era de verdad. Miró a Odea, aquella elfa desesperada apenas podía moverse con su herida. Teófisa le intercedió el paso antes de que huyera, mientras ellas dos seguían luchando. Varios soldados fueron a por Teófisa, pero socorrida por Issafiren, lograron mantener a Odea de rodillas. Arangua seguía en la puerta, cuando ahora la escena se congeló. Una de las dos Essirah saltó sobre la otra, enterrándole la espada en el pecho, que cayó al suelo mirándose a sí misma sonreírle victoriosa. La Essirah vencedora se incorporó, dejando el cadáver de la otra en el suelo, y blandió con estilo la espada, como tomándole el peso. Aquella no era la verdadera Essirah. No podía ser, y Arangua estaba segura.

—¿Quién será mi siguiente víctima? —dijo sonriendo. Incluso tenía su voz.

A Arangua le invadió una pena incontrolada al darse cuenta de que Essirah había muerto. Las lágrimas estallaron en su cara, sin poder evitarlas. No lejos, Odea se postraba ante Teófisa e Issafiren, que retenía a unos soldados, aunque la lucha se había detenido al ocurrir aquello.

Essirah, o lo que parecía Essirah, caminó hacia Odea tranquila, observándola ahí en el suelo. Entonces su cuerpo cambió de nuevo. Sus ropas ahora eran las de Odea, mutaron de color y forma, como su cabello rizado, que se desvaneció dejando caer lucecitas verdes, hasta quedar con la forma del cabello corto de Odea. Aún llevaba las espadas de Essirah, en cada mano.

—¡Aléjate de mí, Ivirida! —gritó la Odea original desde el suelo—. Yo te he traído a este mundo.

La otra Odea, que se le acercaba, comenzó a reírse. —Ellas me han traído. —Y señaló a Icalma y a Kissara con el puñal, y a Teófisa con la espada—. Y falta una. ¿Dónde está?

—¡Yo no te he traído! —gritó Teófisa.

—Yo hice posible que esto ocurriera. Quisieron detenerlo, yo lo hice posible —gemía Odea desde el suelo.

La falsa Odea se reía sin parar, lista para asestarle con alguno de sus filos, pues ni Teófisa ni Issafiren parecían querer intervenir.

—¡Icalma! ¡Ayuda! —gritaba desesperada Odea.

Icalma, que se agarraba la mano aún, dolorida, corría en socorro de Odea, acercándose mirando a los soldados, que no se atrevían a moverse. El demonio iba a clavarle la espada, mientras la verdadera Odea no dejaba de gritar desde el suelo, hasta que Icalma lanzó un berrido desde atrás.

—¡Ivirida, vuelve al libro!

En ese momento, antes de que llegara a asesinar a sí misma, la falsa Odea se desvaneció. Incontables puntitos de luz verde brotaron alrededor de Odea, ahora sola. Estaba a los pies de Teófisa e Issafiren, que habían retrocedido, así como de algunos soldados, cuando las lucecitas se

unieron en un punto único, que salió despedido hacia el libro donde se había redactado el tratado, allá, al pie de las escaleras de lo que una vez fue el templo.

Arangua no podía creérselo. Icalma había controlado a ese demonio, que había asesinado a Essirah. Seguía llorando a lágrima viva, cuando se armó de valor. Todo aquello tenía que haber servido para algo. Vio el libro allá a lo lejos, donde antes estaba el arco de entrada. Había algunos soldados en el camino, pero podía lograrlo. Odea se levantó, multiplicándose de nuevo, y Teófisa e Issafiren se lanzaron a por ellas. Pero eso a ella ya no le importó. Lanzó un último vistazo al cadáver de Essirah, y se lanzó a correr a por el libro, a lágrima tendida. Cruzó la plaza cuando los soldados se movilizaban para defender a su señora. Esquivó a Icalma por el camino, y no se detuvo, con la mirada fija en el libro. Pero cuando iba a hacerse con él, cuando casi sus dedos lo rozaban, algo la interceptó. Era la Señora Kissara. Ambas rodaron por el suelo.

—¿Dónde vas, esclava? —le dijo.

La abofeteó en la cara, y después se levantó. Había vuelto la lucha a la plaza, algunos soldados se acercaban, cuando Kissara agarró el libro. Los soldados saltaron sobre Arangua, derechos hacia Kissara, pero ella, al darse cuenta, corrió escaleras abajo, que daban a un pozo sin fin. Se aproximó al abismo, bajando los últimos peldaños, y gritó a pleno pulmón.

—¡Lo voy a arrojar!

Todas las Odeas que quedaban en la escena le devolvieron un grito, mientras huían de Teófisa e Issafiren. —¡No!

Ambas se enfrentaban a sendas Odeas en la plaza, mientras otra corría hacia el sur.

Los soldados se detuvieron en seco, amenazando a Kissara con arrojarla con libro y todo. Eran tres elfos equipados con lanzas y largos escudos. Ella sostenía el libro sobre el abismo.

—¡Alejaos de mí! —Los aros de su oreja se balancearon, acompañando a su largo cabello negro—. Pienso lanzarlo al vacío.

La Odea que huía fue hasta allí, junto con Icalma. —No lo hagas —le imploró.

—Te juro que lo haré.

—Sabes que no puedes salir de esta. O me das el libro, o te vas con él.

Entonces Kissara lo abrió sobre sus brazos, a escasos pasos de los soldados, y habló mientras la lucha continuaba a su alrededor. —¡Libérame de todos ellos!

El libro comenzó a temblar como lo había hecho antes. Los soldados y hasta las propias señoras Icalma y Odea retrocedieron. Arangua, aún desde el suelo, lo hizo también, cuando Issafiren se acercaba, seguida de Teófisa. En ese momento la luz verde surgió del libro, brotando hacia el cielo, de nuevo.

—¿Qué has hecho, inepta?! —le gritó Odea, que echó a correr. Al girarse, fue a chocar con Issafiren, que se preparaba para atacarla, y ambas rodaron cerca de Arangua. Teófisa se detuvo ante ellas, cuando aquella forma se materializó. Era aquella mujer que carecía de piel, con esas enormes alas raquílicas. Miró a un soldado, y cuando este se dio cuenta, el demonio ya tenía su aspecto. Era idéntico a él, con la lanza y el escudo. Usó el arma contra éste, que le dio tiempo a parar con su propio escudo, entonces su doble le asestó un codazo, derribándolo. El soldado cayó al suelo, y la lanza del demonio le atravesó la coraza. Los otros soldados quedaron perplejos, pero Odea se deshizo de Issafiren, y corrió por la plaza, horrorizada. El demonio, en la forma del soldado, se aproximó a ellos dos, el primero cayó rápido, con la lanza atravesándole. Después se lanzó escudo contra escudo con el otro, que le retuvo lo que pudo, hasta que lo empujó hacia el agujero. Allí aún estaba Kissara, que sostenía el libro abierto en las manos. Los dos soldados se le echaron encima, y ella aprovechó a huir de las escaleras, pero Issafiren le interceptó el paso. Cuando se escuchó el grito del soldado cayendo por el agujero, a la eterna nada, el demonio ya

tenía la forma de Issafiren. Ésta, la verdadera, reaccionó con pánico en el rostro, y echó a correr huyendo.

Teófisa, a poca distancia, se agachó para ayudar a Arangua a levantarse, y las dos corrieron plaza abajo. No sabían qué iba a pasar, pero ya daba igual. Solo querían marcharse de allí. A su espalda, dos como la señora Issafiren corrían por la plaza, en dirección sur, cuando ellas huían hacia el norte. Antes de que una alcanzara a la otra, Kissara, que cruzaba la plaza al otro lado, cerró el libro. En ese momento el demonio desapareció. Detrás de Issafiren sólo quedó un puñado de chispas verdes, que flotaron en el aire siguiendo la velocidad que llevaba antes de desvanecerse.

Ellas dos giraron alrededor de la Torre de Dävoros, sorteando la grieta del suelo, y se internaron en una calle que las llevó hasta otra plaza, donde se alzaba el Templo Minio. Ahora no quedaba ninguno de los elhos que allí siempre adoraban a la Diosa Codicia, pues los soldados se batían contra la Guardia Sacra, en un desesperado intento por recapturar la ciudad. Al fondo de la plaza se alzaba la Fortaleza Profunda, imponente.

Teófisa la detuvo junto a la gran roca que formaba el templo. —Arangua, lamento la pérdida de tu señora. —Suspiró cabizbaja. A pesar de que fuera una elfa, eran casi de la misma altura. —Yo debo ir ahora a un sitio donde no puedes acompañarme.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó.

—Eres libre, Arangua. Empieza por huir de esta locura. Ya no podemos detenerlo.

Arangua lloraba desconsolada, muerta de miedo. Se abrazaron entre el chocar de las armas y los gritos de la batalla. Entonces echó a correr por una calle hacia el sur, que le llevaría al mercado, y de ahí a las puertas de Scara, la Ciudad Sagrada.

EPÍLOGO A EL TRATADO DE YANDALATH

Teófisa caminó cruzando la plaza hacia la Fortaleza Profunda, viendo a Arangua marcharse de aquel horror. En el tremendo bastión la Guardia Sacra se batía con el ejército de Orah por mantener la plaza. Entonces le adelantó un soldado de mayor rango a caballo, que se detuvo junto a la turba de soldados que trataban de tomar la fortaleza. Llovían flechas de lo alto, pero ellos no cesaban en luchar en cada puerta. El caballero gritó a pleno pulmón.

—¡Retírense de esta posición! ¡Todo soldado de Orah tiene por objetivo encontrar a la Señora Kissara!

Los soldados, ante la orden, siguieron al caballero, retirándose de allí. Teófisa se ocultó cerca del Templo Minio, hasta que toda la tropa se hubo marchado de la plaza, llevándose con ellos el trotar de sus armaduras. Teófisa corrió entonces hacia la Fortaleza Profunda, de donde había cesado la lluvia de flechas.

—¿Quién va? —gritaron de arriba.

—¡Soy la Señora Teófisa, abran, necesito resguardo!

Las puertas de la fortaleza se abrieron, y pudo entrar. En el interior, la recibieron varios guardias.

—Estoy bien, estoy bien.

—Manténgase aquí dentro, señora.

—Así voy a hacer —respondió.

Se retiró hacia donde estaban los demás civiles, había elfos y elfas de todas las edades, ni un esclavo. Cuando se deshizo de ellos, buscó las escaleras y subió, directa a la celda donde estaba Liepa. En aquel pasillo no había nadie, así que fue hasta la puerta con el número diecisiete y se asomó a los barrotes del ventanuco. Dentro estaba Liepa, sentada en el suelo, al escucharla, se puso en pie.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Teófisa.

Liepa se lanzó a los barrotes, tocándole los dedos. —¿Qué está pasando fuera?

—Han invocado a Ivirida.

—No... —Liepa se llevó las manos a la boca—. ¿Quién? —Solo pudo decir.

—Icalma. Creo que ha sido Icalma.

—Me lo ha dicho —dijo Liepa respirando muy fuerte, muerta de miedo—. Me ha susurrado al oído y me lo ha dicho. Entonces me han surgido estos tres lunares...

—Voy a sacarte de aquí —la interrumpió Teófisa—. Liepa, toma esto. —Rebuscó entre sus bolsillos, y extrajo la semilla de castaño rojizo. Se la pasó entre los barrotes—. Con ella puedo lograrlo.

—¿Cómo?

—Bueno, —Teófisa no pudo evitar sonrojarse—, contiene un hechizo, que te permitirá hacerte muy pequeña, hasta caber, incluso, entre estos barrotes.

—¿En serio?

—Una opción es tragársela, pero el efecto dura mucho rato, hasta que... La expulsas.

—¿Me tengo que tragar esto? —Liepa miraba la gran semilla.

—Existe otra posibilidad. Puedes introducirtela... En tu cuerpo. —Liepa entonces la miró—. Entre tus piernas. —Teófisa ardía de vergüenza.

Liepa la observó y sonrió. —¿Así de fácil?

—Sí, pero antes debes darme los amuletos que te di, si aún los llevas. Con ellos no funcionará.

—Los tengo conmigo. —Liepa se los entregó a través de los barrotes.

Teófisa asintió al otro lado. —Adelante.

Entonces Liepa se levantó la túnica que llevaba, y en una postura grotesca, debió introducirse la semilla.

—Agárrate a los barrotes. Deprisa —le dijo Teófisa.

Liepa fue hasta ella y se agarró fuerte, mirándola horrorizada. —¿Qué me has hecho?

Teófisa le agarró de las muñecas, y en cuanto lo hizo, sintió cómo menguaban. Liepa, toda ella, fue haciéndose cada vez más pequeña, a una velocidad que no pudo comprender, y en su rostro solo mostró un pánico descontrolado. Cuando terminó, su cuerpecito minúsculo colgaba de sus dedos. Atravesó los barrotes y se la colocó en la palma de la mano. Liepa parecía estar hablando desde allí, así que se la acercó a la oreja para escucharla.

—¡Esto es increíble! ¡Pero sácamelo ya!

Teófisa casi se echa a reír, cuando resonaban las trompetas por toda la ciudad.

—Solo sácatela.

Liepa de nuevo adoptó esa postura, rebuscando bajo su túnica, mientras Teófisa se agachaba para bajarla al suelo. Cuando ya no la sostenía, ese cuerpecito volvió a su tamaño original, a la misma velocidad que menguó antes.

—Tal vez pueda probarlo en otro momento —Liepa sonrió, ya libre.

—Ahora tenemos que irnos de esta ciudad.

Corrieron por el pasillo, hasta dar con las escaleras. Abajo, buscaron una salida hacia el exterior del muro. No les costó dar con una, aunque las previnieron de salir. Una vez fuera, nadie pudo detenerlas. Huyeron de la ciudad, dejando la muralla atrás, serpenteando entre las viviendas de las gentes pobres. Por todos lados corrían soldados, lugareños o esclavos gritando. Corrieron durante un rato, alejándose de la ciudad, hasta que más allá, junto a un campo de cultivo, se detuvieron. Estaban las dos exhaustas.

—¿De verdad lo han hecho? ¿La han liberado? —preguntó Liepa entre jadeos.

—Así me temo —respondió ella tan solo, jadeando.

—No me lo puedo creer. Este día ha llegado.

—Sí, al final ha llegado —la acompañó Teófisa derrotada, mostrándole las mismas tres marcas en la mano.

Ambas juntaron sus manos, con la palma hacia abajo. En las dos muñecas, un triángulo de lunares apuntaba hacia la ciudad.

—Pretendía evitar todo esto, como tú. Y con ello redimirme ante los Grises. Pero no lo he conseguido —confesó Teófisa—. Pensé que tú me ayudarías, que hablarías por mí ante ellos. Pero ahora no podrás hacerlo.

—Me van a expulsar.

Teófisa asintió.

—Creí que valdría la pena —alcanzó a responder Liepa, llevándose la mano a su tatuaje, en su pecho izquierdo.

Estuvieron calladas un rato, observando la ciudad. Sabiendo que habían fracasado.

—Toma, los amuletos. Son tuyos. Los hice para ti.

Liepa tomó la bolsita y asintió hacia Teófisa agradecida. Después le devolvió la semilla. —No sé si quieres tocarla.

Ella se rio, agarrando la semilla de castaño rojizo.

—Hablaron de los Lunarius. Dijeron que eran más de uno.

—Sí, pero el que usaron fue una copia. Sabían que Ivirida llegaría hoy, durante la redacción del tratado —añadió Teófisa.

—No me puedo creer que lo hayan logrado —solo pudo decir Liepa. Estaba realmente afectada.

Permanecieron un rato más allí, bajo la noche de Scara, la Ciudad Sagrada. Corría una brisa que agitaba los campos, mientras las alarmas de la ciudad no dejaban de sonar a lo lejos. Aún no habían encontrado a Kissara.

NOTAS DEL AUTOR

Este cuento fue concebido a partir de agosto de 2018, fue comenzado a ser escrito en febrero de 2019 y terminado en noviembre del mismo año, todo ello en Concepción, Chile. El primer semestre de 2018 lo pasé tratando de escribir *El Triángulo Sagrado*, hoy inconcluso, y cansado de no lograrlo, me puse a dibujar los mapas de mi mundo, para actualizarlos, pues mi técnica ha mejorado, y para poner la cabeza en otra cosa. Al hacerlos, me di cuenta de que sabía muy poco de las Tierras de Elhada y de Diurna. ¡Ese continente ocupa un quinto de todo mi mundo! Allí habitaban los elfos de Yandalath, una de las doce Altas Estirpes de los Elfos, y sabía muy poco de ellos. Sí sabía de la existencia de Efgo, de lo ocurrido antes y durante las Guerras de la Sangre, y que después sus hijos lo traicionaron, formando las tres grandes facciones, Esnas, Orah y Queralla. Tenía el árbol genealógico de la Casa de Yandalath, y conocía los nombres de los Reyes que se dividieron su reino de oscuridad, pero poco más sabía. Ante la curiosidad de saber más, me propuse hacer un mapa del continente, eso debió ser en agosto de 2018, por aquel entonces no podía imaginar todo lo que sé ahora de ellos. Una vez con él en las manos, comencé a colocar algunas ciudades y a imaginarme qué había pasado con esos elfos durante tanto tiempo. La Edad de los Elfos duró unos cien mil años, hasta que ocurrió el Gran Cataclismo, cuando diera comienzo la Edad de los Hombres. ¿Qué había pasado con ellos durante tanto tiempo? Ya ni siquiera era relevante lo sucedido en la Tierra de Anne, donde ocurren la mayoría de mis historias, todas ocurren durante la Edad de los Hombres. ¡Pero los elfos de Yandalath llevaban viviendo allí cien mil años! Comencé por donde sabía, eso no pensaba cambiarlo. Pero tenía plena libertad, y fue difícil empezar. Dividí el territorio, primero en tres partes: la Tierra de Elhada para Esnas y Orah y la Tierra de Diurna para Queralla, eso ya lo sabía. Pero me di cuenta de que Sarek, Rey de Orah, se hubiera inquietado con la presencia de los Reinos de Eleanor tan cerca, tras el Gran Cataclismo, cuando se precipitaran hasta la Tierra de Diurna, al final de su edad. Supe entonces que Sarek, en su deseo por enfrentarse a los elfos de Eleanor, conquistó Diurna a los de Queralla, pues así lograba una frontera marítima con los elfos de Eleanor. Aquello cambió mi visión de las tres casas reales de Yandalath, ¿qué había pasado entonces con Queralla?

Al hacer el mapa me dio por dibujar el cráter, que aún no sabía que sería llamado el Vestigio, pero lo imaginé como tal, un tremendísimo cráter, como resultado de las luchas entre los dioses en el pasado. Allí terminó sucediendo toda la historia. Una vez imaginé Scara, la Ciudad Sagrada, en el centro del Vestigio, tuve que dibujar su mapa. Debo admitir que hubo una

primera versión con altísimas torres, también con grandiosas grietas en el suelo que caían al infinito. Nada que ver con lo que resultó al final. No descarto que esa ciudad esté en algún lugar de la Tierra de Elhada. En todo caso, Scara me maravilló. Debía ser un lugar de culto, un lugar poderoso que todos veneraban. Tuve un largo conflicto entre el Panteón de Dioses Élficos y el Plano Etérico. Lo sabía desde hacía tiempo, los elfos de Yandalath podían hablar con los demonios, como las demás altas estirpes de los elfos, que tenían otras poderosas habilidades. Pero no sabía cómo era esa comunicación hasta que supe del Plano Etérico. Me pareció un giro interesante, y creo que el dilema de su existencia le dio a los elfos de Yandalath un carácter especial. Es ridículo, en realidad, el Plano Etérico existía, pero esta historia hablaba de la envidia, y solo me imaginaba a brujas como Odea, sin poder comunicarse con él, muerta de envidia hasta negarlo.

En todo caso, todo eso lo supe mucho más tarde. En realidad, dibujar el mapa me dio el contexto donde situar la historia, pero no quería contar una historia que abarcara unos cien mil años, porque sería una locura. La historia en realidad me la dieron ellas. Las diez elfas y la mujer humana, protagonistas en este cuento, todas ellas, eran personas de mi entorno real de aquel momento. Greis, fue la primera en llegar. Ella trajo a los duendes, y el inicio de algo que no tenía idea de en qué se convertiría. Teófisa me dio el Plano Etérico, la meditación y el comienzo de la historia. Arangua, que se ganó su personaje por su persistencia. Odea, que con lo mal que me trató, no pudo inspirarme otro personaje. Icalma, que no era quien decía ser, y así se mostró en el cuento, siempre en las nubes, entre imágenes que sólo veía ella. Issafiren, era superficial y creía realmente en el estilo y la imagen sobre las demás cosas. No sé bien cómo llegó Cereda hasta aquí, pero su personaje realmente no resultó en el cuento como esperaba. Essirah era magnífica, majestuosa sin merecerlo, poderosa solo con verla. Que fuera de la familia real me sorprendió, era la nieta de Efgo, Primero de Yandalath, pero, ¿a quién sino enviaría la heredera de Queralla a representarla? Prefirió ir ella misma.

Ydni fue tan fugaz en mi vida que no vi nada en ella, y por eso decidí matarla. Cuando supe eso, aún trataba de encajar la gran historia de los elfos de Yandalath con nueve (de las once) personajes, fue entonces cuando concebí el Tratado de Yandalath. Cada una de ellas representaba a una de las civilizaciones en que habían resultado los elfos de Yandalath, y debían unirse en una historia por una razón. La redacción de un tratado era un motivo idóneo para ellas. Éste versaría de la gran historia del pueblo Yandalath, y así lograba dejarla plasmada en la narración. Me pareció la mejor solución posible, pero tampoco quería aburrir al lector con páginas y páginas de luchas entre reyes durante cien mil años de historia, así que llegué a esta solución. Un tratado de historia de verdad, como el que se merecía el cuento, lo habría convertido en extenso y aburrido, así que os pido disculpas por la licencia.

El asesinato de Ydni llegó bastante pronto, y me dejó en ascuas cuando comprendí por qué estaban reunidas. ¿Cómo iban a continuar con aquello si faltaba una? Kissara siempre estuvo ahí, pero no lo supe hasta más tarde. Ella no quería estar en la historia, pero yo insistí un poco, y en realidad, el espacio de Ydni estaba libre, así que eso me dio pie a imaginar su personaje. Su papel en la historia fue incluso más relevante que el de las demás.

Antes de eso, ya sabía que este cuento, además, era un Resentido. En él llegaba uno de los Demonios Resentidos Imaginados por Orfgod. Eso me emocionó mucho, aunque me complicó todo. Obviamente el Plano Etérico ganó mucha presencia gracias a aquello. O tal vez éste fue la causa de su llegada. No lo puedo saber. Pero si había un resentido en la historia, ¿cuál era? Y... Más importante aún, ¿participaba la Dama Negra de la historia? Averiguar quién era el demonio fue fácil, con tanta envidia con la que convivo aquí, lo vi bastante claro. Pero, si aparecía la

Dama Negra en esta historia, que ocurría mucho antes de la llegada de los demás Resentidos, tenía que significar algo. Lo cierto es que hasta que comencé a escribir este cuento, no sabía mucho de la Dama Negra, solamente que aparecía en la mayoría de los Resentidos, como un personaje secundario, que trataba de evitar la llegada de los demonios. Siempre fracasaba, los demonios debían llegar al mundo para que se librara la Guerra de la Roca, eso lo sé desde que concebí mi mundo. De ella sabía solo que su cabello era negro, por lo que solo podía pertenecer a las Altas Estirpes de Gelidén o de Yandalath. Nunca me decidí por una de ellas. Si esta historia ocurría tan pronto, y ella estaba allí, lo más lógico era que fuera una de ellas. Así que la dejé formar parte del cuento. Pero eso significaba que era el inicio de la historia de la Dama Negra, fue un hallazgo emocionante. No sabía cómo encajarla en la historia, hasta que lo entendí, Scara, la sede del tratado, no tenía representante propio. Así que así pudo ella entrar a formar parte del concilio, y hasta a dirigirlo. La única vez que la Dama Negra había tenido un nombre, fue en *El Triángulo Sagrado*, más de tres mil años después, cuando está en la Torre del Recuerdo estudiando los Lunarius. Su nombre allí fue Liepa, y así decidí llamarla aquí. Durante la redacción del cuento, conocí la historia de la Dama Negra y comprendí por qué dedicó su vida a evitar que se invocaran los Demonios Resentidos. Ivirida sólo fue la primera de ellos. Tenía sentido que ella hubiera asesinado a Ydni, pues me estaba costando averiguar cuál de todas ellas había sido. ¡El cuento estaba bastante armado y aún no lo sabía! Pero lo cierto es que Liepa terminó de encajar todas las piezas. Fue maravilloso descubrir quién es Liepa, la Dama Negra, en el mundo real. Ella siempre fue mi personaje favorito, nunca supe por qué, y hoy todo tiene sentido.

Por último, debo hacer una mención a Dani y Vale, quienes han estado aportando el combustible para motivar la redacción de este cuento. Ellos, además de ese valioso regalo, me dieron a los Grises. Mis días aquí, en el trabajo, están llenos de codicia y envidia, pero saber que existían buenas personas que, aunque desconocidas, conectaran por el simple hecho de ser buenas personas, me llevó a imaginar esa red. Los grises fueron una red de individuos que coexistió entre los elfos de Yandalath, en absoluto secreto. Todos siguieron el Código Moral Gris, que se regía por cinco (ahora sé que son seis) principios morales que seguían a toda costa. Uno de ellos era no quitar una vida, y Liepa lo incumplió. Cuando supe de los Grises, y que Liepa era una de ellas, ya sabía que ella había asesinado a Ydni, eso me llevó a un conflicto con los Grises, que tendrá que resolverse más adelante.

Aun durante la redacción de este cuento, he comenzado a pensar en su continuación. Aún no tiene título, es raro eso, suelo darles título pronto. En él se hablará de cómo Liepa trata de recuperar el libro que escribe solo, que por cierto, se trata del Libro de las Bestias, que aparece en las *Crónicas de la Guerra de los Mil Años*, unos cuatro mil años después. Unir las piezas del puzzle es increíble. Esta segunda parte tendrá lugar en Stavros, donde se levanta la Torre Viviente. Aún no sé bien cómo es, pero sí que todo el poder de esa torre emana de lo que oculta debajo. La Dama Negra va a tener su propio cuento, por fin, como desde hace tanto tiempo merecía. En él se contará más sobre el desarrollo de su personaje y por qué se convierte en lo que llegaría a ser después, apareciendo en tantos otros de mis cuentos.

Concepción, agosto de 2019
Chris J. Peake

Tras más de 3 años desde que terminé esta obra, quisiera añadir aquí que durante la redacción de su segunda parte, supe muchas cosas que fueron incluidas durante su corrección. La mayoría fueron cosas pequeñas, como el embarazo de Cereda, el cabello rubio de Issafiren, o los calendarios y las fronteras tras la Guerra de Yandalath. Otra de ellas son los linajes y apellidos de los personajes. Tuve un largo dilema, que en realidad he tenido siempre, sobre los apellidos de los personajes. ¡Nunca les pongo apellido! Así que... Bueno, espero que guste la solución. Traté de imaginar cómo concebirían los apellidos una sociedad de individuos que vivían para siempre. Era lógico recordar perfectamente sus orígenes, a diferencia de como ocurre en nuestro mundo, que salvo por lo que nos dice el ADN, es imposible. Ellos habían llegado en su navío, como las demás Altas Estirpes de los Elfos, navegando primero hasta la Tierra de Aradán y de ahí hasta la Tierra de Elhada, donde Efgo los condenó a todos a vivir, bajo la noche perpetua. Los elfos de Yandalath se reprodujeron mucho, pues Efgo los embaucó con sus edictos para formar un poderoso ejército. Así llegarían a ocupar todo un continente. Toda una civilización provenía de un barco, tras cien mil años de historia. Sé que es una locura, pero si le concedemos eso a la fantasía, aquellos millares de elfos, recordaban de dónde provenían, y conocían perfectamente su linaje. Sabían de qué marinero del Navío de Yandalath descendían, algunos de ellos seguían vivos. Pero a esa velocidad de reproducción, era lógico que hubieran basado toda su sociedad en el linaje, cuanto más cercano era tu parentesco a uno de los Primeros Nacidos, navegantes llegados hasta allí, más alto era tu nivel social. El resultado lógico de todo eso fueron los apellidos de los personajes del cuento, nombrando cuántas generaciones distaban de su primer antepasado llegado en el barco.

En este cuento se narra todo lo que sé de los elfos de Yandalath, hasta la fecha del cuento, al comienzo de la Edad de los Hombres. Se narra prácticamente todo, pues aún conozco muchos detalles de las Guerras de la Sangre que aquí no conté. Es probable que me arrepienta en el futuro, pero habría alargado este cuento innecesariamente.

Debo admitir que este cuento me encanta, espero que os haya gustado, pues es el comienzo de una larguísima historia. Por supuesto, ya sé el nombre de su segunda parte, que ya está terminada y en revisión: *El Libro de las Bestias*, era demasiado evidente como para no decirlo aquí. Juntos forman *La Biología de Ivirida*. En él se narra cómo Liepa llega a convertirse en la Dama Negra, que en tantos otros cuentos aparecerá después.

Santiago, diciembre de 2022
Chris J. Peake

Para saber más sobre Mi Mundo, sobre la Leyenda de Golöel y las Guerras de la Luna, de lo acontecido y de lo que va aconteciendo, puedes consultar mi página web personal:



www.xjpeake.com

Si te ha gustado, ayúdame compartiéndolo en tus redes sociales!
Y déjame un comentario diciéndomelo!